El RITO

María Belén Montoro



El RITO

María Belén Montoro



Título original: *El Rito*

Diseño de cubierta: Alexia Jorques, 2018 Maquetación: HC Book Design, 2018 Corrección: HC Book Design, 2018

ISBN: 978-84-947654-6-9
Depósito Legal: OU 392-217

María Belén Montoro
Web: http://mbelenmontoro.wixsite.com/mariabelenmontoro
Email: mbelenmontoro@gmail.com
Twitter: @mbelenmontoro
Facebook: @mariabelenmontoro

Índice

«A todos y cada uno de mis lectores.»

«Malgasté el tiempo. Ahora el tiempo
me malgasta a mí.»
William Shakeaspeare.

Endless Dark

Viernes, 10 de octubre de 1999

Éxodo

No lo soporto más, ¡me voy de casa! No le necesito y tampoco le voy a echar de menos. Y mejor no hablar de ella... Los odio a ambos. A veces disfruto pensando que ojalá no existieran. ¿Por qué nunca pudieron ser normales? ¿Por qué la gente procrea sin sentido? ¿Por qué traer a este mundo a una nueva persona sin tener en cuenta las consecuencias? ¡¿Cómo se puede ser tan egoísta?! Ahora es cuando me gustaría dejar de escribir estas palabras y así no sentirme vulnerable. Me gustaría encerrarme en mí misma y no tener que exteriorizar mi miseria. Pero soy débil, y tengo la necesidad de llorar y mirarme al espejo. Quiero gritar y que alguien acuda en mi ayuda, porque, aunque me duela, yo también soy una egoísta.

No es fácil vivir, no es nada fácil seguir respirando. Me asquea cada persona que se cruza en mi camino. Siento aversión por mí misma y por mis pensamientos. Creo que voy a vomitar.

Amy Martin

Etiquetas: Reflexiones, Endless Dark, Amy Martin, 1999. Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido.

Stewart

—¿Ya no te queda más valla que pintar, Matt?

Tras su maldita pregunta, me alegré de que levantara el precinto de seguridad de una endemoniada vez. Nunca he soportado su charlatanería. Siempre tratando de sacar una conversación de donde no la hay, sin venir a cuento. Además, es un inútil. Un policía de esos que ingresaron en el cuerpo porque no sabían nada más que hacer con su vida. En la actualidad, unos estudian ingeniería, otros se hacen doctores e incluso los hay que llegan a ser grandes políticos... Pues John se metió en el primer cajón que encontró. Un policía sin vocación, sin actitud y con muchas ganas de dar por saco. Así era John.

—Cállate de una vez, majadero —le espeté.

—Un poco de respeto, por favor —contestó un tercero que hacía por dos.

Era un pelota y no solo por su forma esférica. Llegaría lejos si no moría antes de un colapso en las coronarias. Qué manera de comer. Asqueroso.

—Cerrad esa bocaza antes de que me deis dolor de cabeza y enseñadme qué tenéis para mí —dije con la esperanza de comenzar a trabajar.

—¿No espera al agente Ortega? —me preguntó el gordito con un tono tímido.

—¿Perdona? ¿Or... qué? —repliqué.

No había oído ese nombre en mi vida, supongo que es lo que tiene no ir nunca de vacaciones como una persona normal.

—Ortega, ¿no le conoce? Es joven, yo lo he visto esta mañana merodeando por la comisaría de la calle Bonny.

Casi no presté atención a las palabras del gordito, mi vista se desvió hacia la inmensa hamburguesa de dos pisos acompañada de grasiento cerdo inglés cocinado a fuego lento que el colega se estaba zampando delante de mí.

—¿Hispano? —acerté a preguntar.

—Tenía acento de Liverpool.

Un chorreón enorme de mostaza cayó precipitado desde su bocaza. Una nueva mancha sobre el uniforme de la *Blackpool Constabulary*[1].

—Los nuevos son como un jodido dolor en el culo —comenté entre dientes. El gordito apartó la mirada y no volvió a abrir el pico.

—¿Por qué no te retiras, Matt? Así no te molestarán más, hombre —dijo ahora la desagradable voz de John, algo más lejana.

¡Maldito seas, John! Deseando que me vaya para tratar de promocionar. A ti no te hubiera propuesto ni para pasar la aspiradora de mi apartamento.

—Pues porque no me sale de las narices. Es más, en este departamento nadie sabe hacer las cosas en condiciones. Como siempre se han hecho, sin necesitar toda esa mierda de papeleo que ahora me piden que haga en la oficina... —Sufrí a mitad de mi discurso un fuerte ataque de tos seca—. En la calle es donde hay que estar, ¡al pie del cañón, joder!

El gordito asintió con la cabeza tras aquellas palabras, mientras se limpiaba los labios con una servilleta aceitosa del *take-away*[2] donde había pedido su almuerzo.

—¿Cuándo os habéis encontrado el pastel? —pregunté fijando mi mirada en lo que debía ser un cuerpo sin vida.

—Justo al abrir el parque. A las ocho de la mañana nos dio el aviso el personal de mantenimiento —contestó John.

Cogí mis cigarrillos del bolsillo interno de la gabardina. Tabaco negro comprado en Lanzarote por un chaval de la comisaría. Allí el precio de la droga es más que ridículo. Cualquier tipo de droga.

—Esta ciudad se está convirtiendo en un vertedero. Cuando no son polacos son marrones y cuando no, son basura blanca, ¿sabes lo que te digo?

No. Aquellos cabezas huecas no tenían ni idea de lo que yo estaba hablando. Tantas pamplinas en el colegio les tenía el seso comido. El humo del tabaco fue a estamparse contra la cara de John, que no pareció muy complacido. A mí aquello me pareció bastante gratificante.

A paso lento y con andares algo petulantes comenzó a acercarse a la zona precintada un joven alto y de cabello castaño. Vestía un abrigo negro de paño y cuellos de solapa. Debía de ser caro, de alguna firma de las que te aseguran las trescientas libras por un abrigo que a mis ojos era de señora. Conforme se acercaba pude oler su colonia. Muy estridente, de esas que van gritando a los cuatro vientos: «Soy un hombre en edad de echar una cana al aire». Si su pavoneo hubiera sido continuo creo que hubiera vomitado sobre el cadáver aún sin descubrir. El sujeto se agachó y sorteó el precinto de seguridad.

—Buenos días a todos. Tengo entendido que es usted el Marshal[3] Stewart, ¿me equivoco?

Extendió su mano hacia a mí. Apretón fuerte, pero de corta duración. No me disgustó.

—No se equivoca, muchacho. Supongo que usted es Ote...

—Ortega, Eric Ortega.

Unas manos más suaves que las de mi ex mujer. Pura seda. El culito de un recién nacido.

—Pues ya estamos todos. Vamos a ver este desastre cuanto antes —dije aventurándome el primero. Alguien tenía que tomar la iniciativa. Me deshice del sombrero y lo posé sobre mi pecho en cuanto los agentes fueron a destapar el cuerpo que había sido llamado a examinar. No olía, así que me acerqué a ver con detalle lo que mis viejos ojos ya estaban comenzando poco a poco a negarme—. Necesitaremos llamar al juez de guardia para que nos dé un certificado de defunción. Quiero a la científica rondando por aquí, más oficiales que peinen el parque y un cartel que especifique que queda terminantemente prohibido el paso al Stanley Park.

—Sin problema, señor Stewart —asintió con ímpetu el devorador de carne procesada.

Al gordito le había desaparecido el apetito de golpe. Creo que le vi dar arcadas y se marchó a difundir las órdenes para disimular.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —Mientras me agachaba para hacer un estudio minucioso del cadáver, pulsé el botón rojo de la diminuta grabadora que había sido testigo de infinidad de escenas criminales—. Al habla Mathew Stewart, Marshal de la *Blackpool Constabulary*. Hoy es veinticinco de abril del año dos mil y me encuentro frente a un cadáver hallado la mañana del día de hoy, aproximadamente a las ocho de la mañana (hora británica). Veo más de veinte puñaladas en abdomen y pecho. Rastros de algún tipo de laceración en extremidades y cuello, además de contundentes signos de tortura y ensañamiento.

Y sin dejarme terminar, el capullo con abrigo de mujer carraspeó varias veces y avanzó su posición hasta que me quitó el primer plano del cuerpo. Dejé la grabadora encendida. Menudo imbécil, ¿quién narices se creía?

—Interviene Eric Ortega. Médico forense y criminólogo asociado a *Lancashire Metropolitan Police*. El cadáver se encuentra en decúbito dorsal y está desprovisto de vestiduras y calzado —¡Y sacó un maldito metro del bolsillo de su abrigo negro!—. Mide cinco pies y unas cinco con siete pulgadas. Un metro sesenta y siete en el sistema internacional de medida. Mujer joven, de fisonomía púber con caracteres sexuales secundarios bien diferenciados. No hay signo de señas particulares. No hay tatuajes, ni piercings. Caucásica. Blanca británica. Iris azules. Cabello rubio ceniza, aparentemente natural, que no cubre la superficie completa del cuero cabelludo. Hay suficientes calvas en la zona parietal junto con desgarros, eritema y un severo hematoma que sugiere un desprendimiento de la primera mucosa del cuero a causa de su extracción traumática y avulsiva. Un examen más exhaustivo podría esclarecer si la extracción se hubiese hecho o no con un arma blanca —Sacó unos guantes azules de nitrilo como quien saca unos chicles del bolsillo del abrigo—. El labio inferior presenta

una clara quemadura de segundo grado. Piezas dentales completas. Herida abierta punzo-cortante, longitudinal y de cinco centímetros de longitud, desde el vértice de la lengua hasta el dorso. Severa laceración en el cuello y evidente rastro de algún tipo de arnés o collar punzante que la pudo llevar al estrangulamiento, a juzgar por la palidez alarmante de los lechos ungueales. Hay cuatro lesiones profundas que han experimentado un sangrado abundante alrededor del cuello a juzgar por los hematomas. No hay amputaciones de ningún miembro. Llagas y magulladuras en ambas muñecas, han debido de estar expuestas a una presión considerable. Probablemente, la ataron antes de morir. Lo mismo en el miembro inferior, en el caso de ambos tobillos. La zona abdominal se lleva el mayor daño tisular. Profundos cortes, posiblemente de arma blanca por la limpieza de los orificios. Más que probable la muerte por hemorragia.

—Maldito bastardo, ¿son dieciocho puñaladas? —inquirí rompiendo el minucioso análisis del doctor.

Quien quiera que martirizara a esa chica hasta la muerte se merecía un final similar e incluso peor. Yo a esa gente la pondría en fila y los fusilaría a todos sin compasión. Fuera de este mundo y se acabó, si no saben vivir en él que se vayan a tomar por culo.

—Sí. Tengo que ponerme en contacto con Rogers para que realice la Autopsia Interna, además de algunas cosas que me quedan en el tintero. Lo mejor será que la policía científica esté aquí cuanto antes para el levantamiento del cuerpo. Yo certificaré la muerte en cuanto venga el juez.

El chaval se levantó y se quitó los guantes con sonoridad y cierta teatralidad, acto que le hizo parecer un cirujano colocado de ego.

—Así que eres médico… —comentó asombrado el gordito, que había vuelto de recuperarse de la escena.

—Sí, la verdad es que me viene de familia.

—Vaya, eres muy inteligente. Mi padre es carnicero.

—Supongo que ya sabemos lo que papá llevaba a casa para cenar, ¿no, Roy? —se burló John.

—Pues mejor no hablemos de a lo que se dedicaba tu madre, John. —No pude guardármela, me la había puesto a huevo.

—¡Maldito seas, viejo!

Acto seguido todos rompimos a carcajadas. En el fondo, preferiría a esos memos antes que a cualquier otro tipo de memos desconocidos. Me volví a poner el sombrero y tomé la última calada. Casi no me había fijado cuando Ortega examinó el cuello de la chica, pero cuando me disponía a dirigir una última mirada a aquellos restos mortales una imagen diáfana me impidió dejar ese detalle pasar.

—Un momento, Ortega.

—¿Sí?

—¿Son eso dientes?

—Déjeme ver.

Eric Ortega fue tras sus pasos volviéndose a inclinar para contemplar a la víctima con mayor detenimiento. La zona del cuello estaba tan edematosa que las heridas se habían dilatado mostrando formas irregulares.

—Juraría que esas dentelladas son parecidas a las que dejaban mis perros en el coto de caza de mi padre —le comenté al forense.

—No son mordeduras caninas. Pero sí es cierto que encaja con algún tipo de mandíbula no humana, dada esta profundidad. Detallaremos más el asunto después de la autopsia completa del cuerpo.

Ortega se escabulló con la excusa de hacer una llamada desde la comisaría. La verdad es que me había cogido desprevenido. Era bueno. Pero también era un crío, podía verlo en su cara, necesitaba que el tiempo le maltratase un poco para llegar al punto de cocción perfecta. Yo, sin embargo, estaba bien cocinado, tan bien cocinado que mis huesos se habían quedado blandos y mi garganta seca como el papel de lija.

—Así que tenemos a un asesino que se recrea torturando a una pobre muchacha que no llega a los dieciocho…

—Eso me temo, señor Stewart… ¿Ha visto alguna vez algo así en Blackpool? —me preguntó Roy, el hijo del carnicero.

—Para serte sincero, muchacho, es la primera vez que veo un asesinato de estas características aquí. He visto ajustes de cuentas, ya sabes, por las timbas y los casinos de la *Promenade*[4]. También mucho movimiento paquistaní y cosas muy desagradables. Pero siempre ha sido culpa de los malditos borrachos y jodidos yonkis que pastan a sus anchas por la costa Oeste. Desde que la cocaína comenzó a abaratarse para darle algo de salida a este estancamiento, hemos cargado con el título de *la Sodoma cutre de Reino Unido*. Más quisiéramos ser Las Vegas, así es como nos venden en Manchester. La cosa es que esto no parece obra de un borracho. Los borrachos, si matan, lo hacen por impulso y no se recrean como este asqueroso cerdo. Esto es algo más retorcido. Le gusta que ahora mismo estemos aquí presenciando su obra. Disfrutó atándola, colgándola o lo que cojones hiciera. Un desviado, ¿me entiendes?

Roy tomó la funda grisácea de escay entre sus manos y la extendió hasta que el cuerpo de la joven quedó cubierto por completo. Su pecosa cara pareció aliviarse en cuanto el dantesco escenario desapareció de su vista. Este era otro que necesitaba aún muchas primaveras por delante. Aún recuerdo como fue la primera vez que contemplé un cadáver. Me sudaban las manos y mi superior se reía mientras yo trataba de abrir la cremallera de la funda que ocultaba el

cuerpo de un gordo seboso que se había dejado el gas encendido. Era muy oloroso. Por el contrario, esta chica no olía a basura. Estaba pujada, aunque no desfigurada y no le había dado tiempo a pudrirse, ni siquiera a comenzar a amoratarse a causa de la sangre que se va estancando. Que Dios la tenga en su gracia.

—Señor Stewart, ¿cree que encontraremos al culpable?

Y así era como se empezaba, adquiriendo el papel del justiciero o del héroe, dependiendo de la ingenuidad de cada uno. Si bien es cierto que nuestra labor es crucial para la resolución de los crímenes, no por ello se dejan nunca de producir. Al principio uno es como un fuerte torrente que va arrastrando rocas, ramas y arena a su paso. Vas erosionando las capas de tierra y adaptándolo todo a tu antojo, pensando que eres el que maneja la situación. Piensas en llegar lejos, en conquistarlo todo y tu entusiasmo no tiene fin. Luego te vas haciendo viejo, poco a poco, casi sin darte cuenta. Percibes que los mismos episodios se van sucediendo uno tras otro y que el único nexo común en todos ellos es tu alma, que se marchita y se va consumiendo. Ya nada te sorprende. Cada vez te duelen más los desengaños. Es siempre la misma mierda, solo que con diferente envoltorio. Y entonces es cuando te preguntas si ha merecido la pena viajar desde el torrente hasta el final del curso del río tan solo para acabar desembocando en un mar frío, sucio y solitario.

—No lo sé, Roy. Ojalá. Si estamos ante un depredador social puede que esté esperando el momento de ver el titular en el *Blackpool Gazette*[5]. Para su gusto, creo que puede que aparezca incluso en el jodido *Daily Mail*.

—¿Entonces, es solo un asesino?

—Puede ser. Era una chica delgada y de corta estatura, un hombre de complexión media la podía haber reducido sin ninguna dificultad.

—Señor Stewart, si hay algo que necesite, por favor, le ruego que acuda a mí. Esto es una desgracia.

Casi tenía las lágrimas saltadas, qué elocuencia tenía el pobre. John se había ido a comprar un helado cerca del estanque de los cisnes, si hubiera estado allí en ese instante estaría mofándose del chaval. A mí me resultó casi tierno. Cursi y rosa como un algodón de azúcar. No aguantaría una mierda como apareciera otro caso como aquel.

—Creo que bastante tienes con la patrulla nocturna de la zona gay. He oído que últimamente hay redadas interesantes cerca del *Funny Girls*.

—La verdad es que sí, señor. Toda la noche en vela y aun así estoy seguro de que se nos escapan camellos.

—Estás haciendo un buen trabajo, chaval.

Los hay así. Esos que necesitan que les den una palmadita en la espalda. Suelen ser los más fieles. Yo fui un día así, muy al principio. Era tan ridículo que mi mujer se reía de mí. Recuerdo que decía que parecía un estúpido cuando nos encontrábamos con el comisario en el mercado de Fleetwood. Me erguía como un perro lo hace a la espera de que se decidan o no a darle su recompensa. Luego, sin embargo, era el pardillo con más turnos de noche. Navidad, Noche Buena, Año Nuevo, cumpleaños de Amanda, un número ridículo de aniversarios, e incluso trabajé la mañana que murió mi madre. Siempre al servicio del cuerpo y por el cuerpo hasta la fecha.

Me despedí de Roy y busqué otro cigarrillo en mi gabardina mientras me alejaba dirección a los botes de madera del estanque.

Aquella sangrienta circunstancia permitía que el parque estuviera desierto. Una quietud inusual, dada la cantidad estúpida de gente que de un tiempo a esa parte sacaba a pasear al perro por allí por la mañana, o las legiones de corredores matutinos moviendo las mantequillas que ingerían al despertar. Era un parque maravilloso. Me senté en uno de esos bancos dedicados a algún viejecito que moriría dejando a los gansos sin su comida usual. Algún que otro cisne aún dormitaba bajo el puente blanco de madera, donde recordaba multitud de fotos con mi mujer cuando aún no estábamos arrugados. A ella jamás le sentó mal estar arrugada.

Era como si la edad le hubiera dado la belleza de las perlas. Sus ojos verdes, después del paso del tiempo, brillaban como el reflejo del sol sobre las ostras que se depositan vacías sobre las costas, con esos brillos verde azulados que a ella le encantaban. La última vez que la vi estaba resplandeciente. Su piel, antes pálida, se había vuelto sonrojada en las mejillas debido a la acción del sol. Hizo lo correcto, jamás le reprocharía nada.

Los muchachos del parque se esmeraban en conservar aquellas barquitas tal y como yo siempre las había recordado. Aunque pude observar que había unas más modernas con motor, pero eso era para los jóvenes. Las viejas barquitas de madera continuaban siendo la principal atracción del Stanley Park. En verano, con un buen helado de arándanos y tarta de queso, era un placer tumbarse a que la piel recibiera un poco de vitamina D con la que hacer frente al resto del año. Eran blancas con una pequeña franja azul, los remos estaban ya algo viciados cuando yo tenía los treinta, mejor no pensar el estado en el que se encontrarían en aquellos momentos. Amanda me envió una foto de su pedida sobre una de esas barquitas. Estaba muy guapa. Siempre había sido una niña muy bonita. Muy inteligente. Enseguida se daba cuenta si las cosas no andaban bien entre Margaret y yo. Nació siendo madura. Mucho más madura que yo. Fue todo jodidamente rápido. No se había desprendido aún de las muñecas que

le regalaba siendo pequeña cuando comenzó a ir a la escuela secundaria, y para entonces empezó a cambiar, y cuando quise darme cuenta ya era una mujer. Nunca se me ha dado bien tratar con mujeres y por eso todo se fue al carajo a partir de ese momento. Era mucho más fácil cuando se quedaba dormida en mi regazo o cuando me pedía a gritos que saliéramos a dar un paseo bajo la lluvia con sus botas de agua nuevas.

Fue todo un problema de expectativas, que es lo que le pasa a la mayoría de las mujeres. Se casan contigo y se creen que todo será un cuento de hadas. Que estarás con ellas siempre y que les dedicarás todas las atenciones que necesitan. Todo hubiera sido más fácil si, como yo, no se hubieran hecho a ninguna expectativa. Pasé de héroe a villano sin darme cuenta y en un período de tiempo nimio. Mis cosas en cajas e incluso cambió la puta cerradura.

—¡Matt, joder! ¡Necesitas un sonotone!

Y la idílica imagen de mi estanque resplandeciendo con el brillo del sol se truncó gracias a la presencia de aquel estúpido animal de John. De vuelta a la realidad. Había un cuerpo en el Stanley y la mañana era fría, oscura, y el sol ausente nos mantenía envueltos en una cúpula de humedad que me asfixiaba. Tosí con fuerza y me dirigí de nuevo a la escena del crimen. Al parecer, Ortega había vuelto para levantar el cuerpo. Los árboles parecían devolverme la mirada, imprimían sus oscuras sombras sobre el grupo de gente que había comenzado a bajarse de coches policiales y furgones municipales.

Allí estaba de nuevo, ante la tormenta, con mi sombrero sobre la cabeza protegiéndome de la ligera llovizna. Nuevo día. Nuevo caso. Una razón más para mover mis blandos huesos y demostrar a aquel rebaño de cabras que Mathew Stewart seguía estando vivo y aún tenía mucho que decir.

Endless Dark

Miércoles, 23 de octubre de 1999

Despedida

Hoy no puedo más, voy a dejar de comportarme como una cobarde. Esta vida no tiene sentido y ya no queda nadie a mi lado. He conseguido espantarlos a todos, así que también es culpa mía. Hay personas que disfrutan de la mejor de las suertes. Estoy segura de que, si ese fuera mi caso, sería incapaz de disfrutar. Me siento vacía. Miro la ventana sin estímulo alguno, vago por las calles de la ciudad viendo todas esas iluminaciones de invierno y me parecen ridículas, circenses. La gente disfruta, sonríe, y yo me pregunto por qué a mí me resulta tan complicado.

No me gusta mi cuerpo. No me gusto a mí misma y me es difícil vivir con ello. Me estoy poniendo como una vaca. Voy a dejar de comer, he visto en Internet que si me hago un suero con las sustancias fundamentales puedo subsistir sin desfallecer.

Me siento como Frankenstein, unos malditos lunáticos me han creado y ahora trato de adaptarme a una sociedad en la que no encajo. Son muchas las desilusiones y muy poca la esperanza.

Así que lo voy a intentar. He comprado una cuchilla. Os enseño la foto de ella sobre mi muñeca. Es una composición deliciosa, ¿verdad? No sé por qué, pero me agrada a la vista, me excita. La idea de mi sangre mezclándose con el agua caliente de la bañera se hace cada vez más atractiva. Puedo verlo todo como un cuadro, una obra exquisita terminada y en el sumun del mejor talento artístico.

Adiós a todos.

Amy Martin.

Etiquetas: Reflexiones, Endless Dark, Amy Martin,1999 Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido.

Ortega

—Michael Martin ha confirmado su asistencia, estará aquí en unos quince minutos —Dicho esto, Stewart desapareció de la morgue.

Ya llevaba demasiado tiempo sin su dosis. Lo había visto fumar en incontables ocasiones desde que comenzamos a investigar el caso de Amy Martin, así que no era una adicción que a estas alturas pudiera permitirse ocultar. Lo delataban las bolsas bajo sus ojos, testigos de que su sueño depauperaba con los años a causa de la liberación de nicotina durante la noche. Se podía ver en sus dedos de color amarillento, cuyas uñas manchadas parecían a punto de resquebrajarse. Estaba ajado y tenía edad de estarlo. Además, presentaba esas características arrugas perpendiculares en las comisuras de los labios. Su colágeno chillaba: "¡Rescátame!". El color de su rostro era cetrino pálido, casi podía escuchar a sus células epiteliales clamando por algo de oxígeno y vitamina C. Porque nunca le había visto sonreír, si no diría que tiene la típica dentadura ambarina con múltiples daños y alguna que otra pieza de menos. Anatomía de un fumador empedernido.

Gracias a mi dieta vegana y a mis ejercicios diarios, podía afirmar sin un gran margen de error que viviría muchos más años que Mathew Stewart, y disfrutando de mejor calidad de vida.

—Espero que no se retrase demasiado. La rigidez debe de estar a punto de dar paso a la putrefacción. Ya debe de estar llena de livideces por todas partes y prefiero el lienzo en blanco, ¡maldita sea! Grabé esa última entrada en mi teléfono móvil e irrumpí en el depósito de cadáveres de la Unidad de Investigación forense de la Blackpool Constabulary. El acceso estaba restringido, por lo que era necesario el uso de una tarjeta identificativa que desbloqueaba la entrada al lugar. El Doctor Rogers aún no había hecho acto de presencia y a juzgar por el último correo electrónico que recibí del viejo, puede que se decidiera a atender mis deseos de llevar la autopsia completa sin su intervención. Cuando trabajé con él me pareció un tipo bastante profesional, aunque sus técnicas estaban algo desfasadas. Tampoco ponía demasiada pasión en lo que hacía, ni siquiera le hablaba al paciente durante la autopsia.

—¿Hay alguien aquí?

Por los sonidos de camillas metálicas plegándose que llegaron a mis oídos, alguien debía de estar atareado en la zona de refrigeración. Elevé la voz por encima de mi preferencia personal, lejos de mi tono óptimo, para ampliar la resonancia. No me disgustaba mi timbre de voz, ni mucho menos. Creo que sería un buen candidato para ser

locutor radiofónico. Hay muchas personas que no disfrutan escuchándose a sí mismas. Yo, sin embargo, creo que el sonido que nosotros escuchamos de nosotros mismos es único e irrepetible, pues nuestro cráneo y nuestro sistema auditivo nos condicionan a escuchar nuestro timbre de voz de un modo intrínsecamente diferente al que los demás lo hacen cuando hablamos, haciéndolo así puro y singular.

—Buenos días —dije elevando de nuevo mi voz.

Unos pasos acelerados resonaron chirriantes en los estrechos pasillos del departamento. La limpieza del lugar era considerable y el aroma a lejía y formol le daban un matiz atrayente. La luz era blancuzca y el mostrador de la recepción estaba desierto. Había alguna que otra planta artificial a ambos lados de las entradas a la morgue y una pizarra llena de nombres subrayados con rotulador fluorescente (ya muy seco) sobre la pared de la recepción. Debía de ser un lugar más ajetreado entre semana.

Del umbral de la puerta apareció un sujeto de estatura reducida que llevaba unas gafas de tamaño notable. Tenía un grave problema de escoliosis y caminaba de un modo muy particular, inclinándose hacia la izquierda. Uno de sus omóplatos debía de estar afectado por la desviación de columna. Su bata estaba deshilachada en los bajos y alguien había bordado su apellido con punto de hilo rojo muy grueso sobre el bolsillo frontal de donde pendía un bolígrafo de propaganda. «D. Wood.», decían las sinuosas letras.

—Buenos días. Usted debe de ser el Doctor Ortega, ¿no es así?

—En efecto. ¿Usted es...?

—David Wood, soy auxiliar forense de este departamento. Encantado de conocerlo.

Por su acento debió de pasar un tiempo considerable en algún lugar de Irlanda del Norte.

—¿Sabemos algo del Doctor Rogers?

—Sí. Me dijo que usted cuenta con su apoyo incondicional en el caso de que necesite su ayuda. Dejó su teléfono en la pizarra, no vive muy lejos. Creo que era en St. Anne...

Perfecto. Se había quitado de en medio. Ahora solo tenía que alejar las temblorosas manos de aquel auxiliar del cuerpo de Amy Martin. Siempre me gusta que sea algo íntimo.

—¡Qué lástima! Me apetecía verle, es un gran hombre y mejor profesional.

—Sin duda. Este departamento se vendrá abajo cuando el doctor decida jubilarse. La verdad es que pocos son los interesados en este campo. Bueno, y menos interesados aún en trabajar en Blackpool.

David Wood me dirigió una sonrisa de dientes simétricos, blancos y mimados con hilo dental. Quizás no fuera tan horrible trabajar con él.

—No está mal. Es como una pequeña Atlantic City —dije tratando de visualizar los puntos fuertes de la ciudad.

—Bueno, hemos vivido tiempos mejores. Yo en realidad vivo en Fleetwood, así que tampoco podría decirle, ¿quiere que le enseñe el departamento?

—Eso sería un honor, señor Wood.

Tan solo constaba de una planta. Eran unas cinco áreas separadas por el recibidor principal al que se anteponía el largo pasillo de acceso. Tenían dos quirófanos habilitados para las autopsias, un laboratorio de análisis forense, un almacén de fluidos y otros enseres además del depósito de cadáveres, donde se encontraban las máquinas refrigeradoras que mantenían los cuerpos al margen de una putrefacción inminente. Por lo que me había informado Rogers, Amy aún no había sido refrigerada, todavía estaba esperando la autopsia interna además del cronotanatodiagnóstico.

Las cajas de instrumental eran brillantes. Al parecer habían recibido una remesa de material a estrenar en las últimas semanas. Wood había preparado todo a sabiendas de que yo me dirigía hacia allí y he de admitir que me gustó el modo en que dispuso el quirófano. Amy reposaba sobre una camilla de examen, cubierta con una fina tela a modo de sudario. Su figura era aún pueril, sus piececitos, que sobresalían del sudario, no llegaban al final de la cama metálica. Dentro de mí ardía el deseo impetuoso de destaparla y verla de nuevo, ver lo que la muerte había hecho con su fino rostro inflamado por el agua del estanque del parque. El proceso de deshidratación le habría devuelto algo de su candor. ¿Cúal sería ahora el aspecto de sus ojos azules? Ya se habría convertido en un cadáver, el material perfecto que gusto de moldear a mi antojo, que gusto de exprimir como una naranja jugosa. Mi elemento.



—Bienvenido a la Unidad de investigación forense, señor Martin —dijo la voz de Mathew Stewart.

El Marshal apretó con fuerza la mano del padre de Amy y, como no podía ser de otro modo, siguió con un par de palmaditas en la espalda. El cadáver estaba identificado por Dactiloscopia, así que bien podría darle el pésame y dejarse de florituras. Aquel decrépito agente era el reflejo de los viejos valores tradicionales. Tanto del cuerpo como del país.

—Bienvenido —dije yo, manteniendo las distancias que mi compañero había traspasado ipso facto.

El padre olía a un perfume que me resultó familiar. Intenso, pero

sin ser desagradable, muy refinado. Estaba demacrado y no había dormido muchas horas a juzgar por su aspecto. Su cabello era rubio oxigenado, como el de los surfistas californianos. Moreno de salón de bronceado y unos pantalones vaqueros muy ajustados. Estaba en forma y, a juzgar por sus movimientos, debía de llevar un estilo de vida saludable.

—Gracias —dijo Michael Martin mientras Stewart le abría la puerta de la morgue con los labios fruncidos.

La carótida se le iba a salir del cuello al padre de la criatura para cuando entramos en el quirófano número uno. David Wood había cerrado su bata y se había colocado unos guantes de látex. Con una ligera inclinación de cabeza saludó al padre de la chica.

—Comencemos con el proceso de identificación —anuncié a los reunidos. Pensé en grabar o no aquella estupidez. Lo cierto es que estaba más que identificada, pero era muy importante que pudiera de nuevo volver tras mis pasos, fechas y lugares. El proceso de identificación, aunque no fuera lo que yo mismo denominaría «identificación» en sí, era un hito en el proceso de la investigación, así que me decidí por grabarlo—. Día veintiseis de abril del año dos mil. Blackpool. Condado de Lancashire. Reino Unido. En la Unidad de Investigación Forense. Blackpool Constabulary. Michael Martin, el Marshal Mathew Stewart, David Wood y el que habla, Eric Ortega, médico forense. Procedemos al levantamiento de la mortaja.

Al principio, Michael no quiso mirar directamente el rostro, a pesar de que yo me retiré para permitirle un mejor acceso a la camilla. No expresó emoción alguna mientras se aproximaba. Sus pupilas se contrajeron y apretó la mandíbula con fuerza. Un golpe de vista y ya estaba hecho.

—Sí —Apenas pudo terminar la sílaba cuando estalló en llanto. Su rostro se enrojeció y se llevó las manos a la cabeza, desesperado.

Allí estaba su hija. Amy Martin. Una joven de diecisiete años, de fisonomía delicada y rasgos gráciles como los de una pintura renacentista. Stewart tan solo le mostró el rostro. Supongo que no había necesidad de enseñarle la brutalidad a la que su hija fue sometida durante los últimos momentos de su vida, o al menos eso, a priori, es lo que parecía.

—La víctima ha sido identificada como Amy Martin. Por el poder que me otorga el condado de Lancashire, doy fe como testigo ocular, al igual que el Doctor Ortega y David Wood, auxiliar forense del centro —concluyó el agente Stewart con aires rituales. Stewart debía de tener una parte de sí mismo que disfrutaba con aquellas teatralidades, esas formalidades que simbolizan que uno se eleva por encima de los demás hombres. Seguro que le hacían sentir un agente de la justicia y un adalid del bien. Allí estaba, abrazando a Michael

Martin y dándole (ahora sí) su más sentido pésame. Yo siempre me he sentido ajeno a esos momentos más que forzados. No conocía a ese hombre, no podía tener afecto por él en ningún momento. Podría sentir lástima, pero lo cierto es que se me olvidaría en las horas siguientes. También se olvidará Stewart, aunque le gustara actuar de un modo tan paternalista. En la televisión se ven miles de barbaridades y nadie se pone a llorar, ¿por qué habría que acongojarse en este caso? Las desgracias ocurren y lo que se hace es cambiar de canal.

Con permiso de Stewart, Michael se colocó junto al cadáver y, aproximando su frente con la de ella, se despidió casi ahogándose con su propia saliva.

—Te quiero, bebé.

Al parecer, Michael era su padre y tutor legal cuando se divorció oficialmente de Rachel Martin, en enero del año mil novecientos noventa y tres. Habría que comenzar con los interrogatorios. Stewart se ocuparía de ello, yo tenía mucho por hacer con la chica antes de que fuera demasiado tarde para contar con las condiciones óptimas.

—Tendrá noticias en los próximos días —dije sin cortapisas para después estrecharle la mano.

Diría que me miró sin prestar atención, casi podía ver escrito en sus ojos millones de pensamientos a una velocidad pasmosa.

—Muchas gracias, doctor.

—Le haré una taza de té, señor Martin —dijo David Wood, alejándose con la comitiva compareciente.

Yo me quedé allí, silente y estático, viendo cómo se alejaban de la morgue. Cerré la puerta del quirófano y me desembaracé de la chaqueta de traje negro que coloqué con cuidado en una percha. Era hora de proceder. Me vestí con una de las batas que había en los armarios y que aún olía a detergente industrial. La ceremonia había comenzado. Las luces ya estaban encendidas y el instrumental listo para usar. Conecté el equipo de música para decantarme finalmente por Tchaikovsky. Ajusté los guantes sintiendo con placer su tacto sobre mis manos desnudas. Todo al ritmo de los melancólicos y profundos instrumentos del maestro.

—Hola, querida. Ahora me lo dirás todo —Con suavidad, levanté la tela que la cubría—. No llores. Ya todo se acabó, Amy.

Con un rotulador púrpura dibujé una línea desde la parte posterior del pabellón auditivo y continué recorriendo su cabeza hasta acabar en su pabellón gemelo a la derecha. La hoja del bisturí brillaba reluciente y resplandeció aún más acompañada del rubí oscuro de la sangre que quedaba acumulada en su vértex. Una incisión perfecta que me obligó a deshacerme de alguno de sus dorados cabellos. Así, la piel de la cabeza quedó dividida en dos. Con las pinzas de disección

tiré con fuerza del cuero cabelludo de ambos extremos para acceder al hueso occipital. Con un poco de trabajo, con el escalpelo enseguida conseguí eliminar las adherencias y dejar el hueso desnudo hasta la zona frontal del cráneo.

—Así que no hubo contusiones en la cabeza, ¿no, Amy? Entonces, veamos qué fue lo que pasó en realidad...

Sin pensármelo dos veces conecté la sierra circular. Con cuidado de usar un visor de plástico, serré desde los arcos ciliares donde reposaban sus cejas hasta el dorso de la cabeza. Ahora venía el trabajo duro. Con un escoplo y un martillo separé la bóveda ósea y accedí enseguida al espacio epidural. Esa chica era de carnes tiernas y no fue demasiado difícil posicionarla yo mismo para que el corte fuera perfecto.

—Tomaré unos cultivos.

La intensidad de la música se elevaba cuando, con unas tijeras curvas de tenotomía, dejé libre la tienda del cerebelo. Con cuidado, diseccioné arterias ya algo secas, los pares craneales y la médula, para finalizar con la extracción del cerebro para examen.

—¿Sabes? Aquí están todos tus recuerdos.

Su tacto me electrizó. Acaricié su superficie y le susurré estrofas de una vieja canción infantil, una nana que mi madre solía cantarme antes de ir a dormir. Una vez lo pesé y lo deposité en conserva, la inspección de la base del cráneo y las carótidas internas me relataron lo que necesitaba.

—Así que te desangraste... ¡Pobre criatura!

La inspección del cuello me confirmó todo. Un desgarro patente de estructuras y signos de una isquemia progresiva. Encajaba perfectamente con una mordedura de alguna fiera de mandíbula generosa.

—¿Qué demonios te ha mordido?

No era humano, y mis conocimientos de veterinaria eran muy limitados. Debía consultar con otro especialista en cuanto me surgiera la oportunidad. A juzgar por el color de los tejidos y la velocidad de degeneración, la mordedura se produjo después de las heridas de lo que parecía algún tipo de arnés de acero, similar a los que se usan para animales domésticos.

—Tiraron de ti tan fuerte que te impidieron respirar. Casi te ahogaste, la autopsia externa también lo respalda. Pero aguantaste hasta el final, pequeña. Buena chica.

A continuación proseguí con el tórax. Seccioné a nivel del esternón y disequé las costillas en busca de algún tipo de lesión o pista que pudiera existir oculta entre sus huesos y cavidades. Observando la extensión de los pulmones pude, de nuevo, refutar la primera hipótesis. Observé algo de derrame. Con ayuda del bisturí extirpé los

pulmones y los retiré para examen, al igual que hice con el cerebro. Aquel estudio me parecía casi orgásmico. Del mismo modo en que los antiguos egipcios separaban los órganos en vasos canopos, yo lo hacía en pequeños frascos con formol al diez por ciento. Ella me desvelaba sus secretos más profundos y yo, con sagrado recelo, los conservaba para poder escuchar la historia de su desdicha. Porque esa era la historia que más me importaba en ese instante.

Contemplé la estructura de su árbol bronquial y tomé líquidos para examen. Después comencé con su abdomen, que me esperaba virginal y de textura aún aterciopelada. El color verdoso de la fosa ilíaca ya demostraba el comienzo de la oxidación de su hemoglobina. Nada relevante. Terminé de separar el timo y el corazón para pesarlos debidamente, cuando el sonido de la puerta interrumpió mi sagrado ritual.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —grité perturbado.

Era David Wood. Sobresaltado, miré el reloj de pared. Habían pasado dos horas desde que comencé la autopsia de Amy.

—Pensé que… En fin, no esperaba que usted comenzara tan… pronto.

—Señor Wood, esta muchacha no puede esperar más. Está usted obstaculizando nuestra comunicación.

Wood estaba nervioso, muy nervioso. Se debatía entre cerrar la puerta o echarme una mano. Podía verlo en sus ojos, que trataban de retener la dantesca imagen. La verdad es que encontré una satisfacción casi carnal en su desconcierto.

—Tiene razón, Doctor Ortega. Siento molestarle.

Estaba pálido. Y estaba seguro de que había visto muchas autopsias. Pero había sido demasiado fogoso. Esa vez había colocado los instrumentos sobre la mesa y la camilla de modo anárquico y salvaje, la sangre bañaba el lugar y los órganos flotaban en los tarros dispuestos en la mesilla auxiliar. La postura de la chica tampoco era la adecuada, pero necesitaba desahogarme. A vista de otro experto, debía de parecer un bárbaro. Estaba tan excitado que hiperventilaba.

—Si quiere, puede quedarse. Este quirófano necesita un poco de orden.

Me superó el orgullo. Rogers no podía enterarse de aquel arrebato tan poco higiénico. Pensaría que eran cosas de principiante y la próxima vez vendría a supervisarme, privándome de aquel placer tan íntimo que había experimentado con Amy Martin.

—Sin problema, doctor. ¿Ha pesado ya los órganos? ¿Algún hallazgo de importancia?

—El cronotanatodiagnóstico lo dejaré por escrito al terminar. Sé que hacía unas seis horas que había muerto cuando la encontramos en el Stanley Park. ¿Stewart se ha ido?

—No, está con el padre, concretando algunos detalles para una entrevista. ¿Sabes? Si no fuera porque tiene una hija diría que ese tío pierde aceite.

Con la ayuda de Wood procedí al examen de los genitales y de los órganos abdominales.

—No parece haber signos de violación, ¿no es así? —preguntó Wood, de seguro a sabiendas de que la respuesta era afirmativa.

—Eso está bien, preciosa. No sabes cuánto me alegro.

—¿Perdón?

—Nada, Wood. Son cosas mías...

Quise reírme, su cara era un poema. La verdad es que no me molestó su presencia tanto como esperaba, y tenía una mano rápida como instrumentista. Su aliento podía mejorar, eso sin duda alguna.

—El contenido gástrico lo necesitaremos para el análisis toxicológico.

—Correcto, señor Wood, correcto.

Para cuando levanté la vista, Amy ya se había ido. Todo lo que era ella acababa de salir para quedarse materializado en la información que acabábamos de extraer. Ahora era una masa de carne deforme y diseccionada, como una rana en una clase de ciencias. Wood se encargó de la sutura estética porque yo no tenía tiempo y siempre me pareció algo de lo más tedioso.

El Cubil de los Engendros

Jueves, 10 de febrero de 1998

Me es muy difícil compartir mis experiencias a vuestro modo, jóvenes criaturas. No estoy particularmente interesado en la subida compulsiva de imágenes que hacéis a esa nueva nube imaginaria a la que llamáis Internet. Me divierto viendo vuestros momentos congelados en una instantánea modificada a placer. Aunque, por otro lado, he de deciros que una vez me sumerjo en vuestras memorias personales, a las que ahora llamáis «perfiles», siento que habéis devaluado el precio de la fotografía.

Antes se pagaba una fortuna por disfrutar de una instantánea. Se hacía con el objetivo de inmortalizar una imagen, y aquello la hacía única e irrepetible. Ahora, archiváis miles en ficheros virtuales. Os paseáis por ellos de vez en cuando y luego no volvéis a recordarlas. Puede que se deba a la edad de mi espíritu, pero yo sigo adorando la belleza de los viejos tiempos. Cuando se guardaba la fotografía del ser amado junto al corazón. Supongo que, a pesar de todo, no puedo evitar ser un nostálgico.

Así pues, a vuestra petición, me he decidido a compartir mis memorias. No todas ellas, por supuesto. Tan solo las que considero especiales, como las fotografías que aún guardo cerca de mi corazón. Será un diario; un diario virtual anclado en este espacio al que he llamado «El Cubil de los Engendros». Porque, a pesar de que a vuestros ojos no deje de ser un ser bello y estudiado, un filántropo pasional que gusta de la filosofía y la música… no dejo de ser un monstruo. Y, por ende, vosotros también lo sois. Porque me adoráis. No podéis explicarlo, pero lo hacéis. Lo veo en vuestros tiernos ojos cálidos.

Conozco a vuestros nuevos dioses. Grandes empresas multinacionales, el consumismo compulsivo que os envuelve y del que os creéis libres muchos de vosotros. La vida ya no es tan intensa, ni si quiera la saboreáis. Mantenéis relaciones sexuales a través de una pantalla, os comunicáis mediante un terminal digital y en lugar de recrearos con los sencillos placeres, os sentís vacíos si no los inmortalizáis en una fotografía para que todo el mundo lo vea en la gran nube. Nunca he visto una sociedad tan ególatra. Pero, ¿quién soy yo para enseñaros de la vida? Me quedé sin ella hace tanto tiempo…

Volviendo a mis memorias, ¿cuál fue el motivo que me hizo salir

de la tumba para reencontrarme con los vivos? La verdad es que no soporté el final de la Segunda Guerra Mundial, tanta pobreza y odio me hicieron perder la esperanza en la humanidad. Pero era demasiado cobarde como para arrojarme a una pira ardiente, así que, simplemente, dejé de alimentarme y permití que poco a poco el olvido me abrazara dentro de un sarcófago en el cementerio de St. Cuthberts, en la preciosa ciudad de Edimburgo.

Fue difícil el primer contacto, aunque conservaba mi patrimonio y raíces, así que fui sorteando los obstáculos que me iban surgiendo. El culto al cuerpo seguía existiendo, con mucha más fuerza, aunque el canon había cambiado ligeramente. Si hubo una cosa que me sorprendió fue la variedad de corrientes y estilos en los que la gente se enmarcaba, dependiendo de las edades o grupos sociales. La adultez se había postergado, ahora los jóvenes disfrutaban al máximo antes de traer criaturas al mundo. Nihilismo en estado puro. La esperanza de vida había mejorado y los vehículos y edificios eran sorprendentes. Las luces nocturnas no tenían nada que envidiar a las diurnas. No había descanso en aquella nueva Edimburgo.

Así que decidí quedarme en vuestro mundo, para comenzar un nuevo capítulo. Para estudiar y conocer vuestra efímera sociedad. Para conoceros a vosotros y a vosotras, mis pequeños, mis niños. Os quiero con todo mi corazón.

Alistair.

Stewart

Agente Benson. Por mucho que lo pusiera en su tarjeta de identificación, era un bebé en pañales. Cada vez que irrumpía en mi despacho podía ver en su cara el gesto exacto de los escolares cuando llegan a casa con buenas notas. No sé si obtenía buenos resultados académicos, pero desde luego debía de ser un hacha en el equipo de rugby dada su constitución. Seguro que fue a un colegio privado, le envolvía ese halo. En su rostro aún quedaban cráteres, secuelas de un acné que debió de ser terrible.

—¿Cómo quedaron los Leeds Carnegie? —comenté desenfadado.

—Muy mal, muy mal. Creo que están fuera de la *Premiership*[6].

—¡Maldita sea! Son unos paquetes —Me detuve frente a la puerta del apartamento dos—. ¿Y sabes qué? Seguirán siéndolo si no cambian a ese estúpido mánager. Incluso John, borracho como una cuba, podría meternos en la *Premiership*.

La entrevista con Michael Martin era la semana siguiente, pero yo fui a su domicilio a tomar una cerveza. Siempre era positivo tantear el terreno antes de comenzar la guerra. Completamente ilegal, pero lo llevo haciendo toda la vida y aún no he tenido ningún problema. El tipo no me pareció en absoluto normal, y para colmo de males hizo que me perdiese el partido que emitían en abierto. Martin era un tipo solitario que vivía en un apartamento cerca de *North Pier*, en el barrio gay. ¡Y vaya que si perdía aceite! Nunca he visto un hombre de más de treinta y cinco que gustara de llevar pantalones entallados, un perfume tan femenino y que no transitara en la acera de enfrente. Pobre chiquilla… Hay cosas que están destinadas al desastre.

No es que los odie. La verdad es que cada uno tiene derecho a despelotarse delante de quien le dé la gana. Mi parte racional lo entiende, pero el viejo que soy se empeña en pensar que ese tipo de personas son unas invertidas y que van contra natura. Hay que ser un hombre como Dios manda y esas novedades mejor no experimentarlas. Y si se experimentan, mejor no ir mostrándose por la calle como si todos los días fuera festival. «El orgullo gay», ¡vaya un invento sin sentido! ¡Un espectáculo bochornoso! Si hicieran los heterosexuales de la ciudad una cabalgata, entonces eso sería una bacanal y un escándalo público penado por la ley. Pero como son «gays», entonces tienen derecho a hacer lo que les dé la gana, porque si no sería discriminación. A mí esa gente me toca mucho las narices. Como se dice, «o todos moros o todos cristianos».

No me extrañó nada cuando me dijo que la chica se independizó

hace dos años. Al parecer, la madre ingresó en una clínica de desintoxicación. Vaya par. Claro, que la pobre mujer… Con un marido «lila», tampoco la culpaba demasiado. La droga siempre ha sido una lacra desde que la ciudad se convirtió en el esnifadero de Inglaterra. Añoraba los tiempos en los que los veranos se resumían en un agradable paseo por la orilla del mar con un bastón de caramelo duro y pegajoso en las manos. Por entonces las aguas del mar eran más claras y las mujeres más ingenuas.

—Así que se emancipó pronto... ¿La mantenía su padre? —preguntó Roy mientras sacaba una chocolatina de mantequilla de cacahuete de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Creo que cobraba algún tipo de ayuda del Estado, aunque no estoy seguro de si el padre la ayudaba o no con las facturas.

—¿Traes las llaves?

—Sí. El padre me dio su copia justo el día en que se identificó el cadáver. No me cupo duda de que quería colaborar.

Lo raro es que no le hubieran hecho ya un bombo. Vivir de las ayudas parecía ser el último grito entre las juventudes de la ciudad. Salir de la escuela secundaria, hacerse una barriga y vivir de los padres hasta que pudieran vivir de sus propios hijos. Según dijo Michael Martin, Amy parecía interesada en continuar con sus estudios, pero no llegó a formalizar la matrícula para la preparatoria de la universidad.

El apartamento apestaba a cerrado y a una mescolanza entre cannabis e incienso.

—Debió de ser una fiesta muy dura, Roy.

Mi sonrisa se esfumó por completo en cuanto nuestros pasos nos llevaron al salón del micro apartamento al amparo de *Winter Gardens*. Las luces azules del gran edificio de piedra se reflejaban sobre la moqueta.

—Señor Stewart, esto tiene muy mala pinta.

Roy contemplaba el escenario sin moverse del sitio. Le temblaban las manos y había guardado la chocolatina en el momento en el que vio el rastro de sangre seca.

—Jodidos lunáticos... —acerté a decir.

—¿Ha estado ya la científica?

—Aún no. Van a quedarse de piedra, aquí hay mucho trabajo por hacer.

—¿Cree que la torturaron?

—Por ahora todo encaja con la hipótesis de Ortega. Todo debió de ocurrir aquí.

—¿Y luego se tomó la molestia de dejarla en el *Stanley*?

—Por supuesto, ese maldito cerdo disfrutó cada segundo que pasó aquí hasta arriba de porros. Me pregunto cuál sería el resultado

de las pruebas toxicológicas de la chica…

Roy continuaba contemplando el espectáculo cabizbajo. Del techo impregnado de humedades colgaba una gruesa cadena de la que pendía un estrambótico columpio de cuero negro que constaba de varias correas provistas de puntiagudos pinchos de acero. Era como uno de esos columpios para niños con los que pueden impulsarse desde el suelo gracias a unas gomas elásticas.

—Yo he visto estas cosas antes.

—¿Ese asiento?

—Sí. En Internet, señor Stewart.

Malditos jóvenes y la jodida Internet. La tienes ahora hasta en la sopa. Ya uno no es nadie si no tiene el dichoso Internet en casa. Yo tengo ordenador porque el oficio me lo fue poco a poco exigiendo, pero la verdad es que nunca lo he necesitado y me parece un chisme muy prescindible que acabará por hacernos a todos unos malditos inútiles incapaces de cogérnosla para mear.

—¿Y para qué sirve ese chisme? —le pregunté al gurú de Internet.

Por el modo en el que me desvió la mirada, me di cuenta enseguida de que se trataba de algún tipo de juguete sexual. Tampoco había que ser muy listo para darse cuenta, parece que todo lo hecho de cuero brillante y tachuelas está hecho para el placer del fetichista.

—No lo sé, señor Stewart. Lo vi en un vídeo.

—¡Cuánta tontería!

La sangre en la moqueta parduzca indicaba que las puñaladas se llevaron a cabo en el centro del salón, justo bajo un símbolo geométrico dibujado con lo que parecía algún tipo de pintura acrílica. El símbolo estaba envuelto en una perfecta circunferencia sobre la que reposaban cirios rojos que se consumieron casi al completo, fundiéndose con el color de la sangre. Se había formado una pasta gelatinosa de un olor muy intenso debido a la mezcla que se había producido entre la cera y la sangre, que debía de haber caído a borbotones. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas, sin permitir la entrada ni a un mínimo rayo de luz.

—El equipo de música está aún encendido —constató Roy.

—¿Qué demonios tendrían puesto? —Y el muy estúpido iba a tocar el aparato para dejar sus huellas impregnadas —. ¡Estate quieto!

Con la tela de mi gabardina pulsé el botón de encender. El sonido del disco compacto comenzando a girar nos anunció que la reproducción estaba a punto de comenzar, y no se trataría de *Barry White*. Aquel desalmado tenía unos gustos poco convencionales. El sonido de un tambor enseguida fue acompañado de un canto femenino desgarrador y un coro que, a modo de eco, acompañaba aquellos extraños quejidos musicales. Los primeros minutos eran algo

monótonos y pausados, pero conforme la grabación avanzaba iba tomando un ritmo a cada segundo más vertiginoso, acompañado de otros instrumentos de percusión que se batían indisciplinados, pisándose los unos a los otros. El grito de la mujer se desgarró desnudo en un llanto horrible que fue a pararse en seco, sumiendo los demás sonidos en el más absoluto silencio. Al silencio le siguieron suspiros, respiraciones agitadas y letanías oscuras que en ese momento recitaban voces cavernosas al unísono.

«In nomine die nostri satanas luciferi excelsi
Potemtum tuo mondi de Inferno, et non potest Lucifer Imperor rex maximus, dud ponticius glorificamus et in modos copulum adoramus te
Satan omnipotens in nostri mondi...»

Después de aquello me fui directo al dormitorio. Roy me seguía, aún atento al oscuro canto que había empezado a irritarme, me ponía nervioso el dichoso sonido del tambor. Y mejor ni hablar de los asquerosos olores a efluvios humanos que había captado en el salón. Comenzaba a sulfurarme por segundos. El odio que llevaba dentro de mí calentaba las ascuas de un fuego colérico que amenazaba con prender.

—¡Pero, señor Stewart!

De un fuerte impulso había levantado el colchón de la cama como si fuera de corcho ¡A la mierda!

—¡Roy! ¡Apaga la jodida música!

Una nube de polvo ascendió hasta mis fosas nasales. Aquella chica podría haberle dedicado algo más de tiempo al trapo. Y, como era natural, las telas de araña tomaban cada vez más terreno sobre el material que Amy había escondido entre el colchón y el viciado somier de madera. La tediosa música se detuvo.

—¿Ha encontrado algo?

Eran pruebas. En principio no deberían tocarse sin dejar rastro.

—Tráeme los guantes del coche.

«Gothic Beauty». Las letras de la revista eran blancas, de un estilo barroco sobre fondo negro. En la portada aparecía una mujer de carrillos escuálidos. Nada atractiva. Una bruja con media cabeza esquilada como las ovejas y embutida en un horrible corsé victoriano. Malditas sean las modas una y cien mil veces. Ni siquiera tenía delantera para rellenar la poca ropa que llevaba.

—¿A ti esto te pone cachondo? Porque a mí me parece una payasa.

Roy se quedó mirando la portada, pensativo. A juzgar por la primera reacción, creo que sus deseos de intimar con el sexo femenino

encajarían con cualquier mujer que tuviera lo que hay que tener entre las piernas.

—Bueno, creo que soy más convencional.

Era virgen, estaba muy claro. Se colocó el cinturón mientras contestaba y me esquivó la mirada.

—¿Tienes novia, Roy?

—No.

—Entonces, ¿eres un pájaro libre?

Me pareció gracioso. Roy necesitaba un buen revolcón antes de convertirse en el agente Benson. Un hecho indispensable, porque hay cosas de las que uno tiene que disfrutar para ponerse en la piel de los pervertidos. Por ejemplo, como el que había matado a Amy Martin.

—Sí, claro.

Cuando sonrió resaltó una de las espinillas gordas y purulentas que anidaban en la comisura de su boca. Maldita sea, Roy.

—Tienes que dejar de comer tanto chocolate.

Me agaché junto a la pila de revistas y papelajos que la chica guardaba en su escondite. Algunos folios tenían escritas letras de canciones o poemas de lo más deprimente. Hablaban sobre la fugacidad de la vida, la frivolidad del cuerpo y la carne. Las rimas eran predecibles y muy torpes. Todo estaba lleno de borrones y había algún que otro dibujo en los márgenes: Rosas con espinas, ojos lacrimosos y unos labios con afilados colmillos. Seguí buceando entre su intimidad. Un paquete de preservativos, algo de dinero en metálico, una china...

—Entonces se drogaba... —Roy parecía algo decepcionado.

—Eso parece. ¿Qué tenemos aquí?

Bajo las revistas y los escritos había una pequeña llave plateada.

—Demasiado pequeña para ser la llave de una puerta...

—Puede ser, Roy.

Bajo el escritorio estaba su ordenador. Aquello también debía ser apropiadamente registrado. Eso se escapaba a mis conocimientos, pero quién sabe, lo mismo se podía encontrar algo de utilidad entre toda esa basura en línea...

Una vez hecho el primer reconocimiento había que empezar a centrarse en los círculos sociales de la chica. Sin lugar a dudas, aquella muchacha estaba viviendo la vida al límite, lo que viene siendo una independencia salvaje. Sin nadie que la supervisase, el trabajo había sido demasiado fácil para quien quiera que hubiera orquestado aquello. ¿Qué sería del vecindario? Había llegado la hora de darse un paseo por el género humano más cercano a Amy.

—¿Cree que pudo ser alguien cercano? —dijo Roy en una línea similar a la que yo estaba evocando mentalmente.

Cerramos la puerta y abandonamos el apartamento tal y como

nos lo habíamos encontrado. La caja estaba a buen recaudo bajo el colchón, junto con la llave. Tampoco debía excederme con los chicos de la científica, podían llegar a ser un verdadero dolor en el culo si se lo proponían.

El olor a humedad de aquellos apartamentos resultaba opresivo. La moqueta azul oscura hacía demasiado tiempo que no se encontraba con una buena aspiradora, los plintos de las paredes estaban negros y alguna que otra araña tejía su tela, victoriosa ante la pasividad de los residentes. Una pena. Aquellos apartamentos, junto al que fue el mágico *Winter Gardens*, solía costar un dineral alquilarlos.

Allí llevé a Ladybird cuando tan solo éramos dos niños que no hacían nada más que tocarse por las esquinas. Era un lugar de luz y lámparas brillantes. De bailes de salón y concursos internacionales. La cerveza local era una delicia, la música mucho mejor y la gente en general parecía más feliz. Todo lo cubría el halo de mi ingenuidad y mi inocencia. Ella soñaba con que le comprase algún día uno de esos vestidos que mostraban más carne de la que debían. Yo soñaba con verla bajo esas telas, contoneando su cintura y haciendo aquellos giros tan pasionales que hacían las bailarinas de tango que llegaban desde Francia o España.

Con fuerza, mis nudillos golpearon la madera de la puerta contigua al apartamento de Amy Martin. Me encendí un cigarrillo. La luz estaba encendida y el sonido de platos y cubertería indicaban que alguien habitaba el lugar. Tras unos minutos, apareció en el umbral una señora de muy corta estatura, envuelta en una bata de un tejido similar al de las colchas para la cama. Olía a lavanda y a ancianidad. Era como si la carcoma de su apartamento se mezclara con la suya propia. Eso es, ella y su arruinado apartamento habían envejecido al mismo tiempo. Eso fue lo que sentí cuando la vi salir con esas gafas de montura color coral con una dorada cadenita que aseguraba las gafas en su debido lugar.

—Buenas tardes, señora. Soy el agente Stewart y este es mi compañero, el agente Benson.

—Muy buenas tardes —saludó Roy, respaldando mi presentación.

A la anciana le temblaba la boca. Un potente olor a salchichas y habichuelas con tomate inundó el pasillo, provenía del interior del antro de reclusión de la mujer.

—¿Qué puedo hacer para ayudarles?

—Bueno, ¿le importaría que pasemos a su casa?

Le enseñé mi placa y Roy me imitó ipso facto. Aquello era el más claro ejemplo del descuido personal y la indiferencia. El salón estaba atestado de objetos rotos y bolsas de supermercado dentro de otras bolsas de supermercado. Envases vacíos de galletitas escocesas apilados, muchísimos tapetes de ganchillo sin terminar sobre los sofás

y fotografías enmarcadas sobre muebles cubiertos por más de un dedo de polvo. Las cortinas estaban corridas y la luz de un acuario vacío iluminaba la habitación.

—¿Puedo ofrecerles una taza de té?

—No se preocupe, tan solo estamos de paso. Muchas gracias, señora —le dije mientras tratábamos de hacernos paso entre la cantidad de chatarra que guardaba en su casa.

—Puede llamarme Betsy, querido. Hace mucho tiempo que nadie me llama Betsy...

Hizo uso de su andador metálico para sentarse en su mecedora mientras Roy y yo tomábamos asiento. Yo, en una silla de madera que juraría parecía haber sido sustraída de un colegio, mientras que Roy lo hacía sobre un taburete de plástico, de esos que usan los ancianos para poder darse una ducha sin jugarse la vida. Preferiría morirme antes de llegar a ser un maldito anciano de taburete y andador.

—¿No deberíamos tomarle testimonio oficial? —me susurró Roy al oído.

Le di mi negativa. La gente del pueblo no funcionaba así y nunca lo haría. Había que tratarlos como lo que son, los vecinos de uno. Así soltaban más prenda que intimidándolos como si fuésemos la policía Comarcal.

—Betsy, ¿usted conoce a su vecina de enfrente? —le pregunté comenzando con el sondeo.

La mujer llevó sus pupilas hacia arriba, casi pude sentir el ejercicio de sus neuronas desde la silla de laca verde.

—Me la he encontrado varias veces en el rellano de la escalera. Me ayuda con la compra cuando me la traen los de servicios sociales. Es buena chica, pero no entiendo por qué tiene que vestir como si todos los días fuera a un cabaret. Juraría que los tiempos del *Winter Gardens* se acabaron hace mucho tiempo, ¿no es así?

—Me temo que sí, señora. Se acabaron hace mucho tiempo...

—Eso creía yo.

—Entonces, ¿cuándo fue la última vez que la vio?

—¿Qué dice usted?

—Decía que cuándo fue la última vez que usted vio a su vecina, ¿sabe su nombre?

—Mi vecina, sí. Es una buena chica, creo que baila en el Winter Gardens, ¿no es eso maravilloso? —La mujer redujo su tono de voz—. Aunque he de decir que antes las cogían más esbeltas y con mejor porte, ya sabe...

Roy me miró con una sonrisa tirante e incómoda. En efecto, aquella mujer tenía demencia, o algo parecido.

—¿Sabe cómo se llama?

—¿La vecina?

—Sí, su vecina.

—Creo recordar que se llamaba Betsy. Siempre me ha gustado su nombre...

No íbamos a sacar información concluyente de la entrevista. Una lástima. Aquella anciana señora había vivido un largo año puerta con puerta con Amy Martin y podría habernos aclarado aspectos sobre la gente que hubiera podido entrar y salir de su apartamento. Pero bueno, así es la vida. Un día estás trabajando para la policía y otro, por el contrario, cagándote en un pañal como cuando llegas al mundo.

—Muchas gracias, señora Betsy. Ha sido un verdadero placer.

—Es usted un hombre muy cortés, ¿le gustaría dar un paseo por la *Promenade*?

Le sonreí. Quizás así era feliz, perdida en el tiempo y en el espacio. Me preguntaba si el juicio es nuestra continua condena.

—En otra ocasión, señora. En otra ocasión.

—Pondré un poco de música.

Roy comprobó que, en efecto, mi rostro ya daba señales de que mi paciencia pronto llegaría a su límite.

—Señora, tenemos un deber. Volveremos en otra ocasión —anunció Roy complaciente.

La anciana rebuscó entre una montaña de trastos metálicos hasta encontrar un reproductor de *cassette* conectado a unos pequeños altavoces que parecían de cartón. Con el entusiasmo de una quinceañera, apretó el botón amarillo que reproduciría una melancólica melodía de piano.

Me encendí un cigarrillo para tratar de evadirme de la situación mientras me colocaba mi sombrero de vuelta, deseando abandonar aquel apartamento lo antes posible.

—Esa canción… ¿puede ser *Wuthering Heights*? — pregunté en un arrebato de nostalgia.

«Out on the wiley, windy moors
We'd roll and fall in green.
You had a temper like my jealousy:
Too hot, too greedy.
How could you leave me,
When I needed to posses you?
I hated you. I loved you, too.»

—Es una canción un poco triste, ¿verdad? Pero al mismo tiempo, tiene una dulzura misteriosa —La anciana sonrío mientras fue a asomarse a la ventana.

—Me gusta *Kate Bush*. Era una mujer un poco «rarita» pero, ¡qué pasiones levantaba!

Al final incluso estaba disfrutando de escuchar aquella melodía de finales de los setenta, me traía buenos recuerdos, aunque bien es cierto que desde aquellos altavoces se escuchaba como si estuvieran cantando desde dentro de una lata de refresco.

—No he vuelto a ver a ese jovencito… —La anciana trató de limpiar el empañado ventanal de su residencia.

—¿A quién se refiere, señora? —fue rápidamente a preguntar Roy.

—Me recuerda a esta canción… déjame entrar por tu ventana… —canturreó la mujer.

Seguramente estaría acordándose de los viejos tiempos. Memorias que se confunden, que se fabrican y nunca existieron… Ya lo había visto antes y jamás podríamos hacer un uso productivo de aquella visita. Una lástima.

—Era un jovencito que venía a cortejarla a usted, ¿verdad, señora? —Traté de reconfortarla, lo cierto es que quizás aquella mujer llevaba semanas sin recibir una visita que interactuara y le diera conversación.

—¡Ojalá se fijara en mí! Yo ya estoy vieja —La señora cerró las apurgaradas cortinas—. No, no. Ese muchacho estaba clavado todas las noches frente a su ventana. Qué tierno, ¿verdad? Lo vi un día mientras diluviaba y casi estuve a punto de decirle que iba a coger una pulmonía.

—¿Se refiere a Amy? —pregunté ahora intrigado, aunque a sabiendas de que jamás podría ser relevante.

—¿Amy? No, esa chica no se llamaba Amy, ¿no? Era Betsy, porque se vestía como las chicas del cabaret del *Winter Gardens*.

—¿Lo vio alguna vez subir a su apartamento? —Roy me miraba, tratando de dilucidar si mi interrogatorio iba en serio o tan solo trataba de darle conversación a la pobre anciana.

—No. Tan solo la miraba. Llevaba una gabardina negra muy larga y tenía el pelo rubio. Era un hombre bastante atractivo, de estos que parecen estrellas de la canción —Hizo una pausa para carraspear con fuerza—. Se parecía mucho a ese cantante que le gustaba a mi hija, ¿cómo se llamaba? Bon… *¿Jevi?*

—Interesante. Muy bien, ¿Betsy? Le agradezco de corazón su tiempo y espero que pase una buena noche.

Aquellas divagaciones no nos iban a llevar a ningún sitio y había comenzado a cansarme. Abandonamos el apartamento. Yo estaba deseoso de respirar aire puro.

—Señor Stewart, ¿cree que podría tratarse de un acosador?

—Bueno, también pudo ser su amante de hace veinte años… Quizás no.

El Cubil de los Engendros

Jueves, 24 de octubre de 1999

Piano. Poco a poco me voy acostumbrado cada vez más a vuestras comodidades y usos. No solo puedo escribir aquí mis memorias, sino también tener acceso a las vuestras y a la de vuestros amigos. Aunque también a las de la gente que ni siquiera me interesa. Estamos todos conectados.

Nunca se ha espiado la intimidad de alguien de un modo tan impune. Pero claro, los valores han cambiado. Ahora todos somos *voyeurs*, y es una práctica abierta sin tabúes. Puedes bucear dentro de la privacidad del vecino, ver sus fotografías —las cuales he de decir que cada vez son más comprometidas y muestran más—, e incluso hacer un comentario al respecto. Cada persona es un ente demandante de atención. Al principio me provocaba repulsa, pero creo que le estoy encontrando el punto álgido a este nuevo modo de interacción social. Ayer mismo, sin ir más lejos, conocí a una persona muy especial. Sin separarme del teclado y la pantalla de mi ordenador. Antes te cruzabas con las personas caminando por la calle, seguías tu rutina diaria contemplando ensimismado a la persona de tu interés, que vivía ajena a la devoción profesada. Esperabas y esperabas. Despacio, mostrabas algún gesto de atención, como dar un pañuelo limpio o indicar la estación de tren más cercana. Yo siempre he tratado de ser muy cortés.

Ahora todos esos preliminares ya no existen. El cortejo se ha reducido a una visita de menos de cinco minutos a los perfiles de los sitios personales en Internet. Pero así es como nos encontramos ahora con las personas. Como decía, creo que he conocido a alguien especial que aún ignora mi secreta admiración hacia ella. Siempre he sentido debilidad natural por las almas atormentadas, pues yo he sido una de ellas. Desde siempre.

Adoro la belleza de la melancolía y la muerte. La inocencia de la juventud y su fugacidad. Y también me recreo con la belleza per sé. Tú eres bella, a pesar de que lo niegues. Porque quieres morir. Estas dispuesta a dejar que tu llama vital se apague de un modo tan trágico y teatral que yo me quitaría el sombrero para adorarte. Eres una artista, eres la musa y la obra al mismo tiempo. Y yo… Yo tan solo soy un observador que con pasión te contempla, maravillado desde esta silla giratoria.

Así que, como no puedo evitar dejar de ser un caballero, continuaré en el anonimato. Continuaré deleitándome con tus entradas. Porque sé que aún no te vas a despedir de mí, al menos, no sin antes darme el placer de algún día conocerte en persona. Puede que no veas esta entrada, puede que solo sea un perfil más dentro del mundo infinito de la red de redes. Pero si estás leyendo mis palabras significa que se acaba de producir un milagro.

Alistair.

Stewart

Carretera, *The last of the secret agents* de *Nancy Sinatra* reproduciéndose en el coche y un cigarrillo en mi siniestra. Eran esos los momentos que echaría de menos cuando no tuviera más remedio que retirarme y desplazarme en uno de esos penosos carricoches motorizados para viejos. Quizás sería mejor montar una buena escenita para despedirme del show antes de eso.

No había tráfico. Era un día soleado y yo me dirigía a Freckleton. Parecía que me adentraba en la nada más absoluta. Atravesaba campos verdes y sembrados, había vacas y cabras pastando por todas partes y luego más campos verdes y sembrados.

Freckleton era el típico pueblecito de escasos habitantes de la costa noroeste de Inglaterra. Los pueblos del norte no diferían mucho los unos de los otros; casas de ladrillo adosadas, viejos pubs, iglesias pequeñas con su tejado en forma de aguja... El acento allí era bastante cerrado y las gentes muy tradicionales. La ciudad más cercana era Lytham, un resort similar a Blackpool, solo que menos echado a perder por la vida nocturna. Allí era donde, desde hacía tiempo, solían vivir las familias, una vez la industria de la metalurgia se fue al carajo. Ese era el problema allí en el norte, que todo se fue al carajo y encima teníamos fama de incultos.

Había hecho un acuerdo con Roy: Yo iba a la entrevista con Heather Hall y él se quedaba inspeccionando el ordenador de Amy, además de tratar de averiguar el asunto de la llave que habíamos encontrado en el apartamento. La versión oficial era que los dos fuimos juntos por la mañana a Freckleton. La verdad es que no me apetecía compartir otro día más con el gordito. Era buen chaval, pero a veces necesitaba una dosis extra de paciencia que no me apetecía invertir. No era nada personal, pero me gustaba trabajar solo. Suerte que aún no tenía uno de esos teléfonos móviles que llevaban los agentes jóvenes de la comisaría. Eso era lo último que necesitaba, estar localizado en todo momento. Con la radio del coche tenía más que suficiente.

Cerré con firmeza la puerta del vehículo. No tan fuerte como para dañarlo, pero sí lo suficiente como para asegurarme de que la cerraba de una vez. Roy siempre cerraba la puerta como lo hacía mi mujer. Vaya manitas para un agente de policía, que parece que se le van a caer las cosas de las manos. Me preguntaba si sabía cómo pelar patatas o siempre lo hacía su mamá. Tenía unas manos regordetas y pequeñitas, casi lo podía ver con una de esas consolas portátiles, sentado en la oficina de la comisaría mientras se comía un sandwich

de pastrami.

La dirección que me había proporcionado Martin correspondía con una vivienda cuya puerta de entrada al porche era una gran verja negra decorada con una pareja de mariposas doradas. Resultaba demasiado cursi a la vista. El jardín no podía estar más cuidado, la variedad de colores y la frondosidad de las plantas hacían que pareciese que me encontrara a punto de entrar en un jardín botánico. El césped estaba escrupulosamente cortado, aunque había algún que otro resto de papel de seda y confeti, como si se hubiera celebrado una fiesta hacía poco.

Me coloqué mi sombrero y apagué mi cigarrillo contra la acera de la calle de un pisotón, hasta que las cenizas se esparcieron y la colilla se quedó vacía. Junto a la verja había un portero automático, así que pulsé sin tardanza el botón. No había rastro de ningún coche aparcado en el garaje y tampoco fuera, por lo que pensé que podía haber hecho el viaje en vano. Aunque, en realidad, nunca se hace un viaje en vano, siempre podía tomarme unas buenas salchichas con bacon y huevos fritos en uno de los pubs del pueblo. Eso era, sin duda alguna, lo que iba a hacer pasase lo que pasase.

El timbre sonó como la tradicional campanilla, solo que activada de manera eléctrica. El ladrido de un perrillo enseguida se escuchó, procedente del interior de la residencia. Debía de ser un caniche o un yorkshire. Creo que para tener ese tipo de mascota mejor no tener nada. Suerte tenían los animalillos, porque en el medio salvaje los habrían exterminado a todos. Claro, que la mayoría de esas razas de perrillos lame culos de ancianitas los habíamos creado nosotros. A mí siempre me han parecido de lo más patético.

La puerta de color verde oscuro se abrió. Del umbral salió un caniche blanco de cola repeinada que me enseñó los dientes. Maldito chucho.

—¡Fozzy! ¡No salgas al porche! ¡Fozzy!

Era una voz femenina muy chillona. Procedía de una mujer joven, de seguro entre los veinticinco y los treinta años. Su acento era refinado, pero era del tipo que trata de enmascarar un acento muy cerrado sobreactuando excesivamente la fonética. Fozzy se había situado junto a la verja y no paraba de ladrarme, el mal nacido. Pero no tenía los huevos de acercarse mucho más. Parecía una maldita rata blanca repeinada. La muchacha no tardó en acudir al encuentro del perro.

—Buenos días, señora.

Se acercó a la verja y desde allí, con el caniche aún ladrando entre sus brazos, contemplé los estragos que había hecho la comida rápida a la sociedad de nuestro siglo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mathew Stewart, Marshal de la *Blackpool Constabulary*, ¿me invita usted a entrar?

No necesité enseñar la placa. Avancé hacia la entrada atravesando el jardín. Por un momento me quedé embriagado por el perfume tan intenso de unas rosas amarillas que había plantadas en uno de los arriates. En efecto, se había celebrado una fiesta hacía poco, pues aún había una tira de papel con multitud de globos desinflados adheridos a ella sobre la mesa del jardín.

Si las mariposas de la entrada eran ridículas, el papel de pared del salón lo era aún más. Aquello no podía tener el visto bueno de alguien con una cantidad normal de testosterona para considerarse hombre. Los muebles olían aún a madera nueva y, por algunas manchas de pintura blanca, deduje que aquella muchacha no llevaba demasiado tiempo viviendo allí o quizás habían remodelado la vivienda.

—Le hago un poco de té, ¿vale?

Asentí con la cabeza con tal de que se llevara al jodido perro de la habitación con eco. Estaba dándome dolor de cabeza.

El té sabía bastante bien. La taza era nueva.

—Señora Hall, me temo que los asuntos que me traen a su hogar no son alegres.

De una deslumbrante sonrisa pasó a un gesto de incertidumbre instantáneo. Tenía una cara redonda, pujada aún más por la papada que le daba aspecto de *Miss Piggy*. Sus ojos eran pequeños, redondos y azules. El pelo lo tenía recogido en una coleta pequeña, peinado hacia atrás, como si estuviera disimulando el hecho de que no lo tenía limpio. Su grasa abdominal se acumulaba generosamente, aunque su trasero tampoco se quedaba corto. Para colmo, era muy bajita, por lo que parecía que sus brazos y piernas eran demasiado cortos. Eso sí, llevaba unos pendientes de perlas muy finas.

—¿De qué se trata, agente? Dios mío, no me asuste usted, que mi pareja está ahora mismo en carretera, de viaje de negocios, ¿sabe? Todo el día fuera…

—No es su marido quien me trae hoy aquí, señora Hall. Puede estar tranquila.

—Muchas gracias. Justo hace un par de días me enteré de que vamos a tener una criatura, ¿puede creerlo? Estoy aterrorizada.

Por cierto, aún debería llamarme señorita —Heather mostró su mano con el anillo de compromiso y sonrió mientras se llevaba la otra mano a su tripa.

—Mi más sincera enhorabuena en ese caso, señorita.

Me disponía a continuar hablando, pero me pisó la palabra.

—¡Gracias! ¡Estamos tan ilusionados...! Seguramente nos casaremos en unos meses. Habíamos pensando en hacer una boda en

el campo, pero en mi estado, creo que no sería buena idea, ¿usted qué opina?

Pues mi opinión era que me importaba un comino. Santa paciencia.

—¿Sabe algo últimamente de Amy Martin?

Heather frunció el ceño. Un ceño de cuatro pelos que adquiría continuidad gracias al maquillaje. Era bastante hábil delimitando sus ficticias cejas castañas claras con el lápiz.

—Amy Martin… La verdad es que hace años que no sé nada de ella, ¿por qué?

—Bueno, ¿ve usted las noticias?

—No estoy muy puesta, la verdad. No me diga que algo grave le ha ocurrido a la pobre Amy…

—Ha fallecido.

—¡Oh, Dios! Pobre criatura, ¿cómo ha ocurrido algo así?

—Encontramos su cuerpo en el *Stanley Park*. Tratamos de investigar lo ocurrido.

Tomó un sorbo prolongado de té y sus ojos comenzaron a enrojecerse, avecinando un llanto que se produciría inevitablemente. Michael Martin me explicó que habían sido íntimas amigas durante la infancia y que si alguien había pasado más tiempo con su hija esa había sido Heather Hall.

—No, no puede ser… ¡Amy! —La chica se levantó, dejando la taza de té sobre la mesilla con adornos de nácar—. Lo siento, voy a por un pañuelo.

Si no fuera porque había hablado con ella unos minutos antes de darle la noticia, podría llegar a sospechar que estaba sobreactuando. Sin embargo, Heather Hall parecía una exaltada en general. Volvió en unos minutos con el rostro enrojecido y la nariz congestionada.

—Siento haber sido tan seco con usted, señorita Hall. Lo cierto es que ha comenzado una investigación con respecto a su homicidio y cualquier ayuda podría ser inestimable, ¿comprende?

Ella suspiró y trató de recuperar la respiración normal tras los continuos hipidos que le había provocado el llanto. Aún tenía los labios apretados y la mirada perdida. El jodido perro estaba más tranquilo, parecía como si el maldito animal hubiera entendido la gravedad de la situación, miraba a su dueña tratando de traducir su actuación.

—No sé qué decir. Llevo tanto tiempo sin saber de ella… Aun así no me explico qué es lo que ha podido pasar. Ella siempre ha sido una buena chica, de muy buen corazón, ¿entiende? No se merecía algo así.

—Nadie se merece algo así. Es una desgracia.

Heather tomó al caniche y lo abrazó con fuerza, hasta que el animal emitió un ladrido agudo y enseguida comenzó una maniobra

de escape.

—Nos criamos juntas, ¿sabe? Fuimos a la misma escuela y jugábamos juntas a diario. Fuimos incluso al mismo instituto, aunque claro, yo no terminé la preparatoria para la universidad. Si no me equivoco, creo que ella estaba aún tratando de terminarla.

—Entonces, ¿cuándo perdió exactamente el contacto con Amy?

—Justo después del instituto. Ella quería estudiar algo y yo me enamoré de Richard. Bueno, yo siempre había estado enamorada de Richard —Sonrió y emitió una risita estúpida entre gimoteo y gimoteo—. Debí haberme interesado por ella. Debí llamarla, ¡oh, Dios Santo!

—¿Cómo era Amy? ¿Tenía novio? ¿Otras amistades? ¿Algo que usted opine que deberíamos saber sobre sus círculos más próximos?

—Es difícil de decir, ella cambió mucho. Aunque claro, supongo que yo también lo hice. La vida te cambia.

—¿Qué tipo de cambio? ¿Le preocupaba?

—No es que me preocupara. En realidad, me alegré en parte. Por ella. Verá, Amy era una chica muy introvertida, muy dulce y muy buena. Pero raramente interactuaba con la gente del instituto.

—Era una chica antisocial. De acuerdo, ¿y qué pasó?

—Bueno, sus intereses ya habían comenzado a diferir mucho de los míos hacía mucho tiempo. Yo quería aprender a decorar interiores mientras ella leía volúmenes y volúmenes de novelas antiguas, pasaba horas sentada delante del ordenador… Yo siempre he sido muy cuidada, ya sabe, estéticamente.

Eso me hizo reír, pero no pude exteriorizarlo. Si cuidarse consistía en dejar que la grasa te rodease como un flotador el abdomen…

—¿Quiere decir que Amy no cuidaba su estética?

—No exactamente. Comenzó a vestir siempre de negro. Ella siempre había estado muy delgada, pero ya casi que se le podían ver los huesos cada vez que se cambiaba delante de mí.

—¿No se alimentaba bien?

—No lo sé. Ella siempre fue muy especial para comer.

—Y estos cambios, ¿fueron antes o después de que se independizara de casa de su padre?

—¿Se mudó? No tenía ni idea. Aunque tampoco me extraña. Siempre se sentía tan avergonzada de sus padres… No lo demostraba, pero yo lo sabía. Soy muy empática, ¿sabe?

—¿Conoció usted a sus padres?

—Solo a su padre. Creo que su madre estaba enferma o algo así, ¿me equivoco?

No era tampoco de mi incumbencia que supiera o no la verdad sobre la madre de Amy. Había cosas que mejor dejar bajo el velo del olvido.

—Sí, bueno. Entonces, cuando Amy comenzó a «cambiar», vuestra relación también lo hizo, ¿no?

—Sí, aunque, como ya le dije, la vida te acaba cambiando a pesar de lo mucho que puedas apreciar a alguien. Ahora me arrepiento de no haber mantenido el contacto.

—¿No se relacionaba con nadie?

—Concretamente, no sabría decir nombres. Pero sé que, tras meterse dentro de ese mundo oscuro, ella se sentía apoyada por personas.

—¿Qué mundo?

—Bueno, hay ciertos ambientes en Blackpool… ¿ha oído hablar usted de los «dark»? ¿Góticos?

Ni idea. No sé qué les pasa a los jóvenes, ¿es que no tienen mejores cosas que hacer?

—No tengo el placer, ¿de qué se trata?

—Bueno, es una tribu urbana. Se reúnen en la ciudad, en ciertos locales. Pensé que era bueno para ella, que por fin había encontrado personas con sus intereses. Aunque nunca aprobaré esas indumentarias.

—¿Me podría dar una lista de locales?

—Creo que el más importante es el *Graveyard*. Luego sé que hay ciertos pubs en Lytham, e incluso garajes donde se reúnen a escuchar música y a hacer fiestas. Es un ambiente muy universitario, también.

—Muchísimas gracias, señorita Hall. Le prometo que la dejaré en paz.

Mi estómago rugía. Estaba deseando dejarla en paz, pero por fin habíamos encontrado algo de utilidad.

—No se preocupe, agente. Si alguien ha sido capaz de hacer algo tan horrible a Amy merece ser capturado y castigado por la ley. Le ayudaré en lo que necesite.

—¿Sabe si tenía algún problema? ¿Deudas? ¿Drogas? ¿Desengaños amorosos? Ya sabe, algo que pudiera desencadenar en un crimen como este. Le pido que sea sumamente sincera. No trato de manchar el recuerdo de su amiga, tan solo trato de esclarecer la verdad. Es el único modo de averiguar qué fue lo que pasó.

—No tengo conocimiento de problemas de ese tipo, agente. Ya le digo que ella cambió mucho. Si tenía algún problema de ese tipo yo no tengo conocimiento de él y no vino a contármelo.

—Perfecto. Me gustaría que estuviésemos en contacto. Le dejo mi tarjeta.

—Por supuesto.

Sus ojos continuaban vidriosos y las manos le temblaban.

—Lo lamento.

Me levanté del sillón. Le estreché la mano e inclinando la cabeza

me despedí de Heather. Ya en el porche me volví a colocar mi sombrero. El chucho ya no ladraba. Ella me contemplaba como inmersa en sus pensamientos desde la entrada, y el perro parecía emularla.

—Hasta pronto, señorita Hall.

Era el indudable momento de los huevos con bacon.



Rose me saludó desde la ventana. Su marido estaba sentado en el sofá, que era justo donde lo había dejado cuando me fui por la mañana, temprano. Era un hombre delgado que vestía siempre la misma bata manida. Solo he entrado en su apartamento en un par de ocasiones, a recoger paquetes y cartas del departamento. Si ese era el concepto de «hasta que la muerte nos separe» que tenían los Wilson, prefería mi vida diaria. Se les veía siempre desde fuera, a través de la gran ventana de su apartamento, como si fuera un escaparate de mal gusto. Él era un vago y ella una prima. Pasen y vean.

Me arrepentía de muchas cosas. A veces, daba gracias por mi tranquilidad y por la vida que tenía. Otras, me iba con el coche y gritaba a los cuatro vientos. Al visitar a Heather Hall me había dado cuenta de que no sabía qué tipo de mujer era la que yo mismo había engendrado. Estaba seguro de que Ladybird había hecho un gran trabajo. Ella siempre hacía un gran trabajo, no importaba el qué. Me preguntaba si me diría si fuera a tener un hijo. No había sido una figura paterna más allá de la infancia, pero, ¿no seguía siendo mi progenie?

Pensé que quizás debería llamarla. No, me dije, sería demasiado incómodo. No quería ser un motivo por el que hacer sentir mal a nadie. No quería ser la espina de pescado que te sorprende a punto de atravesarte el gaznate. Era mejor dejar el tiempo correr, como había hecho hasta ese momento. Si ella quería verme, que viniera. Aunque esa solución era para bastardos cobardes. Yo no era un cobarde, joder. A lo mejor, sopesé, podría contactar con su madre para tantear el terreno. No, concluí, seguramente, ella me habría mandado a la mierda.

Yo me hubiese mandado a la mierda, por lo que no la culpaba. Pero sentí que me hubiese gustado hacer algo, porque odiaba auto compadecerme. No podía entrar en sus vidas y decir: ¡Aquí está papá!, solo porque tenía el sentimiento egoísta y la necesidad de saber de ellas dos. Eso hubiese sido patético y razón para merecerse un tiro en el entrecejo. Así que hice lo que sabía hacer, apretar con fuerza la mandíbula y seguir adelante. A lo mejor la vida hacía que me las

encontrara en una mejor circunstancia.

Subí los escalones del apartamento. Habían pasado la aspiradora y aún existía rastro de ambientador de pino. Mi apartamento continuaba tal y como lo dejé. Ordenado y aséptico. Siempre había sido minimalista. «Conserva lo necesario y cuídalo para que dure», decía mi madre siempre en la mesa, cuando yo pedía cualquier capricho. La pobre mujer dejó este mundo antes de lo esperado y hubiera dado lo que fuera por sentarme con ella de nuevo en la mesa del comedor de *Palatine Road*, el hogar que me vio nacer. Un cáncer de mama demasiado extendido como para hacer algo al respecto. Murió consumida por el tratamiento un año después de la noticia. Mi padre no duró mucho más, unos tres años, le dio un coma diabético en un hospital del Estado.

Me senté en mi sofá de cuero marrón y encendí la televisión para ver las noticias. Una jarra de cerveza espumosa aliviaría mis pesares. Miré de reojo el teléfono, pero decidí que no quería usarlo. No me merecía usarlo. Demasiado tarde, tampoco eran ya horas de llamar a nadie.

Endless Dark

Viernes, 25 de octubre de 1999

Una voz

Y, sumida en el silencio más absoluto, una voz ha llegado como traída por el viento, ¿quién eres? No te conozco. ¿Te diriges a mí? Seguro que te refieres a otra persona que se ha convertido en el sujeto de tu deseo, yo tan solo soy una chica normal.

Si te digo la verdad, dejé de relacionarme con personas hace unos meses. No tengo ningún miedo. Si eres tú, quisiera conocerte. Ya no me queda nadie, estoy completamente sola. Me encierro en mi habitación tan solo con ansias de dejar de respirar. Estoy fuera de este mundo, desconectada.

Alistair, ¿quién eres? ¿Quién eres, que dices haber vivido tiempos pasados? ¿Quién eres, que dices transitar entre los muertos y a pesar de ello, tus dedos aún pueden teclear esas palabras que, con ardor, deseo que sean dirigidas a mi persona?

Has detenido mi tiempo. Ahora solo espero tu respuesta. Miro cada rincón a la espera de que el rostro de un desconocido me devuelva la confianza en el mundo. ¿Te habrán contemplado ya mis ojos y yo, en mi ignorancia, aún no te reconozco?

Amy Martin.

Etiquetas: Reflexiones, Endless Dark, Amy Martin,1999 Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido.

Stewart

—Pídeme un asado de los domingos; medio pollo con gravy, puré de guisantes y de patata, por favor.

—¿Bebida?

—Una cerveza, muchacho.

—¿Cúal?

—Una alemana. Rubia, por favor.

—Sin problema.

Roy permanecía levantado con la chaqueta aún sobre los hombros. Le faltaba la lista y un lápiz tras la oreja para parecer el camarero de servicio. Haría todo lo que le dijera y eso era bueno, ya que, lo que le esperaba, quizás no le haría mucha gracia...

—¿Sin problema? ¿No quieres que te pague?

—Bueno, tampoco me importa invitarle, señor Stewart.

—¡No seas mentecato! —Le solté un billete morado con la imagen de la reina—. Invito yo, pero haz el favor y pide, aunque sea, algo verde que acompañe a la carne.

—No hace falta, señor Stewart. Yo me pago mi almuerzo.

—¡He dicho que invito yo! ¡Carajo!

Al ver mi gesto de enfado enseguida reaccionó y se dirigió a la barra para pedir los platos. Me fijé en la televisión, emitían desde el hipódromo de Ascot. Las carreras de caballos no eran mi fuerte, pero estaban bien. El rugby hubiera sido mejor opción. Era agradable disfrutar de una buena comida de domingo en uno de los mejores pubs de la ciudad. Con respecto a la clientela, los borrachos eran los de menos. En su mayoría había familias que acudían a pasar el día.

Roy no tardó en llegar con una cerveza y una bebida de cola para él. Era increíble su afecto por las bebidas azucaradas. No importaba el color o el sabor, la cosa era incorporar calorías secas al cuerpo. El zumo de lúpulo es, de lejos, mucho más saludable.

—Pruébala —le dije, ofreciéndole de mi pinta.

—No. No bebo, señor.

—¿Nada?

—No, no me gusta el sabor del alcohol.

¡Cuánta tontería! ¿Y esta era la sangre que iba a reemplazar a mi generación? Arrugué el rostro y le di un buen trago a mi pinta.

—Bueno, Roy. No te he traído aquí porque quisiera tomarme un asado de los domingos contigo —El muchacho se quedó algo trastocado. Sus ojos me contaban cada palabra que pasaba por su mente. Seguro que estaría pensando: «Vaya, yo creía que me había ganado su afecto». O puede que tan solo estuviera pensando que

estaba haciéndole un favor a un viejo solitario. En cualquier caso, me alegré de alejar esas ideas de caridad o de posible ingenuidad de su mente—. Te he traído aquí porque tengo un plan.

—¿Y no podía esperar hasta el lunes?

Eso me gustó. Un poco de amor propio, para variar. Ya era hora de que empezase a reaccionar. En ese momento podría estar en su casa con sus jueguecitos o viendo una de sus series. Pero no. Estaba allí, con su jefe, y eso debería cabrearle. Como mínimo.

—No. Esto es extraoficial.

Llevó las pupilas hacia abajo. Era el momento en el que debatía la legitimidad de mis actuaciones. No importaba demasiado, sabía que acabaría acatando mis órdenes. Aunque pude notar en él un sentido bastante fuerte de la justicia. Estaba bien que el chico supiera lo que no se debe hacer, aunque luego lo hiciera de todos modos. Eso siempre ayudaba a no perder de vista el norte.

—¿De qué se trata? —preguntó una vez dio un trago con su pajita al refresco extra grande.

—¿Recuerdas lo que te comenté sobre el *Graveyard*? Ese pub de ambiente.

—Sí, el de la *Promenade*.

—Eso es. Creo que tengo una idea para que podamos indagar un poco acerca del tipo de gente que hay allí. Un trabajo de campo. Será perfecto para ti —Tenía muchísimas ganas de encenderme un cigarrillo. Trataba de venderle la situación porque yo no podía hacerlo. Era demasiado viejo—. Es una oportunidad para empezar a hacer trabajos de paisano. Hasta ahora nunca lo has hecho, ¿verdad?

—La verdad es que no. Nunca me he infiltrado en ningún lugar —Estaba algo asustado—. ¿No vendría conmigo, señor Stewart?

—¿Qué hace un viejo como yo en un lugar como ese? Hay que dejar que los nuevos talentos salgan a la luz, ¿qué me dices?

—Bueno, tendría que pensármelo y saber, exactamente, qué quiere usted que haga.

—Quiero que investigues la manera de camuflarte entre ellos. Quiero que escuches y que interactúes. Que seas como ellos. Y quiero que disfrutes haciéndolo, ¿entiendes? Porque puedes hacerlo, Roy —Me levanté justo antes de que llegase la camarera con los enormes platos de comida y le di una fuerte palmada en la espalda al agente Benson—. ¿Qué me dices?

No podía decirme que no, y lo sabía. Tenía esa sonrisa tonta de «llegó mi momento». Se lo había creído, tal y como yo quería que lo hiciera.

—Que lo haré, agente Stewart. Lo haré.

—Eso es justo lo que quería escuchar. ¡Ese es mi chico!

Estaba muy feliz mientras se llevaba su pequeño momento de

gloria. Me dije, ¡qué demonios! Tiene que creérselo. Así que le devolví una media sonrisa y di un buen trago de cerveza.

—Muchas gracias por su confianza, le prometo que no le defraudaré. Esta tarde mismo buscaré un lugar donde encontrar ropa y maquillaje, supongo.

—¿Maquillaje?

No quería que se vistiera de mujer, ¿de qué carajo estaba hablando?

—Eso es lo que hacen los góticos. Se maquillan, señor Stewart.

—¿En serio?

—Sí, lo hacen. Hombres y mujeres.

—Mierda, Roy. Lo siento. No se lo diré a nadie…

—Tranquilo.

Y sonrió. Estaba perfectamente dispuesto a hacerlo y yo estaba ancho de satisfacción. Hicimos un brindis y nos comimos nuestros platos, estábamos hambrientos como chacales. No sabía cómo demonios iba a seguir su acción dentro del club nocturno, pero debía encontrar alguna manera. No iba a dejarlo solo ni en sueños, si se había manchado la camisa de salsa barbacoa y ni siquiera se había dado cuenta…

Ortega

El cuadro completo resultaba de lo más exquisito. *Liszt* siempre me deleitaba para el cortejo. Casi podía sentir los dedos del pianista acariciando las teclas, dotándolas de alma. Mi mente se elevaba por encima de los claros colores crema de la mantelería y las flores del centro de mesa. La luz estaba a una intensidad perfecta. El ambiente no podía ser más óptimo y embriagador. Con decisión, tomé la botella de Clicquot y serví en las finas copas de cristal. El sonido de las burbujas besaba mi sentido auditivo. Desde el yunque al estribo, pasando por toda la cadena de huesecillo.

—¿Es champán francés? Esperaba cava o algo así. Algo más español —dijo ella sonriente.

La miré. No. La atravesé. Acababa de arruinar el momento. La melodía se tornó díscola y los colores crema parecían existir en otra frecuencia diferente. Pero sus ojos eran atractivos, tenían un color cetrino muy llamativo. Su melena era bermeja y la llevaba trenzada en espiga sobre uno de sus hombros. Era refinada y su bronceado me remitía a algún resquicio perdido de sangre italiana que viajaba en las venas de Kyler Johnson. Llevaba sus finos hombros al aire. Su anatomía era delicada.

—Prefiero el vino español. Pero champán… El champán siempre tiene que ser francés —le dije concluyente.

—¿Naciste en España?

—No. Mis padres. Yo soy de Liverpool.

—Tu acento lo delata, sí. Pero tus rasgos son tan mediterráneos…

Tomé un sorbo de mi copa y ella enseguida me imitó. Era joven, más joven que yo. Rondaría los veintidós.

—¿De dónde eres tú, Kyler?

—Nací en Birmingham.

Bebía con aplomo. Yo no soy buen bebedor. Prefiero degustar el sabor y desentrañar los matices del líquido en cada zona de mi lengua. La gama de sabores siempre es importante para comprender la calidad del producto.

—Disfruté mucho del *Symphony Hall*. Espléndido —comenté, tratando de recobrar la armonía anterior.

Ella sonrío. Me miraba embelesada. La atracción había quedado bastante clara. Se acariciaba el pelo con frecuencia mientras me miraba.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para la policía, Eric?

—Cuatro años.

—¿Te gusta?

—Disfruto de mi trabajo, pero la burocracia me pone enfermo. Llevaba un pañuelo de seda verde con adornos color tierra ceñido al cuello y unos grandes pendientes de lo que parecían ágatas

naturales.

—Tu casa es preciosa, ¿la has decorado tú?

—Alquiler. Estoy de paso.

—El ambiente de Blackpool no es de tu gusto, me imagino.

—No me parece una ciudad real, es difícil de explicar. Es vulgar, como un restaurante de comida rápida. Sin embargo, al mismo tiempo, guarda en sus entrañas un encanto antiguo. Anclado en los cincuenta. Refrito como el aceite de las freidurías del puerto.

—Yo no podría vivir aquí, por muy lírico que lo pintes —Rio, mostrándome una sonrisa delicada.

—Me gustan tus labios.

Sus dientes eran pura simetría y su carmín recitaba un poema que me disponía a disfrutar. Un sorbo más de champán y estaba hecho.

—El de arriba es mucho más pequeño que el de abajo.

—Yo creo que son perfectos, Kyler.

La tomé de la barbilla y sentí su calor. Los ojos le brillaban y había relajado sus músculos faciales. Me levanté de la silla y fui a encontrarme con sus hombros, que llevaban tanto tiempo llamándome. Suavemente, deslicé mis manos por la superficie de su piel, escuchando su respiración.

—Tu piel es tan suave… —dije recreándome con su tacto.

—Tú hueles muy bien.

No tardó en levantarse de la silla y acudir a mis brazos. Después, ambos escapamos a los labios del otro y comenzamos la búsqueda de nuestro fuego interno. Al principio despacio, luego las prendas de ropa comenzaron a caer raudas sobre la alfombra del salón. Su cuerpo quedó desnudo y se convirtió enseguida en el blanco de mis labios. Posada sobre las sábanas de algodón egipcio me evocó la imagen de los retratos de las mujeres de Federico Madrazo. Su boca viajó tanto como la mía, explorando nuestros cuerpos como si fueran tierra desconocida.

Mi ardor iba en aumento, y no decayó hasta que encontré un par de fisuras rugosas en la continuidad de su piel, justo donde la arteria lleva su riego. Me retiré. Las imágenes del cuerpo de Amy Martin sobre la tierra negra del *Stanley Park* se me aparecieron como por arte de magia, borrando los armoniosos rostros de las mujeres de Madrazo.

—¿Qué te pasa? ¿Ya te has cansado?

La miré contrariado, sin saber qué contestar. Pude recuperar la

compostura a tiempo, recordando que esa herida podría estar causada por objetos punzantes de diversa variedad y naturaleza. Tan solo resultaba interesante por su típica localización. Necesitaba mirar esa cicatriz a plena luz.

—¡Ven aquí!

La tomé del brazo y, encendiendo la luz del dormitorio, la coloqué boca arriba como si estuviera en la camilla del quirófano forense.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué jueguecito es este, señor Ortega? —dijo entre risas.

Estaba borracha. Coloqué mi potente luz de lectura sobre su cuello y contemplé el hematoma.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Un gato. Me tuve que deshacer de él. Anda, vamos, vuelve a la cama.

—Un gato enorme, ¿no?

—Sí, era un gato gordo y feo. Muy, muy grande, ¡vamos!

Sus similitudes quitaban la respiración. El mismo hematoma, solo que este había cicatrizado hacía unos meses.

—Michaela, ¿cómo te hiciste esta herida en el cuello?

Mi tono había cambiado por completo y cuando ella se dio cuenta, enseguida se sentó sobre la cama y cubrió su desnudez.

—Te lo he dicho.

—No me engañes, a mí no me puedes engañar.

—¿Y qué importa? Los dos teníamos claro qué habíamos venido a hacer. ¿Es que no eres capaz de desconectar? Yo no me pongo a analizar tu orina, tú no me analizas el cuello, ¿entendido?

—Michaela, es importante.

La agarré del brazo con violencia mientras ella trataba de encontrar su ropa interior. Leí un atisbo de miedo en su mirada.

—Déjame en paz.

—Michaela, ¡siéntate!

Una vez se colocó la ropa interior se fue al salón a localizar su falda.

—¡Que te den! —me rugió desde el salón.

—Michaela, ¡he dicho que te sientes!

Me levanté y, desnudo, la inmovilicé contra la pared del salón, justo al lado de un cuadro imitación de *Klimt*. Tenía miedo. Le temblaban los carrillos y sus ojos se habían clavado en su teléfono móvil, que descansaba sobre la mesita de té. Muy lejos de ella.

—¿Cómo te hiciste esa herida? ¡Dímelo!

—¡Suéltame o te juro que te denuncio!

Apreté aún con más fuerza. Quizás no tuviera nada que ver con el asesino de Amy, pero había algo en mi interior que me instaba a

seguir presionándola hasta oírla cantar. Si había algo que pudiera esclarecer el asunto de aquella misteriosa mandíbula, tenía que aprovecharlo. Tenía que hacerlo.

—¡El cuerpo de Amy tenía exactamente la misma herida, Michaela!

La solté porque volví en mí. Porque me di cuenta de que yo era un ser civilizado y mis valores cristianos, inculcados durante mi infancia, me impedían hacerle más daño a la becaria.

—¡Eres un enfermo!

Se cubrió el cuello y comenzó a llorar.

—Lo siento. Si te pregunto, es porque puede ser importante para el caso.

Se enjugó las lágrimas con el pañuelo para el cuello y tomó asiento en una de las sillas del salón.

—¿Tienes coñac?

Me vestí con el albornoz de baño y le serví una copa. Después le serviría varias más.

—Jenssen —le dije, como tratando de suavizar la violenta situación.

Su gesto cambió a una mueca de asco, y no precisamente debido al coñac. Enseguida se encendió un cigarrillo. Con el maquillaje corrido y ese gesto de repugnancia en la cara me pareció mundana. No me quería acostar con ella nunca más. El halo de misterio se había extinguido dejando un olor rancio a su paso.

—Si te cuento esto, es porque hay una parte de mí que tiene miedo de que, verdaderamente, sea importante. Porque tu reputación te precede, Ortega. Pero estás loco y algún día vas a hacer daño a alguien. Necesitas ayuda, joder.

—Los pulmones de los fumadores lucen muy antiestéticos — le contesté sin prestar atención a su reprimenda.

—Me ponías muy cachonda en la oficina. Con esos aires de genio y esa colonia tan cara... eres un inadaptado social.

—No te haría daño.

Levantó una ceja. Aunque se sintiera violenta nunca le hubiera hecho daño alguno. Solo quería que me diera esa información, solo que no la estaba extrayendo de la mejor de las maneras posibles.

—Siempre me siento atraída por los bichos raros. Nunca me busco un polvo sencillo, ¿sabes? —Dio una profunda calada al cigarrillo—. Psicológicamente poco estables, lunáticos e incluso algo histriónicos. Por desgracia, me gustan «especiales»... como tú. Me fui a tomar unas copas con un muchacho del laboratorio. Otro becario que estaba bastante bueno. No sé cómo, el alcohol nos acabó llevando a ese lugar, allí había todo tipo de droga por la vía que te apeteciera. El local estaba abarrotado de gente. Olía a sexo, a maría y a sudor.

—Delicioso.

Mi percepción había cambiado. El telón se había abierto y la verdadera Kyler estaba allí. Desnuda de verdad, decadente y rabalera. Su trenza desecha y su gesticulación rápida, desenfadada, hastiada de la realidad... El polo opuesto a la elegante chica que había invitado a cenar. Esta me atraía aún más. Creo que me hubiera excitado si hubiera vuelto a decir una palabra malsonante.

—No es importante si estás hasta el culo de hachís. Créeme. Harry me dejó en un sofá de terciopelo, bastante cómodo. Había cogido un buen amarillo. Para cuando me di cuenta, ya se había ido. La semana siguiente nos vimos en el laboratorio y nos reímos de la situación —El vaso estaba de nuevo vacío, así que, como un perrito obediente, fui a rellenarlo—. Bueno, el asunto es que allí conocí a una chica que me estaba haciendo ojitos.

—¿Una chica? ¿En serio?

—Sí. Muy atractiva. Si no era polaca debía de ser de algún país de Europa del este. A mí me había entrado por la vista y yo a ella también. Acabamos metiéndonos mano en los baños. Creo que la copa de la que bebí llevaba algo extraño porque empecé a ver visiones curiosas, era como si el tiempo se hubiera detenido y todo ocurriera a cámara lenta. Rarísimo —Michaela ganaba magnetismo por segundos. Una verdadera mujer fatal del cine americano—. Solo recuerdo escenas sueltas. Es como si todo fuera un puzle por rehacer en mi memoria. No tomaría esa mierda jamás por voluntad propia, te lo aseguro. Yo estaba desnuda y nos habíamos metido dentro de una habitación oscura con focos rojos y cadenas que colgaban del techo. Había instrumentos muy peculiares y estaba atestado de gente fornicando.

—¿Cómo se llamaba el local?

—Estaba en el centro. Había mucha gente vestida de negro, rollo oscuro. Lo cierto es que estaba disfrutando; viendo mi cuerpo, el de ella y el de todos. Sudando y fornicando. Era tan sucio... Tan primitivo. Llegó un momento en el que todo se volvió muy confuso. Esta chica me llevó de la mano hasta un grupo más numeroso. Disfruté tanto, Ortega... Puro éxtasis —Se encendió otro cigarrillo y miró hacia el techo con su camisa desbotonada—. Nos mordimos, nos arañamos, nos lo hicimos todo. Había un hombre que vestía una falda negra muy larga. Llevaba el pecho descubierto y era pálido como el mármol. Muy atractivo, su cabello era rubio dorado. Todos parecían adorarle, besaban el suelo por donde pisaba. Me tomó de la cintura y me atrajo fuertemente. Recuerdo aullidos de placer, respiraciones agitadas, gritos... Y sangre. Todo se tiñó de sangre, Ortega.

—¿Qué había ocurrido? ¿Sadomasoquismo?

—No lo sé. Estaba drogada. Yo solo veía que se había llegado

demasiado lejos. Se mordían y se lamían la sangre mientras continuaban fornicando los unos con los otros. Este hombre no cesaba de poseerme mientras me deleitaban otras personas al mismo tiempo. Todo era tan desmedido... Mi siguiente recuerdo fue el mordisco. Este hombre tenía colmillos, Ortega. Como los puede tener un vampiro. Te lo juro —Kyler se levantó de la silla y terminó el vaso mientras daba vueltas alrededor de la habitación—.

Ahora, ¿te interesa la historia de mi colocón? No tiene ningún sentido, ¿verdad?

—Sigues teniendo esa cicatriz. Eso ocurrió de verdad.

—Era una orgía. Imagina la cantidad de inclinaciones sexuales que podía existir tan solo en esa habitación.

—Quién sabe, a lo mejor te ha mordido un vampiro...

Sonrió. Estaba reconfortada, aunque algo inestable, sus pies se balancearon hasta que se apoyó sobre el marco de la puerta.

—¿Alguna vez te has drogado?

—No.

—¿Quieres coca? Aquí es baratísima.

Se empezó a hacer una raya en la mesa del salón, donde estaba la mantelería color crema y las copas finas. Junto al cuadro de *Klimt* y al ritmo de *Liszt*. Como una diosa descalza y despeinada, como una triste niña salvaje y descarriada.

—Hazme una.

El Cubil de los Engendros

Domingo, 27 de octubre de 1999

Te veo. Y sé que te vas a preguntar que cómo demonios lo hago. Ahora, por más que lo intento, no puedo eliminar tu imagen de mi mente. Desde el primer momento supe que daría contigo con facilidad. Claro que, a un hombre como yo pocas cosas le son vedadas. Te suplico que no te asustes. No habría nada en el mundo que apenara más a mi oscuro y muerto corazón.

Tu cabello ceniciento dibujaba un collage delicioso junto con el color de la nieve en el asfalto. Tu piel estaba enrojecida a causa del frío y su precioso rubor me devolvió el recuerdo de la calidez de la vida que ya no poseo. Tus pestañas eran un precioso arco color paja que enmarcaba tu gélido iris azul. No te das cuenta, pero eres muy hermosa. Posees la fina y limpia belleza del cristal.

Disfrutando del anonimato me aproximé a ti. Hay demasiados viajeros apretujados en los vehículos públicos como para que te percataras de mi presencia. No usas perfume, ¿verdad? Olías a gel de baño. A limpio. A leche. Inspiré el aroma de tus cabellos y me sumergí en pensamientos que me abrumaron y me hicieron despertar de mi ensoñación en cuanto me di cuenta de que ya te habías ido. Ese abrigo rojo te da la ternura de una niña pequeña. Pero tus labios lo desmienten.

Te mentiría si te dijera que no despiertas mis instintos más primarios y bestiales. Lo haces. La blancura de tu piel acariciada por el frío de la mañana hace que mis labios ardan en deseo por encontrarse con los tuyos. Pero no pienso hacerte daño, cariño. Permíteme que te trate con ternura. Permíteme que te halague y te cubra de alabanzas. Permíteme que te siga contemplando desde la ventana de tu habitación. No puedo traspasar ese umbral a menos que tú lo desees. Estás segura. Tan solo te admiro, como admiraría todas las bellezas de este mundo.

Es un sentimiento puro, ya lo he sentido con anterioridad. Quiero escuchar tu voz. Quisiera pedirte un baile bajo la luz de la luna, pero me temo que es enorme la barrera que nos separa. Nunca ha funcionado y nunca lo hará. Me he despedido de demasiadas personas, enterrarlas en el olvido es demasiado difícil. Este don oscuro todo lo corrompe. Acabarías marchita como las flores olvidadas en bonitos jarrones de porcelana. Prefiero contemplarte desde la lejanía, desde la

oscuridad de la noche.

Tuyo,

Alistair.

Roy

Había llegado el momento y yo ya estaba vestido para la ocasión. La ropa y todo lo demás tardó tan solo tres días en llegar a mi casa. Frente al espejo, justo antes de salir de mi apartamento, parecía una persona completamente diferente. El lápiz de ojos hacía que mi mirada fuera más profunda, penetrante y algo severa. Decidí hacer desaparecer mis rizos pelirrojos y dejar mi cráneo despejado por completo gracias a la maquinilla de afeitar que me regalaron por Navidad. No fue difícil hacerme con un par de perforaciones en la farmacia del centro comercial a un precio razonable. Conseguí disimular mi barriga ocultándola bajo la amplia gabardina de cuero negro que había conseguido en Internet. Casi parecía un tipo fibroso. Dejé de afeitarme hasta el punto en el que pude modelar mi barba para dibujar en mi mentón una perilla en forma de flecha que se me antojó adecuada. Así, de paso, también pude desviar la atención de mi prominente papada.

Nadie lo sabía, pero aquella misión me parecía de lo más excitante. No solo por el reto que suponía profesionalmente, sino por los nuevos ambientes, por la transformación y por la adrenalina que se me disparaba a cada segundo. Ya no era Roy Benson, podía ser quien quisiera, podría hacer... lo que quisiera. Aunque tan solo fuese por una noche. Entrar en aquel club nocturno sería una opción nunca contemplable dentro de mi ideario. Era, simplemente, incompatible conmigo mismo. La mera idea de entrar a relacionarme con personas con dilatadores en la lengua me ponía el vello de punta, pero, al mismo tiempo, me parecía de lo más interesante. Todo despertaba una llama desconocida. ¡Que el alcohol corriera y que la música sonara alta! Cerré con fuerza la puerta de mi apartamento y abandoné, sin culpabilidad, mi jersey de lana verde y los pantalones de pinza.

Le había pedido la moto a mi tío Brian. Era una *Harley Davidson 883* muy mimada y customizada por él mismo. Al principio se mostró muy reticente, pero en cuanto le dije que había llegado la hora de que me soltara la melena, enseguida se mostró entusiasmado con la idea. Ni yo mismo sospechaba que estaba deseando hacerlo, de tomar el manillar de esa moto entre mis manos y hacer que rugiera, que todos la oyeran arrancar y miraran al jinete de semejante belleza. Me pareció demasiado ruidosa durante los primeros instantes y no me sentía cómodo llamando tanto la atención, pero me acostumbré al fuerte tronar con más prontitud de lo esperado. Me dispuse casi de modo inconsciente a colocarme el casco, como si siempre lo hubiera hecho. Había un par de quinceañeras que habían dejado de

contemplar su teléfono móvil. Tomé el casco entre mis manos y con fuerza lo tiré al suelo. Ellas abrieron los ojos, sorprendidas ante el impacto. Yo era el foco de atención, así que les sonreí e hice que la motocicleta comenzase a humear por el tubo de escape. Sentí placer, un placer ególatra y algo estúpido.

Era difícil controlar la conducción con aquellas pesadas botas de punta de acero y la ridícula cantidad de cadenas que arrastraban, pero yo me sentía arder como el fuego. Las luces de la ciudad se sucedían con rapidez, no sabía hacia dónde me dirigía y tampoco me importaba. El tacto del cuero era gratificante, también el viento sobre mi piel, la velocidad… Estaba, completamente, fuera de mí. No me reconocía, no sabía que pudiera hacer algo así. Me gustó, me gustó tanto que me costó detenerme frente al *Graveyard*.

Los focos rojos y un cartel de neón con fuente barroca me indicaron que debía buscar un sitio cerca del local para aparcar a mi compañera de viaje. Una larga cola de personas enseguida dirigió sus miradas al jinete de asfalto que se disponía a desmontar de la *Harley*. Endurecí el rostro. Tenía que dar la imagen del tipo más duro de los cómics que jamás hubiera podido leer. Aquella noche, yo era el villano. Me llevé la mano al cinturón para resaltar la hebilla del pantalón. Era un macho cabrío en plata sobre un pentáculo plateado y algo burdo, sepultado sobre símbolos astrológicos de diferente naturaleza y significado. Las pesadas botas me elevaban muchos centímetros sobre mi estatura normal, el hecho de sentirme más alto me daba cierta ilusión de superioridad.

Recorrí despacio la cola, con la mirada fija en un horizonte nocturno de clubs y otros locales de la zona del puerto. Las músicas se mezclaban las unas con las otras. Debía colocarme tras el cúmulo de personas a esperar mi momento, pero decidí no hacerlo. Continué mi camino mientras seguía el consejo de Stewart. Me encendí uno de sus cigarrillos y, aunque me produjo una horrible sensación de repugnancia, me infundió el valor que necesitaba para hacer lo que debía. Él sabría cómo hacerlo, ¿por qué yo no?

Me erguí frente a los guardas de la puerta. Era una puerta roja acolchada, me recordaba a la arquitectura efímera de los teatros. Los gorilas, que debían ser de Europa del este, me miraban con curiosidad. Mi estatura no tenía nada que envidiarles. Me dispuse a aprovechar la envergadura que la genética me había dado para intimidarles. Me crucé de brazos y dejé que la grasa se distribuyera bajo la gabardina, haciendo bulto donde debía.

—¿Nombre?

El corazón me latía muy rápido, no sabía qué contestar. Muchos ojos me contemplaban desde la cola y debía dar una respuesta rápida y concienzuda.

—Vengo de parte de Alistair —dije, fruto de un impulso.

Los guardias de seguridad se miraron el uno al otro y, sin siquiera comprobar la lista que uno de ellos portaba, me hicieron un gesto con la mano para que accediera. No lo podía creer. Aquello confirmaba mis sospechas de que no se trataba de una ficción escrita en Internet. Alistair existía y yo iba a encontrarme con él. La euforia del momento desapareció para hacer espacio a la sombra del miedo, ¿sería una criatura sobrenatural? Era absurdo. Yo sabía que se trataba tan solo de un teatro orquestado por un romántico de las historias de vampiros. Aun así, un temor irracional se apoderó de mí, porque sin quererlo, yo había dado su nombre. Invocándole, yo había invitado a los problemas. Tenía que continuar manteniéndome estoico. Tenía que representar mi rol, aunque tan solo fuera durante las horas que quedaban hasta que pudiera correr a resguardarme tras mi jersey verde.

Aquello no era un local ordinario. Era un templo que había sido diseñado con todo lujo de detalles. Oscuro y lóbrego, resplandecía con una belleza tenebrosa y mustia. Las luces intermitentes dibujaban las sombras de figuras danzantes en las paredes. El techo era alto y el eco de la música me hacía sentir la misma sensación que experimenté escuchando un concierto de órgano en la Catedral de San Pedro en Londres. Era casi místico, solo que corroído por una atmósfera de decadencia patente. Los pobladores del lugar parecían como lobotomizados. Miraban el vacío o se debatían entre la euforia y la tristeza más absoluta. Había personas vestidas y otras completamente desnudas que miraban desde los elegantes palcos, que disimulaban las intimidades más salvajes con oscuros velos.

El alcohol cundía y las carnes se rozaban sin ningún miramiento al ritmo electrónico del mejor *techno dark wave* británico. Algún que otro suspiro y gemido se escapaba de los altavoces de última generación para añadir una nota de éxtasis a la atmósfera. Pieles pálidas bajo polvos de talco, labios rojos y lentillas felinas. Negros esmaltes de uñas, cuero, glitter, seda, lamé, tergal, corsés, lentejuelas, tatuajes, encajes, altísimos tacones sin distinción de sexo... La belleza de lo estrafalario en su estado más puro y ecléctico. Me quedé maravillado y sobrecogido, congelado ante la bacanal de cuerpos que, entrelazados, movían sus miembros a ritmos sinuosos que habían comenzado a entusiasmarme.

Pasó ante mí una figura femenina de rostro asexuado. Sus labios eran muy finos y su mirada estaba perdida. Me sonrió. Era pálida como la muerte y no parecía que hubiera hecho uso de ningún maquillaje. Me dejó una bebida roja con una gominola en su interior, debía de tratarse de un cóctel dulce. Sin dudarlo, me lo tomé de una sentada mientras me adentraba en la selva de cuerpos sin fin. Los

había finos y armoniosos, desnudos a la trémula luz de la discoteca; pero también los había gruesos y grotescos. Lo bello y lo abominable se juntaban para amancebarse. Y entonces, mi sobrepeso ya no me parecía tan importante y desabroché la apretada gabardina de cuero. El corazón me latía muy fuerte, las luces azuladas resplandecían como los rayos del sol.

Labios, alientos, pechos y torsos bien esculpidos. Me dejé llevar y tomé otro vaso de aquel elixir que me sabía a gloria. Lo llamaban «sangre». Obviamente, no lo era, no sabía a sangre. Debía de tener algún tipo de sustancia estimulante acompañada de vodka. El club era el sueño de cualquier gótico que soñara con encontrarse algún día con un chupasangre.

Y emergió fuego de las paredes. Y escuché voces que no parecían provenir de ningún lugar. Besé, toqué y me dejé caer sobre uno de los suaves divanes que adornaban uno de los grandes salones del local.

La cabeza me daba vueltas y yo tenía a una belleza rubia sentada sobre mis piernas. Era tan pálida como el resto. Sus labios eran gruesos y dispuestos, como los labios de las actrices porno que tantas veces había visualizado desde la pantalla de mi ordenador. Vestía tan solo un *romper* ajustado que dejaba sus piernas fuertes y musculosas a la vista. Aquellas piernas habían comenzado a rodearme como una víbora y no quería escaparme. Estaba demasiado excitado, un fuego desconocido había despertado en mí, era como si de un momento a otro fuera a estallar. La estreché entre mis brazos y la besé con fuerza. Mis movimientos eran torpes, pero no me importaba. Quería comérmela, devorarla como si no existiese un mañana.

—¿Eres dador o eres uno de ellos? —No sabía a qué se refería. Yo tan solo quería que continuara acariciándome con aquellas manos delgadas y suaves, que parecían muy versadas en las artes amatorias. Continuó sin que yo le diera una respuesta y ambos ignoramos al resto de personas que había en el lugar—. ¿Quieres más? —dijo, indicando otro vaso lleno de líquido escarlata.

Claro que quería más. Aquel elixir me hacía sentir muy bien, por encima de todo y sin tener que preocuparme de nada, tan solo de mi placer personal. Había olvidado por completo mi cometido, aquello era una experiencia vital. Me sentía mucho más vivo que en cualquiera de los momentos anteriores de mi vida. Enterré a Roy Benson y bebí más de aquel rojo elixir que me dio el vigor suficiente para sepultar a aquella chica entre mis carnes. Ella gimió y yo acaricié su cuello con mi lengua. Disfruté de acallar a mi consciencia, jamás había conseguido sumirla en el más absoluto silencio.

—Espera, aquí no —me dijo mientras yo temblaba de placer.

Me tomó de la mano y subimos unos oscuros escalones de mármol hacia las dependencias de la planta superior. Era como si

deambuláramos sobre un oscuro castillo iluminado por los focos de la discoteca del nivel inferior. Debíamos de dirigirnos a los palcos que se observaban desde la entrada. Ella abrió la puerta con velocidad y me empujó sobre una cama desecha que olía demasiado a humanidad y a alguna bebida alcohólica derramada no hacía mucho tiempo. Desde allí se vislumbraba el hormiguero de gente que continuaba bailando al ritmo de aquellos desquiciantes sonidos.

—Aquí podremos hacerlo sin problema, ¿cómo te llamas?

—Valder, me llamo Valder —dije finalmente.

Iba a decir Roy, pero mi sentido común decidió hablar por mí con un alarde inusitado de originalidad. Aquella bebida me había provisto de un desparpajo nada propio de mí. Se desnudó enseguida, dejando a la vista su cuerpo, que brillaba como poseedor de un halo celestial. Algunas venas azuladas se señalaban sobre sus inmaculados pechos.

—Valder, no puedo creerme que por fin haya conocido a uno de ellos... Sabía que era cierto lo que decían —Comenzó a desvestirme con movimientos rápidos e impacientes. No me importaba lo más mínimo lo que quiera que le hubieran dicho. Ese tal Alistair debía de pertenecer a un grupo muy selecto de personas con derechos de lo más exquisitos, y aunque fuera por una noche, yo iba a disfrutar de ellos—. Vamos, puedes elegir. Te dejo que me muerdas donde quieras —Estaba ardiendo de deseo. Si quería que la mordiera lo haría, pero prefería continuar tocando su cuerpo y acercándolo hacia el mío hasta que pudieran fundirse en uno. Ella se retiró el cabello dejando el cuello a la vista así que me dispuse a contentarla. Comencé dándole un suave beso que fui adornando con un fuerte apretón de mis incisivos—. No seas tímido. No tienes que cortarte conmigo —No sabía a qué se refería, así que hice lo que me apetecía en ese momento. La tomé fuerte de las muñecas y la empujé contra la cama. Me bajé los pantalones y me dirigí a hacer lo que tantísimas veces había imaginado—. ¡Maldito idiota!

—Se levantó de la cama y la atmósfera se rompió en mil pedazos.

—¡¿Qué he hecho?!

—¡Fuera de aquí! ¡Puto asqueroso!

Las luces brillaban demasiado y había comenzado a marearme. Me subí el pantalón y abandoné la suite para volver al pasillo. El corazón se me iba a salir por la boca. De repente, aquel corredor parecía infinito y me parecía ver multitud de sombras y figuras aterradoras. Con una tremenda sed me apoyé sobre la pared para volver al nivel inferior. Me sentía cada vez más ausente cuando me pareció escuchar la voz de Stewart en el audífono que me había instalado antes de venir.

—¡Roy! ¡¿Qué demonios estás haciendo?! ¡¿Alguna novedad?!

¡¿Algo sospechoso?!

Mi sentido común, junto con Roy Benson, volvieron en cuanto escuché la autoritaria y rugosa voz del Marshal. Stewart mismo había ordenado a la comisaría que me diera el dispositivo para poder comunicarme con él con un micrófono que llevaba bajo la ropa. Supongo que confiaba en mí, pero no tanto como para dejarlo todo en mis manos. Y menos mal que no lo hizo.

—No me encuentro muy bien, señor Stewart.

—¡¿Te has drogado?! ¡Maldita sea, Roy! ¡Precisamente tú! ¡Maldita sea!

Se escucharon aún más maldiciones y palabras soeces que mi mente ni siquiera se molestó en procesar. Quería volver a mi estado de confort anterior, sentir la electrónica melodía de la música dentro de mí. Bajé la larga escalinata de mármol hacia el nivel inferior y me sorprendieron dos muchachas que subían acompañadas de un hombre joven de cabello largo y unos claros ojos azules. Una cicatriz adornaba el cuello de una de las chicas, eran dos orificios separados por menos de dos centímetros el uno del otro, y estaban encostrados como si se tratara de una herida que había comenzado su proceso de curación. Desde luego aquello era muy extraño. Las palabras de la chica rubia que intenté llevarme a la cama de nuevo resonaron en mi cabeza: «¿Eres dador o eres uno de ellos?». Uno de ellos…

Si Amy Martin se había movido dentro de aquellos ambientes, su asesino no debía de andar muy lejos. Estaba todo dentro de aquel oscuro imaginario, de aquel circo del placer. Aquel lugar era un muestrario de personas que disfrutaban de tendencias que mezclaban el sexo con el éxtasis carnal de la sangre, o al menos eso me pareció concluir. Aún me sentía muy mareado y confuso cuando volví cerca de la pista de baile. Todo continuaba sucediéndose a un ritmo vertiginoso y yo me sentía observado. Vigilado. Tenía la sensación de que alguien desde uno de aquellos siniestros palcos se recreaba con mi degradante fracaso de fornicio. Apenas me sostenía sobre mis pies cuando me senté sobre uno de los bancos a contemplar el ambiente. Era una selva vibrante de vida y energía, donde nadie llamaba la atención y toda conducta se identificaba como válida. Me serené durante unos minutos y me volví a levantar. Debía comenzar a actuar como un policía. Me sentía avergonzado por lo que había ocurrido, ¿cómo podía haberme dejado llevar hasta ese punto? ¿Cómo podía haber dejado que mis principios se derrumbaran tan fácilmente?

Mis pasos me llevaron a la barra, donde pedí una fuerte bebida energizante. Debía quitarme aquel muermo que me impedía mantener mi psicomotricidad. Junto a la carta de bebidas, cuyos nombres, todos, tenían connotaciones vampíricas, había otra muy pequeña donde aparecía el precio de reserva para los palcos. En letra también

muy pequeña y cursiva aparecía que tras la media noche comenzaba «el Rito», un ceremonial que ningún vampiro o dador podían perderse. La idea me atrajo, pero yo había vuelto a ser Roy Benson y aquello me hizo sentir embargado. ¿Qué clase de divertimento se traerían en ese rito? La imagen del cuerpo de Amy, flagelado y maltratado, hizo que se eliminara cualquier rastro de la libido que había disfrutado hacía tan solo unas horas. También había recuperado mi sentido temporal.

Entonces, la comprendí. Comprendí cómo la chica insegura que leí en *Endless Dark* podía haberse doblegado a la voluntad de un desconocido señor oscuro. Yo mismo había visto mi perdición. Era un ambiente tan enigmático como peligroso, pero al mismo tiempo era como buscar una aguja en un pajar. Cualquiera podría haber sido su asesino. Cualquiera de aquellos «vampiros» sedientos de sangre de una jovencita cándida y poco experimentada. La música ya no conseguía invocar mi cuerpo, me sentía asqueado. Me quedé sentado sobre una banqueta de metal a la espera de ver algo que hiciera mi noche provechosa.

El Vampiro

—Mantente ahí, justo ahí. Eso es. Muy bien.

La joven de cabello oscuro se mantuvo erguida a la espera de que le clavaran un afilado aguijón de plata.

—¿Me dolerá?

Su tono era de un ingenuo sobreactuado, teatral y sensual. Su cuerpo se adivinaba bajo un body que la cubría toda de un exquisito encaje muy elaborado. Su figura era muy estilizada, su grasa corporal se disponía donde debía en una virtud perfecta.

—Claro que te dolerá, pequeña. Lo justo y necesario —dijo una voz masculina fina con un tono cautivador.

El aguijón se clavó sobre su cuello penetrando como una aguja, drenando su sangre y dejándola correr por un embudo hacia un frasco de cristal que sostenía él entre sus manos. Un gemido se escapó desde los labios de la joven.

—No me dejes muy débil, tengo que volver a casa.

—Tranquila, solo un poco. Para que me des fuerzas.

Ella sonrió y enseguida se colocó unas gasas sobre el orificio sangrante.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Ahora descansa.

Ella se tendió sobre un sillón de madera tapizado de terciopelo y él la contempló con su brebaje en las manos. Disfrutó cada gota del fluido vital que había extraído de su compañera. Era su sabor preferido, no necesitaba nada más. La sangre era poder. Anduvo hasta el cristal que le separaba del que él llamaba «el salón de baile». La noche continuaba salvaje.

—¿Dónde está Mel?

—La adoras, ¿verdad? Volverá. Ella siempre ha sido la más indisciplinada de las dos.

—Me preocupa. La última vez parecía asustada. Los remordimientos a veces no la dejan dormir.

El hombre se volvió hacia su acompañante y, con el vial en sus manos ya vacío, dirigió una sonrisa encantadora a la mujer que reposaba algo debilitada sobre el sillón.

—Entonces, cariño, ella no es la indicada para recibir el don.

—Dale una oportunidad.

—Seré paciente, por ahora. Lo haré por ti, mi querida Devorah.

La figura masculina cerró las cortinas de la habitación y se retiró

a sus aposentos. Pronto amanecería.

Roy

Lo que fuera que tuviera la bebida me había afectado demasiado. Aún trataba de mantener el equilibrio y la vista se me nublaba. El barman, la gente de mi alrededor, todos me parecían criaturas extrañas, demoníacas. Giraban sus amenazadores rostros tratando de acecharme con afilados colmillos. Hiperventilé. Me levanté de la banqueta y, asustado, me decidí a salir de aquel antro de pesadilla. El suelo estaba lleno de sangre, corría por la sala de baile y me llegaba por los tobillos. Estaba sudando y la salida parecía encontrarse cada vez más lejana. Se escucharon unos tambores muy fuertes que resonaron en mi cabeza y que me hicieron sentir muy débil. Unas potentes llamas de fuego emergieron de la nada, como si me encontrase en el mismísimo infierno. Me aferré con fuerza a una columna, impidiendo que aquellas criaturas me arrastraran al interior del lugar. Todo estaba lleno de sombras y espectros que reían en cada esquina.

—¡Señor Stewart! —No obtuve respuesta. Jamás había experimentado una taquicardia similar—. ¡Señor Stewart! ¡Por favor!

¡Conteste!

Me pareció que unas serpientes me sujetaban los pies y me arrastraban a las llamas. Cerré con fuerza los ojos y los volví a abrir. Me encontraba en el centro de la pista de baile y la música electrónica continuaba sonando. Me apresuré a salir del local. Me habían drogado. Ya me encontraba en la puerta cuando reconocí una figura familiar. Tenía arcadas, necesitaba el aire frío sobre mi piel. Volví la vista una vez más y me pareció distinguir el rostro de Michaela Johnson, «Kyler», la becaria del laboratorio. Sin darle la más mínima importancia me dirigí a salir del lugar. Necesitaba recobrar la cordura.

Endless Dark

«Somos hijos de la mujer primera.
Daño de Adán, hermana de Eva.
Bella, exuberante e indómita,
la llamaron la hija de la Bestia.

Pecadora y sedienta de lujuria.
Ella nos dio la sangre,
el poder y la no vida.
Aún te sentimos latente.
Danos, Madre, tu sabiduría.

Hijos del pecado somos,
de la noche los discípulos.
Servidores de lo impío
y vagabundos del tiempo.»

Etiquetas: Poemas, Endless Dark, Amy Martin, 2000. Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido.

Kyler Johnson

El bastardo de Ortega no había vuelto a llamarme, y yo no pensaba hacerlo. Lo vi aquella mañana en la comisaría y ni siquiera me dio los buenos días. Yo creía que «buenos días» era lo mínimo que se le podía decir a alguien con quien has mantenido relaciones sexuales. Pues nada, ni siquiera me miró. No sé quién se creía con esos aires, ni que hubiera inventado la penicilina. Era un presumido y un prepotente. Estaba segura de que nunca se había colocado antes. Me detuve a pensarlo detenidamente; tenía pinta del típico niño que ha pasado su infancia en un internado mientras sus padres trabajaban sin cesar, sin poder dedicarle ni un minuto de su tiempo. Una carencia enorme de afecto camuflada bajo una fría armadura que aparentaba una ausencia total de sentimientos.

Me escapé del laboratorio dos horas antes. Me quedaba poco tiempo en Blackpool, lo podía sentir. Desde que me fui de Birmingham no sabía estacionarme en ningún lugar, era como si todo ya lo hubiera vivido antes; las mismas calles, el mismo tipo de gente y las mismas historias que contar. Se me estaba enranciando. Quería decidirme por coger un avión, una mochila y marcharme a algún lugar lejano y cálido donde el cambio de franja horaria me sacudiera el cuerpo. Necesitaba colocarme en un paso de peatones y esperar a que un coche estuviera lo suficientemente cerca de mí como para que me asustara. Anhelaba emborracharme de nuevo y perder el conocimiento. Hacía demasiado frío.

De nuevo la misma canción en la radio, el mismo locutor y el olor a *Parkin*[7] recién hecho. Era *Bon fire night*[8], y ya mismo comenzaría el desfile de gente pedo danzando junto a las pilas de fuego con el muñequito de *Guy Fawkes*[9]. No sentía ningún tipo de arraigo, tan solo tedio. Quizás debía llamar a casa. Probablemente, mamá estaría en compañía de mi hermana pequeña, las dos metidas en la cocina haciendo dulces y esperando la visita del grupo cristiano. He de reconocer que me producía cierta nostalgia, aunque hacía mucho tiempo que decidí que aquel tipo de vida no representaba a la actual Michaela Johnson.

El sonido del banyo me tranquilizaba, una letra profunda cargada de desgracias y una dura historia que contar. Esa emisora no estaba tan mal. Intenté quitarme de fumar, pero era un esfuerzo que no estaba dispuesta a realizar en aquel momento. Un cigarro más y subía el volumen del equipo de música del coche. Quizás cuando decidiera establecerme en algún lugar de la geografía que consiguiera convencerme, me retirara de ese veneno que me llenaba de humo los

pulmones. El humo era cálido y me reconfortaba. La niebla aparecía como de la nada cuando comenzaba el otoño, era como si se cargara automáticamente; como un entorno programado por un ordenador. Niebla espesa y una pasta marrón parduzca de hojas húmedas en el suelo. Había llegado el otoño y las campañas de Navidad, por supuesto, una vez las de Halloween ya habían acabado.

Aparqué el coche en mi plaza de aparcamiento y me quedé estática a la salida del mismo. El cielo era rojo escarlata y la lluvia caía a modo de ligero spray. Era agradable. El abrigo se me estaba empapando, pero no me importaba en absoluto. Era uno de esos abrigos de paño rojo que me hacía parecer una traviesa caperucita. Ojalá la lluvia limpiara el maquillaje de mi rostro y refrescara mi sobrecalentada cabeza. Maldita sea. Deseaba hacer cualquier cosa menos enfrentarme de nuevo a la soledad del cutre apartamento de la calle Newton.

Di un par de pasos en dirección a la puerta de entrada al edificio principal. Estaba pintada de un verde muy intenso y sus cristales estaban adornados con unas vidrieras con motivos florales al estilo de mi abuela. Me pregunté de nuevo la razón por la que ese país tenía tal empeño por mantener vivo lo viejo y desfasado, lo que ni una ancianita en su sano juicio desearía cederles a sus hijos como testamento. Aggy, una auxiliar polaca, tenía razón cuando me decía que Lancashire olía a guisantes, a pescado frito y a colonia de anciana.

Ya estaba frente al umbral cuando me percaté de que las llaves de mi apartamento no se encontraban en mi bolsillo. ¿Dónde las habría dejado? Puede que aquel inconveniente resultara un desbarajuste para una persona normal, pero a mí me dio igual. Me quedé paralizada frente a la puerta mientras recordaba el olor del *Parkin* de mi madre. La receta familiar no era ni muy húmeda ni muy seca, el resultado era un dulce jugoso con un toque delicioso de jengibre. Finalmente, me resguardé de la lluvia bajo el techado del jardín trasero, justo donde se deposita la basura de la comunidad. Rebusqué en el bolso de cuero y encontré mi teléfono móvil. La línea se hizo de rogar hasta que alguien respondió al otro lado.

—Sue, ¿cómo está mamá?

El spray había hecho su trabajo, había mechones de mi cabello que estaban completamente calados y que ya goteaban sobre el rojo paño del abrigo.

—Sue...

Desde la oscuridad del jardín trasero vislumbré las ventanas iluminadas de los apartamentos de Newton Drive. Ya había terminado la hora de cenar y las televisiones emitían los shows de *prime time*.

—¿Está mejor?

Me apoyé sobre el maloliente contenedor y dejé que mi peso

poco a poco me arrastrara hacia el asfalto negro y húmedo a causa de la tormenta que se avecinaba.

—¡Dime! ¡Sue! ¡Contéstame!

No me percaté del tiempo que pasó desde que me colgó el teléfono, sin respuesta, hasta que decidí volver a entrar en el coche. Fue reconfortante encender la calefacción y dejar que el oxígeno escasease por un momento. Era placentero sentirse adormecida, aunque fuera consciente de que debía abrir la ventana en segundos. La abrí y encendí el motor con destino a ninguna parte. Me paseé por la autovía contemplando las luces de las farolas y el neón de los locales. No recordaba cuál era la ruta y tampoco me importaba en aquellos momentos. Ninguna llamada perdida. Cuatro años y aún no lo había superado.

No era una persona creyente. En realidad, no sabía siquiera en lo que creía, de hecho, creía que no creía en nada. Solo esperaba que lo que fuera que existiera allí arriba o abajo, o donde quiera que debiera estar, la tuviera en su gloria. No lo hice bien y aún me dolía. En cuanto le dijeron lo que tenía (que acabaría poco a poco con su vida) dejé que se consumiera como una vela porque estaba demasiado asustada como para enfrentarme a la verdad. No volví a Birmingham desde entonces y no pensaba hacerlo. Quizás por esa razón no encontraba ningún lugar donde pudiera encontrarme cómoda.

Tenía que nublar mi mente, escapar y no volver durante una temporada. Ojalá existiera algún modo de borrar la memoria y no tener que volver a sufrir lo pasado. Llevé el coche a su límite. Un buen viaje, eso era, eso era justo lo que necesitaba. Me detuve en el centro y busqué el letrero como si fuera la salvación definitiva.

Tan solo tenía que dejarme llevar, ser un animal, puro instinto. Era mucho más fácil. El *Graveyard*. Allí estaba, el lugar más desfasado de la zona, donde mejor se podía pasar desapercibido. Nadie preguntaría, nadie se interesaría por nada. Avancé hacia la cola del local y con una sonrisa enseguida logré que el personal de seguridad hiciera la vista gorda.

Stewart

No recuerdo cómo se llamaba aquella medicina, pero su olor era característico. Lo sabía porque a mi hermano justo le ingresaron allí por borracho, con el hígado agujereado como un colador y un color de piel amarillo que le daba un aspecto horrible. El suero que les colocaban era del mismo color, del color de la orina, del mismo color brandy de la orina que había en las bolsitas que colgaban de la mayoría de las camas de los hospitalizados. Decían que debía ser la peor planta del país y de hecho me parecía que cualquiera que trabajase allí merecía una mención de honor. Repugnante. Allí vivían los desechos de la sociedad, la basura blanca que aún podía permitirse chupar de la gran teta del Estado.

Al parecer, a la madre de Amy la tenían allí desde hacía más de un mes. La ingresaron de urgencia después de diagnosticarle una úlcera gástrica. La rehabilitación no parecía haber funcionado en absoluto y yo tenía la obligación de interrogarla. Yo tenía edad de estar postrado en aquellas malolientes camas, no aquellos quinceañeros escuálidos con accesos venosos colgando de sus cuellos. Payasos. Al menos estaban dando empleo al personal sanitario del país y a las multimillonarias farmacéuticas que nos permitían seguir siendo una de las principales potencias del planeta.

La enfermera que me atendió era extranjera, supongo que de algún país perdido de la mano de Dios. Tenía rasgos asiáticos y signos de haber disfrutado en algún momento de una piel tostada gracias a las caricias de un sol más cálido. Sus cejas eran muy finas y tenía la piel algo picada, resquicios de un acné adolescente que aún hacía estigma.

—¿En qué puedo ayudarle? Le recuerdo que la hora de visitas termina dentro de una hora.

—Agente Stewart, de la *Blackpool Constabulary*. Me temo que necesito interrogar a uno de sus pacientes. Rachel Martin.

—Déjeme que consulte con la supervisora, un segundo —Ellas también tenían un régimen jerárquico, como el nuestro. Aunque había que decir que el suyo estaba aún muy anclado en el origen religioso de las órdenes de curación. La policía siempre estuvo más militarizada. Los timbres de enfermería sonaban sin cesar y el personal, con uniforme azul ajustado, corría de arriba a abajo con cuñas llenas de desechos corporales. La enfermera volvió en unos minutos con una sonrisa fingida—. Por favor, señor Stewart, acompáñeme, le llevaré

hasta la señora Martin.

—Muchas gracias —Por un momento pensé en dejarlo pasar, pero mi voz interior no me dejaba en paz—. Perdone, ¿sabe si la señora Martin ha recibido visitas últimamente? Verá, me temo que tengo una noticia muy amarga que darle.

—¿Qué noticia?

No parecía interesada lo más mínimo. No hacía nada más que fijar la vista en el carro de medicación. La hora de la repartición de pastillas debía estar próxima.

—Su hija ha fallecido.

—¡Imposible! Pobre chica… —La mujer desvió la mirada del carro—. Creo que hace tan solo unas semanas vino a visitar a la señora Martin una chica rubia muy delgada.

—¿Vestía de negro? ¿Ojos azules?

—Sí, eso es.

—Puede que viniera a verla antes de, ya me entiende…

Entonces, Amy se había despedido, ¿sabría que iba a morir? ¿O quizás la visitaba con asiduidad?

—Puede, nunca la habíamos visto antes. Esa mujer parecía muy sola, tuvimos que llamar a servicios sociales más de una vez para confirmar si tenía algún domicilio disponible o familiares próximos. Creía que no tenía a nadie hasta que apareció esa chiquilla.

La asiduidad quedó descartada. Amy había ido a ver a su madre para despedirse, por lo que en mi mente se estacionó el pensamiento de que Amy sabía, perfectamente, que iba a morir la noche del desastre. ¿Un suicidio voluntario a manos de terceros? Seguía siendo homicidio en ese caso.

Había cuatro mujeres en la misma habitación, todas separadas por cortinas de tela gastada. Unidas a sondas y bolsas. Aquello apestaba. Una de las mujeres hablaba consigo misma mientras que otra se había quedado paralizada contemplando su pulsera de identificación. La señora Martin no era ninguna de ellas, su cama estaba vacía.

—¿Dónde? —Exclamó la mujer que miraba confundida su pulsera. La enfermera salió disparada de la habitación como una flecha, recorrió el pasillo a la velocidad de la luz y yo me quedé inmerso en mis pensamientos. Timbres y quejidos de dolor, arcadas y olores inidentificables. Jamás moriría en un lugar como aquel. Ejemplo claro de la descomposición de la vida. Ardía en deseos de encenderme un cigarrillo—. ¿Es usted Robert Redford?

—Me temo que no, señora —le contesté a la desorientada mujer.

—Pues se le parece.

Debía de ser tan solo unos años mayor que yo. La enfermedad también deterioraba mucho los cuerpos, pudiera ser que incluso fuera

más joven.

—Vaya, siempre me sacan un doble.

Ella rio sacando a relucir muchas piezas dentales ausentes o con una calidad paupérrima.

—¿Buscas a Rachel? A esa mujer la busca la muerte.

—¿Qué quiere decir?

—La muerte, con una capa negra y una guadaña. Vino a verme, pero creo que me pusieron medicinas a tiempo, ¿sabe? Pero para Rachel es ya demasiado tarde. La muerte la mira fijamente sin despegar su cráneo huesudo.

—¿La muerte? Curioso que usted vea esas cosas tan terribles.

—Tengo ese don, ¿sabe usted?

De no ser porque la enfermera vino acompañada de la señora Martin hubiera ya emprendido rumbo al exterior de aquella planta de Gastrología lo antes posible. Los sin juicio me ponen de mal humor, no tengo paciencia para esas cosas.

—Vamos, Rachel, vamos a sentarnos en la cama que han venido a hablar contigo, ¿te parece bien?

La mujer se mantuvo muda, rígida y sin despegar la mirada del suelo. Estaba muy deteriorada y, para la edad que tenía, su cabello había encanecido con precocidad, hacía un juego amarillento con los restos de su cabello ceniza, como el de Amy.

—Buenas tardes, señora Martin, ¿cómo se encuentra?

Jamás había servido para tratar con enfermos. Perdía los papeles y no sabía cómo actuar. La señora Martin era frágil, tan frágil que parecía que fuera a romperse de un momento a otro. No me contestó, se sentó en la cama y la enfermera corrió las cortinas. Un nuevo timbre enseguida la mantuvo ocupada, por lo que no volvió a acercarse a la habitación. Yo me senté en un taburete junto a ella. La debían de estar alimentando por un tubo que le colgaba de la nariz, al que le faltaba algo de higiene. Tenía los brazos repletos de moratones, restos de la presencia de agujas que la mantenían hidratada, y también tenía uno de aquellos accesos en el cuello pegado con un adhesivo transparente.

—Es tabaco negro, ¿verdad? —Su voz era suave y seca, resquicio de un timbre que debió de ser agudo y poderoso pero que ya no volvería a serlo.

Le dediqué una sonrisa, tenía olfato para el buen tabaco y el mío se quedaba siempre impregnado en la ropa. Pensé en ofrecerle uno, debía de ser una fumadora empedernida. No lo hice, porque aquello era un hospital y yo un oficial de policía. Me decidí por mantener las formas.

—Aún no he conseguido quitarme de este vicio —me decidí por contestar.

Ella simplemente me miró y sonrió complaciente. Desde luego que ella era buena sabedora del lugar hasta el que te pueden conducir los vicios de aquel tipo. Tenía la mirada perdida, sumergida en el color naranja apagado de la cortina de la habitación de hospital.

—¿Quién es usted?

—Soy el Marshal Stewart, *Blackpool Constabulary*. Vengo por Amy.

—¿Amy?

No parecía extrañada. Se colocó una manta blanca sobre las piernas y continuó mirando al vacío.

—Sí, su hija Amy.

—¿Qué pasa con Amy?

La señora obsesionada con la muerte emitió un potente grito que por un momento me sobresaltó y me hizo levantarme del taburete y comprobar que no le ocurría nada malo a aquella mujer que, claramente, estaba pasando por un episodio de agitación importante.

—Siento ser yo el que se lo diga, pero Amy ha fallecido.

—Ya lo sabía, sé que Amy está muerta.

—¿Se lo ha dicho el padre?

—No. Él no viene a verme.

—¿Entonces?

—Lo sé, ¿qué más quiere decirme?

Tengo que confesar que aquello me dejó fuera de juego. Debía de estar en el mismo estado mental que sus compañeras de habitación, o quizás se trataba de un modo de encajar la noticia.

—Vino a visitarla hace no mucho, ¿me equivoco?

—Sí. Se parece a mí, más de lo que quisiera.

—¿Sabe cómo murió su hija?

—No.

—Fue asesinada, señora Martin.

—Bastardos... —Aquella palabra se fundió con su afonía.

—Me preguntaba si usted sabe algo que nos pueda llevar hacia los culpables. Si conoce a alguien, el nombre de alguna persona próxima a Amy. Lo que sea...

No iba a sacar nada interesante de aquella entrevista. Era una persona hueca, abrasada por el fuego del alcohol y a la que ya no le quedaba nada que dar.

—Amy no tenía amigos, ni siquiera a esa estúpida de Hall. Amy estaba tan sola como yo.

—¿Cree que pudo quitarse la vida? Verá, las pruebas forenses han demostrado que fueron terceros. Con respecto a Hall… no pudo ayudarme demasiado, bastante tiene con su estado de buena esperanza —le dije sonriente mientras recordaba a aquella histriónica, embotada de hormonas.

—Bueno, a veces solo necesitamos que nos den el empujoncito adecuado.

Volvió a sonreírme con aquella desagradable sonrisa rota. La conversación no dio más de sí. Estaba demasiado gastada como para atender más preguntas y yo tenía la certeza de que tampoco me iba a proporcionar mejores respuestas. Mi olfato no me engañaba. Me despedí estrechándole la mano. Estaba deseando salir de aquel antro de depresión.

—¡Robert! —De nuevo, la mujer demente. No podía entender cómo aquellas enfermeras podían aguantar aquello día tras día—. Usted ya no se va solo. Le ha mirado a usted y ya no se le despegará...

—Hasta pronto, señora —le contesté con una sonrisa complaciente.

A la salida del hospital me encendí mi deseado cigarrillo. Aquella habitación me había asfixiado el alma.

«Respira profundamente.»

Mis ojos veían una vorágine de colores que giraban sobre sí mismos y penetraban dentro de mi piel para iluminar mi pecho. Mis músculos estaban laxos y mi cuerpo descansaba sobre un lecho que olía a almizcle. Sentí la calidez de un cuerpo que me atraía hacía sí. Sus ojos castaños y grandes me contemplaban, vigilantes. Estaba desnuda, pero aquello no me incomodaba en absoluto. Él también lo estaba. Incontables caricias se posaron sobre mi piel, era como si sintiera el abrazo de Visnú.

«Vamos a llevarte a un lugar muy especial, Michaela.»

Su voz me tranquilizaba y yo tan solo quería ser absorbida por una realidad incontrolable más grande que yo, que se llevase mis remordimientos más profundos. Una cadena de metal inmovilizó mis muñecas. Las luces del local fueron desapareciendo una a una hasta que no pude ver nada. Mi lengua estaba tan seca que la sentía áspera como un cartón.

—¿Mamá?

Me dormí profundamente. De nuevo estaba comiendo *Parkin* en la vieja casa familiar. Mi madre había ido a la peluquería y le habían dejado un ahuecado horrible, parecía como salida de los años sesenta. Se podían ver los fuegos artificiales desde la ventana de la cocina y mi hermana tenía el pelo lleno de harina.

Animus Noctem

Jueves, 15 de mayo de 2000

La noche vuelve a sorprenderme tendido sobre la cama. Necesito salir a encontrarme con la luna y con sus seres nocturnos. Desde que te conocí no he encontrado nada que me haga olvidar tu perfume y el tacto de tu piel. Devorah, necesito verte de nuevo. He cambiado mis usos, prometo darte todo y desnudar mi alma. Si por ti fuera, yo viviría sumergido en la tiniebla por el resto de mi existencia y merecería la pena. Devorah, permite que me encuentre contigo de nuevo. Permíteme enseñarte que no soy tan solo un receptáculo más de tu lista de posibles.

Mi vida ya no tiene sentido, se ha consumido como una vela.

Déjame darle un significado. Déjame estar a tu lado.

Valder.

Etiquetas: Valder, Animus Noctem, Diario, 2000 Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido.

Ortega

El óbito tiene una belleza diferente. Un estado orgánico, residuo de una actividad celular estancada y condenada a la putrefacción. Por un lado, me sentí como el artista del retrato oval; maravillado ante la perfección que la muerte había obrado sobre su cuerpo y sus formas. Luego, cuando me fui a casa, descubrí que más allá de mi extraña satisfacción enferma, estaba desolado. Jamás volvería a escuchar su timbre de voz. Femenino y grave, producto del tabaco, del ron dulzón y del vodka. Me quedé paralizado una vez cerré la puerta de mi apartamento y contemplé ausente mi cama desecha.

—Así que, supongo que ya has terminado. El tren con destino a ninguna parte por fin ha colisionado con otro, de frente y a alta velocidad.

«¿Por qué? ¿Por qué esa afición por el humo y el maltrato? ¿De dónde ese masoquismo? Tu impulso, tu energía. Me fascinó. Eso mismo que ha acabado por consumirte. Tu figura de femme fatale, tu tendencia Nietzscheana y ese cuerpo que cualquier artista hubiera querido inmortalizar en su obra. Michaela, eres una necia. Eres la mayor necia que jamás he conocido. Seguro que ni siquiera ahora mismo estarías satisfecha con tu obra, preferirías haber muerto de un modo más macabro y rocambolesco. Estúpida. No puedo ahora hacer otra cosa que no sea odiarte. Si yo conseguí irritarte tanto como tú lo has hecho, te felicito. Has ganado el juego.»

Tomé la botella de whisky a la mitad y la estrellé contra la cabecera de la cama mientras escuchaba el sonido de la lluvia repiquetear sobre el doble cristal de la ventana del dormitorio. La botella estalló, haciéndose añicos. La autopsia la realizaría al día siguiente, su cuerpo había sido encontrado en el mismísimo *Stanley Park*. Su cadáver reposaba sobre una de las barquitas de madera del parque. Llevaba muy pocas horas muerta. Le habían dejado puesto su abrigo rojo para cubrir la desnudez de su cuerpo lacerado. El color de su piel parecía aún más pálido a causa del vibrante color carruaje de aquella prenda que había aprendido a apreciar. Una prenda que la representaba.

Me senté sobre la cama y apreté con fuerza mis cabellos, como tratando de extraer mi propia consciencia. El reto había comenzado. Siempre me había considerado a mí mismo un artista, uno diferente y genuino, pero desde luego, no un agente de la ley. Por primera vez me sentí con ánimos de actuar como tal, o al menos eso era lo que ese nudo en la garganta me impulsaba a pensar. Me levanté del lecho, inquieto, y encendí la lamparita de la cómoda de cedro. Ahí estaba mi

imagen, reflejada en el espejo cuadrangular. Mis ojeras persistían aún más profundas bajo mis párpados inferiores. Mis labios estaban secos, algo resquebrajados.

—Jamás hubiera funcionado, para qué vamos a engañarnos. La gente como tú y yo no sirve para ese tipo de cosas. No creo en ello y ni siquiera lo respeto.

«Tampoco hagas como que te hubiera gustado probarlo. Hubiera sido la novedad, lo pruebas, se te enrancia y lo tiras a la basura. Tú y yo somos así. Sabemos que todo caduca y por eso sentimos fascinación por todo lo nuevo y revolucionario. ¿Sabes? Quizás lo bueno de todo esto es que tú no llegaste a enranciarte. Has conseguido lo que querías; pasar a la memoria como las estrellas del rock, que mueren jóvenes a causa de las drogas o las enfermedades venéreas. Por mi parte, lo has conseguido; para mí serás siempre una asignatura pendiente que no acabé de comprender y que no pude diseccionar ni controlar. Adiós, Kyler Johnson.»

Roy

Llovía y el sol había ido a ocultarse tras unas oscuras nubes rojizas. Reconozco que al principio estaba muy asustado. Aterrado. La fuerza de las gotas de lluvia sobre mis mejillas me refrescaban el rostro y me despejaban la mente. La muerte de Michaela significaba que no tenían ningún tipo de mesura, que podían ir a por mí o a por cualquiera. Estaba fuera de mí mismo. Debía sentarme en mi escritorio, mirar Internet y tratar de salvaguardarme del vendaval. ¿Qué hacía dirigiéndome al ojo del huracán? Debería haberle dicho algo a Stewart. Debería haber esperado a que los registros del blog de Amy fueran procesados e investigados con rigor. Pero quizás para entonces fuera demasiado tarde. No podían sucederse más muertes. El rostro amoratado de Kyler me había roto por dentro. Ella siempre se mostraba tan fuerte, tan segura de sí misma. Se acabó. En cuanto recibí el mensaje de Devorah supe que era mi momento de entrar al trapo. Quizás no volvería a disfrutar de la misma oportunidad, así que no pude dejarla pasar.

Fue sencillo una vez di con el espacio virtual de Alistair. Demasiado fácil contactar con una chica del pub que parecía bastante interesada en que nos viéramos esa noche en el *Graveyard*. Sus perfiles habían intercambiado suficientes comentarios como para deducir que aquellas dos personas eran como mínimo cercanas. Imprudente e insensato por mi parte, considerando que la última vez que visité el lugar di el nombre de aquel sujeto, Alistair, quien parecía la llave de todo el asunto. Lo hice de manera inconsciente, en ningún momento pensé que fuera a tener importancia. La fortuna lo había colocado en mi camino y ya no podía evadirme de ello. No supe si lo hacía por la inyección de adrenalina, por jugar a ser alguien que en realidad no era o, verdaderamente, porque había encontrado mi camino. Quizás fuera irrelevante y ese tal Alistair no tuviera nada que ver con los crímenes, pero las fechas concordaban. Podría tratarse del culpable.

Es curioso, cuando se ve la escena desde el punto de vista del espectador, todo parece un intrincado sistema de pistas y complejas disertaciones detectivescas. Después de todo, yo ya lo veía muy diferente y lo veía mucho más claro que nunca. Cuando te conviertes en un buscador, cuando te colocas en el lugar indicado del camino, es como si el mundo interactuara contigo y eres tú el encargado de devolverle la respuesta. Es como si la causalidad se entremezclase con la iniciativa. No basta con sentarse a analizar todas las posibilidades,

es necesario decidir una ruta y emprender una acción. Quizás con esa acción no se llegue al final más óptimo (como yo siempre había creído), pero se llega a un final conclusivo y necesario.

De nuevo entre aquellos oscuros y tétricos muros de depravación. Una parte de mí se escandalizaba al ver la libertad sexual de aquel lugar; otra, deseaba escaparse de la armadura del que había sido mi código moral desde hace tantos años. No reconocía mi reflejo en los cristales del local, ¿dónde estaba Roy? ¿Dónde estaba el gordito asustadizo zampabollos? Se lo había comido un robusto hombre de perilla pelirroja. Me sentí bien. Nadie me miraba por encima del hombro.

—Póngame un vodka con hielo —le dije al barman.

Esperé unos minutos para después tomar el vaso y sin que el alienado barman se diera cuenta introduje la bebida en el servicio. Había traído un cuentagotas y pensaba llevar aquello al laboratorio para descubrir qué demonios era lo que les metían a las bebidas. Me metí el frasco en uno de los amplios bolsillos de la gabardina de cuero y rellené el vaso con agua del grifo. No me controlarían con aquellas extrañas drogas. Estaba seguro de que Stewart podía conseguir una orden de registro si aquel vodka había sido aderezado. Y si no, también, menudo era el viejo Stewart. Pero las drogas serían el motivo perfecto para hacer un registro a fondo. Allí se iba a encontrar de todo. Aunque esperaba que una inspección de ese tipo no ahuyentara a los posibles culpables de los crímenes. Por el momento, era mejor sentarse a contemplar cómo era el ambiente y mezclarse con él.

Devorah me dijo que vestiría un body de encaje negro y que llevaría un collar de pinchos ceñido al cuello. Enseguida la reconocí. Menuda belleza. El maquillaje claro y la pintura dramática escondían dos grandes y marrones ojos mediterráneos. No era muy alta y su fisonomía era refinada y bien repartida en sus proporciones. Los altos zapatos de tacón la hacían muy esbelta. Su cabello negro zaíno caía tras su espalda, frondoso, grueso y brillante.

—¿Devorah?

Me sonrió. Su dentadura era blanca modélica, como las de los anuncios de dentífrico. Pero hubo algo que enseguida me perturbó. Fue tan solo una fracción de segundo, pero mientras sonreía pude ver sus colmillos. Aquellos colmillos eran demasiado puntiagudos como para ser considerados normales. No le pregunté, pero me dio un escalofrío en cuanto se sentó junto a mí.

—Tú debes de ser Valder, ¿no es así? —Su acento conformaba una mezcla embriagadora con el sonido de su voz.

Sí, yo también me protegí bajo el amparo de un seudónimo. Como todos ellos. Mi nombre era Valder. Aquella extraña red de perfiles funcionaba así, detectaban posibles objetivos vulnerables y

carentes de atención para proponerles formar parte de la delirante «sociedad vampírica». Tan solo fueron necesarios un poco de paciencia y trabajo para establecer contacto con aquella seductora dama.

—Es un placer, Devorah.

Antes de que me acercara más a ella, ya se disponía a darme dos besos en ambas mejillas. Nunca nadie me había saludado de un modo tan efusivo. Olía a romero y a aceites. Tenía un rostro muy expresivo, su cara me transmitía la imagen de una niña melancólica de ojos vidriosos. Era una muñeca triste.

—¿Qué buscas exactamente? —me dijo mientras colocaba uno de sus suaves dedos en mi barbilla.

—Supongo que si dijera compañía no estaría siendo enteramente sincero...

Le sonreí y tomé una de sus manos dentro de las mías, parecía tan delicada que tenía miedo de que se rompiera.

—No creo que tengas suerte hoy, querido. Hoy no vas a ver nada.

Me quedé sin guión, esperando a un imposible apuntador que no existía. Lo que quiera que quisiera mostrarme me estaba vedado, pero yo debía cerciorarme de que tenía su influencia dentro de aquel lugar. No bastaba con creer en los vampiros, había que instalarse en su círculo de confianza.

—Yo no estoy tan seguro...

Me aproximé aún más, hasta casi rozar sus labios y sentir su respiración sobre los poros de mi piel. Tan solo pensé en lo que harían mis personajes de televisión favoritos. Yo no soy atractivo y tampoco sabía cómo actuar en este tipo de situaciones. Por eso los emulé, los invoqué a todos para que me dieran fuerzas y decidí enterrar a Roy Benson en lo más profundo de mi alma, al menos por aquella noche. Tomé el vaso de agua y me lo bebí del tirón aparentando que bebía un vaso de vodka. Y le sonreí.

—¿Me acompañas? —resolvió ella.

Asentí con la cabeza. Traté de ocultar mi voz lo máximo posible para así quitarle personalidad y aportar rudeza. Ella se levantó del taburete dejando ver por completo su trasera anatomía a la vista. El encaje era una maravilla que había conseguido excitarme con un solo golpe de vista. Así que la acompañé ignorando al resto de la humanidad, avancé entre cúmulos de personas que danzaban y se entremezclaban de un modo caótico y sinuoso. El corazón me latía acelerado. Devorah comenzó a ascender la escalinata hacia los palcos superiores y sus movimientos casi me hipnotizaban. Tenía unos andares orgullosos de gran señora. Yo parecía un energúmeno torpe y pueril disfrazado de chulesco motero.

Para cuando nos sentamos cómodamente yo ya estaba mucho más relajado. Devorah no era una dominatrix que fuera a tomarme allí

mismo. Contemplaba la sala desde el palco con la mirada perdida. No la conocía, por lo que no podía saber cómo era su estado natural, pero diría que estaba afligida por algún motivo.

—¿Te ocurre algo?

Mierda. Ese era Roy tratando de salir al exterior. Ninguna emoción, estúpido, no les interesa. Mírale el culo.

—Supongo que tengo un problema, pero, ¿quién no tiene problemas hoy día?

Asentí de nuevo, esta vez traté de mirar de un lado hacia otro evadiendo una posible conversación personal.

—Todos tenemos problemas, cariño. Este mundo apesta.

—¿Estás preparado?

¿Para qué? De nuevo el corazón me latía con fuerza. Se acercó con rapidez y colocó sus piernas a ambos lados de mi cintura. Ojalá hubiese podido encapsular su aroma y guardarlo en el cajón de mi mesita de noche. Me besó el cuello con lentitud, recreándose en cada rincón de mi piel mientras yo me extasiaba, perdiendo el miedo y la razón. Yo la rodeé con mis brazos.

—Adelante.

Estaba preparado para cualquier cosa. Nos miramos fijamente, frente a frente, durante un segundo y acto seguido un dolor punzante me recorrió el cuerpo. Sus ojos negros brillaban como el ónice. Sus colmillos se habían clavado sobre mi piel y la sangre goteaba sobre el sofá de terciopelo azulado. No me levanté, no reaccioné y, simplemente, mantuve la calma dejando que Devorah libara mi sangre como una sagrada recompensa.

—Es dulce, como la sangre de un niño –Aquello me alarmó, ¿cómo una belleza tan dulce y tierna como esa chica se atrevía a afirmar tremenda barbarie? Me tensé inconscientemente y ella enseguida se retiró de la zona de mi carótida, la cual cubrí con rapidez con una de mis manos enguantadas—. ¿No te gusta? Creía que estabas preparado...

No lo estaba y no lo estaría nunca, así que me tragué una sarta de adjetivos posibles que emitir desde mi boca y probé un poco de la sangre que había caído sobre mi guante de cuero. Ella rio divertida y de nuevo volvió a mi cuello a succionar como un bebé de teta. Era un espectáculo bochornoso para el que quizás sí que necesitara un poco de aquellas drogas alucinógenas que se llevaban en el *Graveyard*, aunque tan solo fuera para sobrellevar el dolor lacerante que sentía en el cuello y por el que tenía cada vez más ganas de romper a llorar.

—Eres insaciable, Devorah...

Mi erección hacía minutos que había desaparecido y aunque trataba de centrarme en sus blandos pechos contra mi regazo y en su olor, que había comenzado a mezclarse con el de mi sangre, no surtía

efecto. Era una situación demasiado violenta y yo estaba muy tenso como para dejarme llevar.

—Me gusta el sabor de tu sangre, quiero más…

Entonces se me ocurrió una idea. Por lo menos aquel proceso tan desagradable había conseguido que mantuviese la cabeza fría.

—¿Quieres más? Bueno, ¿por qué no me traes entonces a una amiguita tuya para que disfrute de mi sangre? He leído a muchas de vosotras en Internet y la verdad es que estaba deseando venir y ser parte de esto…

—Así que a Valder le gusta jugar, ¿eh? ¿Con quién quiere jugar Valder?

Su modo de hablar denotaba que no tenía un dominio completo del inglés, hacía construcciones sintácticas simples y exageraba demasiado los tonos.

—Bueno, quiero jugar con una chica rubia ceniza. He visto su blog, *¿Endless Dark?* —Devorah se retiró de mi cuello ipso facto y desvió la mirada de su fechoría—. ¿Es que acaso no está?

Estaba aterrado, no sé de dónde saqué fuerzas de flaqueza. Supongo que pensé en Stewart y en la calidad de su interrogatorio, esa capacidad que tenía de mantenerse férreo ante cualquier cosa.

—No, no está.

—¿Ya no quiere divertirse? Es Amy, ¿no?

—Sí, la pequeña Amy. Me temo que no contamos con ella —Devorah se levantó del sofá y fue a colocarse de nuevo sobre la baranda del balcón para contemplar las vistas del local—. Tenemos reportajes completos de ella, pero me temo que no volverá más por el *Graveyard*…

¿Reportajes? ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Podría ver algún día esos reportajes? Estaría muy honrado de ser tu recipiente, de ser así.

Su gesto se endureció, parecían unos celos extraños. En cuanto mencioné a Amy se había cubierto con su sayo de plumón ocultando sus generosos pechos.

—Mucho quieres tú, Valder. Cuando ni siquiera te he probado más de una vez.

—Pruébame entonces… ¿cúal es el problema?

El Vampiro

Un fuerte golpe en la puerta le despertó de su sueño.

—¿Quién será a estas horas?

—No lo sé, me duele la cabeza.

—Compruébalo, *sweetheart*. Papá está demasiado débil como para levantarse. Anoche no se alimentó bien y durante el día ya sabes que me siento en estado comatoso. Sé una buena chica...

De nuevo unos fuertes golpes en la puerta. Devorah se levantó del lecho y, cubriendo su desnudez con una suave bata de satén oscuro, se aproximó hacia el lugar desde donde provenían los ruidos.

—¡Abridme la puerta! ¡Sé que estáis ahí!

—Es Mel.

—No le abras.

—Alistair, no podemos abandonarla... Somos su única familia.

—No le abras la puerta, Devorah.

Devorah se quedó sentada sobre la cama. Alistair le acariciaba los hombros mientras tarareaba una melodía de piano y respiraba profundamente.

—¡Estarás contenta! ¡Ahora eres su reina! —De nuevo un potente estruendo—. ¡Zorra!

Devorah se recostó junto al cuerpo de Alistair y a pesar de que él cayó enseguida preso de su sopor, ella continuó despierta escuchando cada maldición que Mel arrojaba contra la puerta blindada del dormitorio, aquel dormitorio donde tantas veces habían yacido juntos.

—Lo siento, Mel. Lo siento mucho...

Aquello tan solo fue un susurro. Devorah se mantuvo junto a Alistair hasta que los golpes cesaron y la tranquilidad fue devuelta a la habitación de lujo del dueño del local.

—Hoy han preguntado por Amy, creo que deberíamos dejar todo esto. Al menos durante un tiempo.

—¿Dejar esto? ¡Devorah! —Alistair se levantó ipso facto, lleno de energía—. Es mi modo de vida. Moriría si no lo hiciera, lo sabes.

—Yo puedo darte mi sangre, como siempre hemos hecho. Una pequeña época de sequía, eso es todo. No quiero acabar en la cárcel.

—*Sweet*, no vamos a ir ningún sitio. Si Mel se va de la lengua ya sabemos lo que le espera; y tú no te preocupes más por este asunto. Vamos a descansar, ¿de acuerdo?

—La vieron, Alistair, creo que alguien la vio dejar el cuerpo.

—La vieron a ella, no a nosotros.

—¿Cómo puedes hablar así de Mel?

Alistair se levantó de la cama dejando las sábanas precipitarse hacia el suelo. Su desnudez pálida quedó visible a la tenue luz de un candelabro. Se quedó paralizado mirando a Devorah de hito en hito.

—¡Que esta sea la última vez que te escucho algo así! ¡Podría haber dejado que te pudrieras en el prostíbulo en el que trabajabas!

¡Tanto tú, como Mel! Pero no lo hice... No lo hice porque creí que erais tan bellas que vuestras almas eran merecedoras de algo mucho más elevado que los miembros viriles flácidos que os hacían compañía. ¡¿Y así es como me lo pagas?!

—No pretendía... no pretendía hacerte sentir así, Alistair. Vuelve a la cama, te lo ruego.

—Que sea la última vez... —Alistair abrazó a Devorah con fuerza —. *Love*, pasamos un buen rato con Mel. Jamás la olvidaré. Pero me temo que tenemos que ofrecerla ahora a ella.

—¿Por qué? ¿Por qué Mel? Ella ya tenía los colmillos, hizo todo cuanto le dijiste.

—Pero le dominó el miedo, querida. Le dominó el miedo en el último momento. No puedo arriesgarme así con nadie. Mañana mismo salimos a cazar.

Velvet skin

Viernes, 16 de mayo de 2000

Aquel día parecías mucho más interesado en otra persona que en mí misma, así que me sorprende bastante tu insistencia, ¿qué te ha hecho cambiar de parecer? Supongo que es un vicio, ¿verdad? Te fascina la sangre del mismo modo que me fascinó a mí la primera vez. Todos tenemos un maestro en algún momento.

De tus palabras creo la mitad, pues comprendo que te pueden los impulsos sexuales masculinos que deben de atormentarte, y no te culpo. Te sorprendería lo mucho que puedes ser capaz de elevarte sobre el sexo para abrazar una nueva manera de estimular tus sentidos. Tan solo tienes que explorar y dejarte llevar, Valder.

Estoy un poco ocupada con asuntos que requieren de mi atención, pero te aseguro que no me olvidaré de ti, ni de tu sangre... La sangre que sabe como la de un niño.

Devorah.

Etiquetas: Velvet Skin, 2000, contactos, Devorah Ubicación: Blackpool, Lancashire, Reino Unido

Stewart

—Espero que tenga en cuenta que todo lo que diga está siendo grabado por esa cámara de video que está viendo allí, justo en la esquina. No hace falta que le diga que un falso testimonio está penado por la ley de Gran Bretaña.

El renacuajo se encogió aún más en la silla de plástico de la sala de interrogatorios de la comisaría. Me dio algo de pena verle temblar y desviar la mirada continuamente, era solo un chiquillo de menos de trece años. Tomé uno de mis cigarrillos y me lo encendí frente a él, dejando un momento de silencio para que se tranquilizara. No lo quería tartamudeando (eso me ponía jodidamente nervioso), tan solo quería que se tomase en serio lo que se disponía a hacer, dar testimonio ante dos agentes de la ley y el orden.

—Está bien, señor.

—Muy bien, jovencito. ¿Dónde estabas la noche del veinticuatro de mayo de este mismo año?

—Estaba en el parque.

No era capaz de mantenerme la mirada. El acceso al parque durante la noche estaba prohibido desde la ley de restricción de zonas comunes del 86.

—¿Qué hacías allí?

El humo del tabaco había comenzado a condensarse dentro de la pequeña habitación. Del techo colgaba una bombilla desnuda que tintineaba de vez en cuando. Vaya un desastre, ¿dónde iba el dinero de nuestros impuestos? Desde luego a nuestras comisarías, no.

—Suelo ir los fines de semana con mi telescopio.

Un lumbreras. Pero por lo menos tenía un divertimento sano, como los *boy scouts*. Esos chicos fueron una buena manera de insertar valores perdidos en los jóvenes de hoy en día. Solo creen en el fornicio, el alcohol y no hacen nada de provecho. A muchos les hubiera enseñado yo lo que es vivir sin la nómina de papá y mamá. En mis tiempos, si vivías demasiado tiempo en casa de tus padres era porque eras un maldito fracasado.

—Cuéntanos todo desde el principio, ¿qué fue lo que viste? —dije mientras me sentaba en una silla.

—Bueno, esa noche Venus brillaba mucho y yo no quería perderme la oportunidad de verlo.

—Al grano, muchacho, tampoco te pases.

De nuevo encogió los hombros y posó su mirada en Roy, que parecía inspirarle más confianza.

—Escuché voces.

—¿Masculinas?

—Escuché a dos mujeres. Una hablaba muy bajito, casi no podía escucharla. Pero la otra tenía una voz muy potente.

—¿Te vieron?

—No. Me escondí detrás de unos setos. Pensé que eran los vigilantes nocturnos del *Stanley*.

—¿Alguna peculiaridad especial que te llamase la atención de sus voces?

—La voz que se escuchaba muy bajito creo que tenía acento, pero no sabría decir exactamente de dónde. Desde luego no era polaca, y tampoco africana. Era diferente.

—Dijiste que las viste, ¿podrías hacer una descripción a grandes rasgos? —le pregunté mientras apagaba el cigarrillo sin terminar sobre un cenicero de plástico de propaganda.

Roy le dejó al chico una chocolatina sin abrir sobre la mesa.

Hizo bien, alguien tenía que mantener la balanza equilibrada.

—Sí, claro. Aunque... No había mucha luz.

—Un momento. Roy, llama a los retratistas.

Había comenzado a hacer un calor sofocante en aquella pequeña habitación. Sentí caer una pequeña gota de sudor por una de mis patillas y acto seguido comencé a abanicarme con mi sombrero como si me fuera la vida en ello.

—¿Se encuentra bien, señor? —me preguntó el chiquillo.

—Me encuentro perfectamente, muchas gracias.

Lo cierto era que sentía una fuerte presión en el pecho y ya me llevaba doliendo una temporada.

—Buenas tardes, señores.

El nuevo saludo procedía de la voz de Carl Essex, un canijo que se dedicaba a hacer los retratos robot cuando tocaba y que pintaba mujeres en paños menores en sus ratos libres. Buena gente, pero con la cabeza siempre en las nubes. Que si *Marcuse* por un lado, que si *Gogol* por el otro... Yo a ese hombre no lo entendía, pero lo respetaba. Muy culto y, además, se podía charlar con él de los partidos de rugby de vez en cuando.

—Hola, chico, ¿cómo te llamas? —le preguntó Carl al interrogado con su tono cordial acompañándolo de un guiño cómplice.

—Allan.

—Bueno, Allan, yo estoy aquí para tratar de dibujar lo que tú tienes en tu cabeza. Es muy difícil y necesito que me des tu visto bueno, ¿entendido?

—Vale.

Al chiquillo se le notaba mucho más tranquilo. No me extrañaba, ya que lo estaban tratando entre algodones. Roy, como de costumbre, se mantenía al margen escuchando la conversación, aunque para ser

sincero aquel día se mostraba más abstraído que de costumbre. Tenía bolsas en los ojos y de vez en cuando oscilaba como un péndulo de un lado hacia otro a causa del sueño. Mientras el dibujante interactuaba con el chiquillo, me acerqué a arrearle un codazo.

—¡Maldita sea, Roy!

—¡¿Qué?! Señor Stewart… ¿Qué sucede?

—¿Que qué sucede, muchacho? ¡Que te duermes, carajo!

—Lo siento, no he dormido bien.

Quizás el bueno de Roy había empezado a vivir la vida como un hombre de verdad y había trasnochado. Le vendría bien de vez en cuando.

—¿Quieres un Ibuprofeno? Viene muy bien para la resaca —se lo dije al oído para que el retratista no me escuchara. Cuando me acerqué, me di cuenta de que tenía un apósito en el lado izquierdo del cuello. Alguien había sido un chico muy malo la noche anterior. Maldito Roy—. ¿Qué traes ahí? ¿Un tatuaje? —Roy enseguida me retiró la mano del cuello con algo de violencia. Vi el miedo en sus ojos. El apósito cayó sobre el cuello de su camisa, y lo que vi hizo que la rabia me subiera de la planta de los pies a la cabeza.

—Por favor, le ruego que no me toque.

—Roy, fuera. ¡Ahora mismo!

Empujé su culo seboso hacia el exterior de la sala de interrogatorios ante la incrédula mirada de Allan y Carl. Le indiqué al dibujante con un gesto que continuara con su labor. El chico agradecería el deshacerse de mí durante un tiempo y yo tenía que descargar mi furia y desconcierto con el agente Benson.

—No es nada, me lo hice ayer.

—¡¿Tú qué crees, que yo nací ayer?! —Lo cogí de los hombros y lo sacudí con fuerza—. ¡¿Eh?! —Con aún más fuerza, lo puse sobre la pared de mármol oscuro y le miré directamente a los ojos, los cuales aún tenían rastro de pintura negra—. Tú has estado en el *Graveyard*… ¡¿me equivoco?!

—Tenía que habérselo dicho, pero tras la muerte de Kyler todo fue tan rápido… Lo siento mucho.

—¡Tú me quieres buscar la ruina, jovencito! ¿Qué demonios te han hecho?

Y entonces una tos muy fuerte me sacudió. Era seca y me irritaba el pecho, obligándome a encogerme de dolor. No pude mantenerme erguido.

—Señor Stewart, ¡¿se encuentra bien?!

Me apoyé sobre el generoso hombro de Roy y traté de respirar hondo. Era como si el aire se resistiese a entrar a mis pulmones a pesar de que daba enormes bocanadas de aire. Me sentía como un pez sacado al aire libre, boqueaba como un estúpido.

—¡Tapa... te essa ... mierd!

No pude terminar de hablar. Mi entorno comenzó a perder su color y de nuevo una tos fuerte y seca. Me llevé las manos a la boca, visualicé coágulos en mi esputo. Estaba demasiado mareado.

—¡Estás poniéndote morado! ¡Vamos a llamar a una ambulancia! Roy se puso el apósito de nuevo y con rapidez se echó mi cuerpo a los hombros. En él me apoyé hasta que perdí el conocimiento, ya muy cerca de la recepción de la comisaría. Todo se tornó blanco y yo me disolvía como una aspirina efervescente en un vaso de agua.

Ortega

—Yo creo que tú no eras ningún objetivo, pero aún así tienes la misma mordedura...

El sonido de la báscula me indicó con su deliciosa nota que ya había vaciado el arco cólico por completo.

—¿Por qué tú, Kyler? ¿Sabrían que eras agente de la policía? Lo dudo mucho, de ser así, esos mentecatos no se hubieran atrevido. Terminadas las vísceras era mejor dedicarse a las áreas periféricas. Miembro superior. ¿Qué tal los dedos?

—Interesante, Kyler... Eres una buena chica.

La mano derecha estaba correctamente inmovilizada a la camilla. Con unos alicates para hueso no me costó extraer la uña de su dedo índice. Estaba fuertemente adherida, es lo que pasa con las uñas. Hay un tercio de ellas que están enterradas bajo la piel, aunque no se vean a simple vista. Había piel, un maravilloso y diminuto pedazo de piel hincado entre su piel y el interior de la uña.

—¡Bravo! ¡Excelente!

El sonido de *Dvořák* conmovió mi espíritu. Con las pinzas de disección sin dientes coloqué el espécimen sobre un porta-vacío para su posterior análisis.

—Es como si de un momento a otro fueras a levantarte a tomar este porta y analizar la muestra para mí en tu laboratorio. Salvando, por supuesto, el hecho de que estás en posición de Roser, diseccionada de lado a lado de las coracoides, y desde allí, longitudinalmente hasta los genitales. Toda abierta para mí. Tenías que ser tú, precisamente tú, la que nos diera esta pista.

Tomé el porta entre mis dedos y, dejando que mis oídos se regodearan con la música que yo mismo había seleccionado para el momento, comencé a danzar alrededor de la camilla de operaciones. Dejé que mi cuerpo volara, se elevara sobre todas las cosas. Giré sobre mí mismo, permitiendo que la bata blanca dejara su estela como si de un vestido de época señorial se tratase.

—Los resultados toxicológicos están listos. Vamos, dime algo, Kyler... —Me situé junto a ella y movilicé los labios del cadáver, unos labios que, aunque amoratados, continuaban siendo jugosos y sensuales—. ¡No toques mis utensilios de trabajo sin mi permiso, Ortega! —Entonces, me coloqué justo al otro lado y le contesté de un modo teatral—. Lo siento, querida. No tengo más remedio. Me deshice de los guantes y, sin cubrirla aún, me dispuse a informarla de los

análisis. Ella también tenía que estar al día. Wood irrumpió en la sala, aunque ya casi no osaba adentrarse en mis necropsias, parecía que la primera vez se llevó un sobresalto indeseado. No entiendo por qué tanto escándalo. Es una amiga, es lógico que hablásemos de nuestras cosas…

—Señor Wood, ¿alguna novedad? Ya deben de estar listos, si no me equivoco… ¡Esta remolona que no se levanta de la camilla ya lo tendría todo preparado!

Le sonreí amablemente, de oreja a oreja, así que no sé a qué vino tal gesto de espanto.

—Sí, señor Ortega, están listos.

El hombre rebuscó entre una pila de papelajos y sobres para tenderme los resultados escritos a máquina de escribir.

—Vamos a ver, rubia, ¿qué tenías dentro…? MDMA, metanfetamina, GHB, algo de K, viagra, coca y… Mmmm, esto es interesante. Escopolamina o, ¿cómo se le llama también, Wood, a la droga del violador?

—Burundanga.

—En efecto, señor Wood. Burundanga.

Cogí el informe y me introduje de nuevo en el quirófano. *Bagatelle in A minor.*

—Hola de nuevo, querida. No diría que me sorprende, porque tú siempre te has drogado como un yonki rabalero —Tomé asiento junto a ella—. Ni tú ni Amy mostráis rasgo alguno de haberos resistido, eso me intrigó desde el principio y creo que he encontrado la razón —Con mis dedos comencé a rozar su cabello rubio. Aún despedía su aroma personal, aunque algo enrarecido a causa del inicio de la descomposición y la extracción de los intestinos, que siempre resultaba muy olorosa—. Escopolamina. Si estuvieras aquí te hubiera sorprendido tanto como a mí. Pensé que eso era algo muy americano, pero se ve que ha llegado, puntualmente, a nuestras orillas…

Cambié la canción, *Funeral March*. Me situé junto a la camilla como si fuera el sarcófago de cristal de la mismísima Blancanieves y acto seguido me aproximé a su rostro azul, su rostro muerto.

—Estás preciosa.

Con las yemas de los dedos clausuré sus párpados con suavidad, diciéndole adiós a aquellas ambarinas esmeraldas. Sus pestañas eran tan rubias como el tono de sus cabellos, su nariz era pequeña y respingona. Con decisión, acudí a sus fríos labios y la besé, me recreé descubriendo su nueva textura, tratando de comprender aquella experiencia que jamás había vivido. La verdad es que fue como besar un trozo de carne sacada del frigorífico. Me detuve. Tan solo me respondió el silencio y la ausencia, pero aun así no había traza en mí de repulsión alguna. Era completamente natural, los mismos labios

que había besado hacía unos días.

Una vez le practiqué la incisión craneal y me deshice de su cerebro, me costó algo más seguir viéndola hermosa. De seguro que fui el hombre que había podido acceder a su cabeza con más detalle, de eso no había duda. Su cráneo se me antojó similar a una naranja pelada simétricamente, con todos los lóbulos al aire.

El Vampiro

—¡¿Qué demonios estás haciendo?!

Un potente llanto arrancó haciéndose eco en las oscuras dependencias alumbradas con candelabros de época. Su sangre había corrido como un torrente y viajaba a través de la cerámica del baño hacia el suelo de madera. Su cuerpo completo estaba sumergido bajo el agua a excepción del brazo derecho, el cual mostraba un corte superficial. Él la tomó enseguida en brazos y la sacó de la bañera empapada y aún entre lágrimas.

—Quiero morir, ¡mátame! ¡Por favor! Toma mi sangre y asegúrate de que no queda nada dentro de mí.

Una sonora bofetada fue la respuesta a aquella horripilante petición.

—¿Has perdido el juicio, o qué?

—No se merecía eso, Alistair. Ella no se lo merecía, te sirvió bien.

—Era una cobarde y se merecía cada gota de sangre que le arrebatamos por derecho —De nuevo, un llanto desconsolado. Alistair se acercó a Devorah y tomó su brazo aún sangrante—. Y tú ten cuidado con lo que deseas, ya has visto mi apetito...

Sus colmillos se hundieron en la muñeca de Devorah, ella emitió un gemido agudo que murió seguido de un calambre en las piernas. Dejó caer su cuerpo húmedo sobre las sábanas y permitió que aquel hombre succionara su sangre con un ímpetu enfermizo.

—Estoy cansada de este juego, Alistair. Ya no puedo más.

El hombre se limpió la sangre con el dorso de la mano y fijó sus ojos en los de ella.

—Eres mi mejor aliada, Devorah. Desde que te conocí. Mira todo lo que hemos conseguido juntos. Sabes que soy esclavo de esto, no puedo dejarlo.

Aún salpicaba algo de sangre desde la comisura de sus labios.

—Necesitas a un médico, Alistair. Alguien que pueda ayudarte.

—Ningún médico ha podido jamás ayudarme. Nunca. Soy así y la sangre es lo que necesito. La sangre es poder, la sangre me ha llevado hasta aquí.

De nuevo le hincó los dientes, esta vez perforó la piel de su muslo interno. Ahora el gemido de dolor fue mayor, su cuerpo se tensó con un espasmo y Alistair gimió excitado.

—Alistair, esto va a acabar muy mal.

—Es el sacrificio por nuestro éxito. La fortuna siempre me ha sonreído, querida, y yo a ella no la tiento jamás. Siempre es necesario hacer un sacrificio.

Devorah cerró los ojos y dejó que Alistair saciara sus ansias enfermas. Eran demasiados los pensamientos que atormentaban su cabeza, que la angustiaban hasta causarle una fuerte presión en el pecho. Los recuerdos junto a Mel se le agolpaban uno sobre otro, hundiéndola aún más en la miseria. Sus años de lealtad a Alistair habían convertido el *Graveyard* en su modo de vida. Había llegado tan lejos como su patrón siempre le había dicho, pero lo de Mel había sido más de lo que ella podía soportar, a pesar de que siempre pensó que sería capaz de tolerarlo todo.

Mel había sido para ella su refugio y su consuelo dentro de toda aquella locura. Cuando conocieron a Alistair, fue como encontrar a un gurú siniestro que les concedió el lujo más descontrolado, tan solo a cambio de peculiares peticiones que poco a poco fueron yendo cada vez más lejos. Casi sin darse cuenta, había accedido a atrocidades de las que no podía escaparse mientras dormía. Ni ella, ni Mel. Pero la mera idea de deshacerse de todo aquello era demasiado compleja. Devorah estaba metida hasta las mismísimas entrañas del asunto, era demasiado, no había escapatoria posible.

—Alistair, ¿alguna vez te has preguntado a dónde quieres llegar?

Una suave música de piano comenzó a sonar a través del hilo musical.

—Mi camino es la inmortalidad —dijo mientras acariciaba sus labios con las yemas de los dedos—. Mi camino siempre ha estado lleno de sangre, repleto de muerte.

—¿No te sientes vacío después de lo de anoche?

Alistair tomó unas gasas y apretó con fuerza en la zona del muslo de donde había extraído el precioso líquido que adoraba degustar.

—Lo disfruto —Se movió hacia arriba de la cama, incorporándose—. Y tú también, ¿no es así?

—Claro.

—Esa es mi chica —De nuevo la besó con pasión, arropándola con las sábanas de cama—. Somos depredadores, recuérdalo. Vivimos por encima de sus posibilidades porque somos superiores, porque no nos importa reconocer que somos verdaderos depredadores.

—Somos depredadores.

—Eso es.

—Somos superiores.

—Exacto, pequeña.

Se cubrieron con sus cuerpos y Devorah fue entrando poco a poco en calor.

—Si ellos no lo resisten, es porque son débiles.

—Sin duda, son débiles, fáciles de manejar. Por eso tú y yo siempre hemos prevalecido, princesa.

—¿Y si algún día somos nosotros los atacados?

—Nunca me han devuelto la dentellada, *sweety*. Ellos no tienen dientes.

Sonrío con sorna, mostrando sus poderosos colmillos blancos de fiera felina. Sus cuerpos se unieron una vez más, recorrieron sus partes como ya lo habían hecho otras veces y dejaron que la lujuria llevara la batuta. Devorah necesitaba abstraerse y rehuir de la pesadilla. Alistair se dejaba llevar por la euforia de la sangre y el fuego de la noche anterior, el rito siempre le dejaba muy excitado. Ambos pelearon con las sábanas y, finalmente, él cayó presa de un sueño profundo. Desde que conocía a Alistair observó que vivía siempre con el ritmo circadiano alterado, despierto en la noche y durmiendo durante el día.

Ella permaneció en vela, contemplándole. Si tuviera que elegir una carta de su viejo tarot para él, sería el Emperador. Era una persona autoritaria y mortífera al mismo tiempo. Se sintió poderosamente atraída desde que le conoció. Todo el mundo le obedecía y se ganaba la confianza de cualquiera. Desde luego no era tan solo una cara bonita. Pero Devorah también se percató de que vivía bajo el sello de la fatalidad desde el principio. Su visión y sus designios… Desmaterializado el velo del enamoramiento y la tensión sexual, le pareció un pobre enfermo. Un perturbado que había visto su sueño hecho realidad, que había visto su imperio de sangre construido.

—El show debe de continuar —dijo Devorah entre susurros mientras se arropaba con las suaves sábanas de algodón egipcio—. Hasta el final, cariño. Hasta el final.

10

Stewart

Las seis y media de la mañana y yo no había pegado ojo. Aunque tampoco era de extrañar, aquellas enfermeras parecían cobrar por cada vez que me cogían el brazo para estrujarlo con el manguito de la máquina de la tensión. Y mejor ni hablar de esa pinza que me pusieron en el dedo para saber si me estaba ahogando o no... Al parecer, me faltaba aire continuamente. Allí estaba yo, conectado al oxígeno y postrado en la cama como un jodido vejestorio. Santa paciencia. Mejor ni pensar en la intimidad, solo había una cortina que me separaba de un tipo que no paraba de devolver, ¡menuda porquería! Creo que era irlandés…

Mi mono se acrecentaba por momentos, necesitaba un cigarrillo o me iba a volver loco de un momento a otro. Traté de dejar mi cabeza descansar sobre una almohada de pésima calidad, de esas que no son de tejido, sino de envoltura de plástico. Parecía que trataba de dormir encima de un trapo metido en una bolsa de supermercado. Las sábanas estaban algo gastadas, aunque di gracias por no encontrar ninguna mancha olvidada por el servicio de lavandería. ¿Qué demonios me había pasado? Necesitaba coger un teléfono y ponerme en contacto con la comisaría.

¿Dónde había ido Roy? Pensé en tener unas breves palabras con el doctor e indicarle que necesitaba un alta inminente, siempre podía llevarme una de esas bombonas de oxígeno a casa y seguir con mis deberes.

Di unas cuantas vueltas más en la cama hasta que sonó una extraña alarma proveniente del colchón, éste se movió y empezó a bombear aire de un lado para otro. Diantres, ¡un jodido colchón anti escaras! Me dio un asco soberano, tan profundo que me hizo levantarme rápidamente de la cama y ponerme en pie. Me mareé, era como si la cabeza me diera vueltas sin moverme un solo paso. Mis piernas estaban débiles, por lo que notaba el peso de todo mi cuerpo sobre mis pies. Necesitaba un buen desayuno, así que descorrí la cortina y me decidí por salir a comer algo. Por supuesto que no iba a otorgar a la comida del hospital Victoria el beneficio de la duda.

—Buenos días, caballero. ¿Puedo ayudarle en algo?

Era la enfermera, aunque bien podría tratarse de dos al mismo tiempo, o incluso tres. Desde luego que ese era el concepto platónico de sobrepeso que existía en mi subconsciente. Debía de ser una *sister*[10]; con la autoridad me había topado.

—Buenos días. Ya que me han despertado sus subordinadas, me temo que tengo que ir a desayunar y hacer lo propio, usted me

entiende.

—No tiene por qué ir a ningún sitio, le van a traer el desayuno, le van a ayudar a asearse primero y después usted puede ir con la enfermera a dar un paseo si le apetece, ¿de acuerdo? Además, lleva la cánula de oxígeno en la nariz por lo que veo, y tiene que volver para que se la reconectemos a la toma de gas.

Me crucé de brazos. Esperaba que aquella señora estuviera bromeando conmigo, ¿con quién demonios se creía que estaba hablando? ¿Con uno de esos carcamales encamados? Miré el nombre que colgaba de su uniforme en una tarjeta de identificación:

«Sharon Wilson».

—Perdone, señora Wilson, ¿o señorita? La verdad es que me encuentro mucho mejor. No sé qué me pasaría ayer, el tiempo, seguro. Si no le importa, solo me ausentaré unos minutos, un rápido café, unas salchichas con huevos y estoy de vuelta.

Resopló como si estuviese aguantando las chanzas de un carcamal. Maldita sea.

—Si usted se ausenta, me temo que perderá la ronda del médico y no sabrá cuándo puede volver a casa.

—¿A qué hora viene el médico? Me encuentro bien, ¡de veras!

—Y no lo dudo, señor. Pero, según me han dicho sus enfermeras, sus niveles de oxígeno no son compatibles con el ejercicio que usted está realizando ahora mismo.

—¡¿Cuál ejercicio?!

—No estar en reposo, que es lo que usted debería estar haciendo justo en este momento.

¡Por la gloria de la espada de San Jorge! Me callé haciendo un gran esfuerzo, asentí con la cabeza y me di media vuelta. Sabía perfectamente qué hacer: Coger mi ropa, mis pertenencias y salir de aquel hospital tan rápido como pudiera. No sabían con quién estaban tratando. Me puse los zapatos y me cambié tan rápido como me lo permitieron mis lentos movimientos de persona en ayunas. El pecho lo tenía algo resentido, aún hiperventilaba. Me quité de un movimiento seco la cánula de oxígeno y miré entre las cortinas para comprobar que la *sister* se había retirado al puesto de mando de enfermería. Tan solo había dos enfermeras controlando las dos alas de la planta, ambas ocupadas con la dispensación de pastillas. Cogí mi sombrero y mi gabardina sin perder de vista a mis vigilantes de la salud.

Caminaba erguido y a paso ligero, derecho a la salida. Ya casi escuchaba el canto molesto de las gaviotas cuando una visión, como enviada de mis recuerdos, me paralizó en el acto.

—¿Ladybird? —Mi cuerpo se quedó en tensión y mi atención solo era acaparada por el acto de su presencia—. Quiero decir... Margaret, ¿qué tal estás? ¿Qué haces aquí?

—Mathew, no seas necio y vuelve a la cama.

Y volví a estar tan enamorado de ella como la primera vez que la vi, bendita mujer. Qué olor. Qué figura. Qué sonrisa. Qué gracia. Qué alegría le dio a mi vieja vista reencontrarse con su presencia.

—¿Qué dices? Yo solo he venido aquí de visita.

Ella rio enérgicamente, dejando sus perlados dientes a la vista. Su sonrisa era más cálida que contemplar el sol de otoño a través de la ventana.

—Vamos, Mathew. He hablado con Roy, estaba muy apurado porque necesitaba telefonear a alguien de la comisaría —Rebuscó en su bolso hasta sacar algo envuelto en una bolsa de plástico—. Toma, huevos con bacon. Los he comprado abajo, en la cafetería. Aquella mujer siempre había sido demasiado para mí. Cogí la bolsa y me volví derechito a donde estaba mi colchón anti escaras.

—¿Qué se te ha perdido aquí? —dije caminando despacio hasta mi antro de reclusión.

Jugueteaba con mi sombrero, como si en realidad no perteneciera a aquel lugar lleno de enfermos, como si caminara por la *Promenade* y estuviésemos dando un agradable paseo treinta años atrás.

—Roy me dijo que te habían hecho pruebas y que te encontrabas muy mal.

—¡Bah! Ese chico es un hipocondríaco. Es muy buen chaval, muy noble. Pero es un poco alarmista, ya sabes.

Tomé aliento disimuladamente, me costaba respirar de nuevo. Acerqué la silla junto a mi cama y se la ofrecí a Margaret para que se sentara.

—Muchas gracias.

Ojalá hubiese sido uno de esos momentos en los que yo me siento y pedimos un delicioso menú. Me senté sobre la cama y desenvolví aquel preciado desayuno traído del exterior.

—¿Cómo está Amanda?

Entonces me desvió la mirada, había tocado la tecla adecuada y la atmósfera se fue al garete. Las espinas se volvieron a clavar y su mirada ya no era tan limpia.

—Bueno, se casó. Lo sabes, ¿no? No vive lejos de aquí.

—Sí, me enteré. Espero que sea un buen hombre, ¿lo es? — Ella cerró los ojos como tratando de no perder su paciencia, y la entendía. Aquellos asuntos no me incumbían y me lo tenía bien merecido. Di un bocado a la salchicha y traté de normalizar un poco el ambiente—. Estás hecha una jovencita.

Movió la cabeza de un lado a otro. Sonreía como siempre, pero ya no me miraba. Me pregunté si habría rehecho su vida. Seguro que sí, conociéndola, era carne de cañón para cualquier divorciado del

club de baile al que seguro continuaba asistiendo.

—¡Oh! No. Los años no pasan en vano.

—Yo he envejecido peor, ¡mírame! ¡Más arrugado que una maldita pasa!

—Tampoco te cuidas. Estoy segura.

Tampoco me importa, quise decir. Pero me mantuve en silencio viendo cómo un mentecato asiático con una bata blanca, se aproximaba con un buen fajo de papelotes en su haber.

—Buenos días, señor Stewart. Un placer —Me estrechó la mano, aunque aquello no fue estrechar, con ese espíritu me pregunté qué demonios estrecharía en su vida—. Soy el doctor Ching, y usted debe de ser la señora Stewart, ¿no es así?

Le apretó la mano y ella se limitó a sonreír.

—Vamos a hacer esto rápido, muchacho. Yo me porto bien y nos vamos de aquí cuanto antes posible. Me encuentro de miedo después del desayuno y mi humor decae al mediodía, así que será mejor que me dejes volar pronto.

Aquello era una advertencia.

—¿Pueden acompañarme a la sala de familiares? La sala de familiares. ¿Qué carajo?

—Lo que me tenga que decir, dígalo ya y cuanto antes termine antes nos podremos ir.

—Es mucho mejor discutir estos asuntos en privado, señor.

—Guárdate el rollo para quien le importe. Venga, suéltalo.

La cara del médico era un poema, hubiera pagado por vérsela de nuevo.

—Mathew, por favor —dijo levantando la ceja—. Disculpe, doctor. Él siempre es así de cabezota.

Hacía años que no veía esa expresión tan familiar. La entrañable cara de la reprimenda.

—Está bien, vamos a la sala de familiares, pero no me vas a retener por eso, muchacho.

Aquella situación de nuevo, casi parecía que las cosas no habían cambiado en absoluto. La había echado tanto de menos, estaba seguro de que era la única persona en el mundo (junto a mi difunta madre, que en paz descanse) a la que hubiese seguido sin rechistar demasiado. La sala de familiares era una habitación pequeña con olor a curry, donde alguien debía de haber dormido la noche anterior a juzgar por los calcetines sucios y algo de pollo *Tikka Masala* que quedaba sobre un plato sin rebañar apropiadamente. Nos sentamos en sillas de plástico. Mi respiración estaba más acelerada que de costumbre, quizás necesitaba el oxígeno más de lo que imaginé, o puede que fuera el maldito olor a pies de la sala de familiares.

—Dime, chaval. No tengo todo el día.

Ladybird se sentó junto a mí. El pimpollo empezó a ojear el fajo de papelotes, le temblaba el pulso y chasqueaba la lengua sutilmente.

—En primer lugar, gracias por su tiempo. Tras todas las pruebas que se llevaron a cabo ayer, más las muestras que hemos tomado hoy, creo que tenemos un registro ilustrativo como para poder emitir un veredicto sobre su estado de salud.

Aquellas palabras parecían estudiadas, era como si aquel doctor estuviera recordando las lecciones aprendidas en un cursillo sobre cómo dar malas noticias. No era necesario, sabía lo que pasaba desde que me metió en la apestada habitación. Sus fórmulas eran patéticas y como siempre, se me agotaba la paciencia.

—Vamos, ¿qué tengo? ¿Me voy a morir? El médico bajó la mirada.

—Cállate, Mathew, ¿es que no ves que no dejas que los demás se expresen?

—Señor Stewart. Padece una enfermedad grave.

Fueron unos instantes de silencio en los que, inconscientemente, las tres personas que se encontraban en esa habitación comprendieron la gravedad de la situación, preparábamos nuestro cuerpo para la noticia.

—¿Cómo de grave? Podrá recuperarse, ¿no es así? Aún es joven —dijo Margaret.

—Depende de la efectividad del tratamiento, hoy día hay muchos medios y la quimioterapia, además de la radioterapia y la cirugía, brindan una esperanza de vida más que optimista.

Margaret me miró con lástima y aquello me asqueó.

—Tengo cáncer, ¿no?

—Me temo que sí, señor Stewart. Cáncer de pulmón.

Mi Ladybird se levantó de la silla y se llevó las manos a la cabeza. Yo tragué saliva y un enorme nudo atravesó mi garganta, ya no había nada que contestarle al médico junior, nada con lo que replicar o por lo que protestar. Ni siquiera se me ocurría una frase ingeniosa para aparentar que no me importaba, simplemente, permanecí sentado en aquella silla, frío. Queriendo pensar que esperaba aquellas palabras y que no me sorprendían; queriendo pensar que contemplaba aquella situación desde la afortunada vista de una tercera persona ajena. Queriendo gritar, abrumado por mi propio miedo a la muerte.

—Mathew, vas a ponerte bien. Tienes que luchar.

Ahora sí, ya estaba llorando. Me cogió de las manos y aunque era una sensación demasiado cálida y placentera, me deshice de su gesto de lástima para levantarme de la silla.

—Quiero el alta voluntaria.

—Señor Stewart, usted necesita tratamiento, de lo contrario…

—¿De lo contrario?

—Probablemente, morirá.

Margaret sollozaba, y a mí me compungía verla así, parecía revivir una vieja pesadilla.

—Bueno, todos morimos por alguna razón y yo ya no soy un mozalbete —Así que me erguí y enfrenté mi mirada a la del doctor Ching—. Déjame que firme el alta y no te daré más problemas, te doy mi palabra.

El médico me confrontó hábilmente sin pestañear.

—Señor Stewart, debo recomendarle, encarecidamente, que desista en su intento por firmar el alta voluntaria. Usted tiene muchas posibilidades de seguir adelante, de lo contrario no le conminaría de este modo, créame.

Y ahora venía el hueso duro.

—Por favor, Mathew, ¡deja de hacer el payaso! —Me apretó fuertemente, atrayéndome hacia sí, como si fuera la muerte a llevarme en aquel mismísimo instante—. Llamaré a Amanda y trataremos de llevar esto lo mejor que podamos.

Entonces, me dediqué a hacer lo que mejor se me había dado hacer en las últimas décadas, ahuyentar a todo aquel que sufriera por mí. No iba a permitir que Margaret cargara con un hombre viejo y enfermo, ni mucho menos. Se merecía algo mejor, se merecía una persona capaz de permanecer a su lado.

—Es tarde para jugar a las casitas, Margaret. No tienes que llamar a nadie.

Ni siquiera la miré a los ojos. Mi cuerpo estaba rígido y poco a poco me retiré de sus brazos.

—Bueno, yo les dejo a solas para que discutan este asunto. Si me necesitan pueden encontrarme en cualquier momento llamando a su enfermera.

—Gracias, doctor —dije finalmente.

—¿Cómo puedes ser tan ignorante? ¿Cómo puedes seguir tratando a las personas como si jamás hubiesen formado parte de tu vida? ¿Es que no te das cuenta de que sufro? Sufro aunque tú te hayas dedicado a ignorarme durante los últimos veinticinco años.

¡Eres un egoísta!

Ya había estallado, había tirado su bolso al suelo y me miraba con el rostro rojo de ira.

—Ya es suficiente, Margaret. No recuerdo haberte pedido que vinieras.

No me atreví a mirarla a los ojos cuando abandonó la habitación. No dijo nada más. Tan solo se oyó el portazo que hizo que uno de los marcos de la puerta cayera al suelo con sonoridad. Y allí me quedé, solo de nuevo, una rápida rúbrica sobre el papel rosado y ya estaba

permitido que me largase del hospital.

Roy

Le habían dado de alta pronto, menos de cuarenta y ocho horas y allí estaba el tío, apoyado en la esquina del pub y fumando uno de sus cigarrillos. Aún tenía mal color de cara, aunque tampoco es que normalmente destacase por un sano rosado. La comisura de sus labios estaba algo más endurecida que de costumbre. El *Albert and the Lion* era un pub de la *Promenade* donde acudían, por un lado, los solterones a ver carne y, por otro, las familias los domingos por la mañana. Aunque últimamente entraba fauna algo distinta, mis redadas en el barrio gay me enseñaron que el movimiento de la droga solía comenzar allí, junto al puerto, una vez cerraron una de las discotecas más grandes de toda Europa. La verdad es que nos quitaron un peso de encima con esa clausura.

Se limitó a darme unas cuantas palmadas en la espalda y pedir dos cervezas negras una vez entramos dentro. Estaba algo atestado el local, pero logramos llegar hasta una mesa lo suficientemente alejada como para que no pudieran escucharnos. Tenía que soltárselo todo.

—Señor Stewart, no he sido demasiado sincero con usted.

Una línea tirante en su rostro me indicó que me dedicaba algo parecido a una sonrisa complaciente.

—Si me vas a decir que eres un afeminado de esos no me sorprende, ¿entendido? —Dio un sorbo de su cerveza—. No se lo decimos a nadie y actuamos con naturalidad... Pero eso sí, ¡sin tocar!

Lo hacía para irritarme, de hecho, esas cosas antes conseguían sacarme de mis casillas. Sin embargo, después de lo pasado, ya me hacían gracia.

—No, señor Stewart. No es eso precisamente.

—Tampoco lo desmientes... —dijo, estallando en potentes carcajadas.

Bebió un trago muy generoso y justo después otro aún más generoso, no le había visto nunca beber tan rápido.

—¿Todo bien con el médico?

Tenía que haberle preguntado antes, pero, conociéndole, seguro que me mandaría a la mierda.

—Estupendamente.

—Genial, me alegro mucho.

—Suéltame lo que tenías que decirme, Roy.

—Tengo pruebas que demuestran toxicología en las bebidas del *Graveyard*, se podría hacer una redada.

—Vaya, no está nada mal, aunque para ser sincero no creo que sea el momento para hacer la redada —Dio el último trago a su pinta y prosiguió—. Antes tenemos que comprobar que el pájaro que buscamos se encuentra en el nido, ¿me entiendes?

—Lo entiendo perfectamente. Pero hay algo más...

—Dispara.

—Tengo un contacto dentro del *Graveyard*. Devorah. No es su nombre original. Sé que tienen algún tipo de archivo sobre Amy.

—¿Cómo lo has hecho?

—Su blog. Es un sitio en Internet donde ella solía contar partes de su vida. Definitivamente, fue el modo mediante el cual Amy contactó con el asesino, directa o indirectamente. No me costó ganarme la confianza de una de las chicas, tan solo me dediqué a leer todas sus entradas para tratar de imitarles.

—Maldita Internet, ¿no te das cuenta? No trae nada bueno

—Buscó en su billetera—. Ese descubrimiento se merece otra ronda, agente Benson —Por un momento aquellas palabras me llenaron de orgullo, creo que había dejado de verme como un pelele —. Y bueno, ¿con quién contactó Amy? No creo que se trate de esa tal Devorah...

—No, creo que el hombre al que buscamos es un tal Alistair.

—¿Crees?

—Sí, bueno, es un alias y fue con quien intercambió impresiones antes de... usted ya me entiende.

—¿Qué demonios busca ese tal Alistair en una muchacha como Amy? ¿Sexo? No la violó, la torturaron.

—Sangre, señor Stewart. En su sociedad, lo más importante es la sangre.

Entonces le enseñé de nuevo la cicatriz en el cuello.

—Degenerados... Tenemos que llegar al fondo de este asunto.

Por Amy y por Kyler.

Stewart dio un trago a la nueva pinta que había aparecido sobre la mesa. Yo le imité, antes realizando un ceremonial brindis.

—Mañana mismo he vuelto a quedar con Devorah, va a presentarme a sus amigas.

—Bien hecho.

—Es una red muy compleja, señor Stewart, si la viera... Hay muchísimas personas contactadas mediante Internet, jóvenes, principalmente. Mentes inestables que acuden al *Graveyard* a olvidar sus penas y muchos de ellos ni recuerdan lo que ha pasado al día siguiente. Es esa bebida, los recuerdos son tan confusos...

—Lo estás haciendo muy bien, hijo.

Traté de explicarle el contenido del blog y cómo Alistair se hacía pasar por un vampiro. El modo en el que conquistó a Amy, cómo

accedí al Graveyard dando el nombre de Alistair, las armas de seducción de Devorah… Pero Stewart estaba como en otro planeta, muy raro en él. Había bebido demasiado y para cuando di la charla por terminada lo llevé a su apartamento, lo dejé en su cama y lo arropé con una manta. Su respiración de nuevo estaba algo acelerada. Cerré con fuerza la puerta y volví andando de camino a casa.

Me pregunté de nuevo si recorría el camino correcto. Lo único cierto era que había sido tocado por la mano del destino y debía estar a la altura. Me volví a repetir a mí mismo las palabras dichas por Stewart en el pub mientras reflexionaba sobre el caso.

«Por Amy y por Kyler.»

11

Roy

Levanté la vista y me encontré con sus ojos color fuego. Mis pies estaban cálidos y el hambre me azotaba con fuerza. No era un hambre normal, pero no conocía la razón por la que sabía que, efectivamente, no se trataba de un hambre normal. Quizás lo había olvidado, quizás nunca lo había sabido. No deseaba ingerir un filetón de ternera rosado en su interior y tampoco uno de esos fabulosos desayunos que hacía *Franky and Benny's* los fines de semana. Se trataba de algo visceral, espiritual. Deseaba que aquellos ojos fuego se apoderaran de mi ser, de mi alma, y que no me dejaran respirar.

«Son seis los caminos que llevan hacia mí.
Primero déjame que te pruebe,
estate quieto y siéntate.
No nos conoces.
No me conoces.
Mantente en silencio.
Buen chico.
Ven.
Ahora que ya no tienes lengua,
ahora que ya estás vacío,
toma de la sangre, esclavo.
Tómala y calla.
Guárdala y perdura.
Guárdala y medra.
Ahora te has convertido en cazador.
¿Escuchas el sonido?
La Luna alumbrará tu camino.
Cabalga con la muerte,
susurra a sus oídos.
Pero ten cuidado, amigo.
Porque si aun así no me has encontrado,
será demasiado tarde para volver atrás.
Será mejor que te ofrezcas,
será mejor que te des.
Coloca tu cuerpo en un altar.
Perfóralo
y devuélveme mi sangre.
Devuélveme mi sangre.»

Aquellas palabras resonaron como un zumbido en mis oídos, por

un momento me sentí muy mareado. Visualicé una gran serpiente cuyos colmillos portaban un repugnante veneno que no podía ver, tan solo lo sentía, sabía que burbujeaba en sus fauces. El reptil me miraba con sus ojos amarillos esperando a que me distrajera para rodearme con su cuerpo escamoso. Mi estómago pegó un vuelco y me dieron arcadas. Me escocían las encías, cuanto más apretaba los dientes, mayor era mi alivio.

—¡Suéltame, maldita víbora!

Y sus colmillos eran aún más afilados, aún más gruesos y terroríficos. Y la serpiente fue poco a poco adquiriendo curvas de mujer, unas curvas que describían sensuales movimientos. El veneno emergía de aquellos colmillos como si fuera un manantial, solo que, en lugar de ser veneno, a mí me pareció sangre caliente que se vertió sobre mi cuerpo, provocándome una repugnancia aguda.

La sangre se secó y yo me quedé de nuevo dormido en un capullo escarlata y viscoso que parecía respirar por sí solo. Se escucharon rugidos, se escucharon muchas voces con diferentes tonos. Estaba rodeado de personas.

—¡Soltadme!

Y de nuevo, aquel cántico y un calor agradable que recorría mi anatomía. Todo adquiría diferentes formas en mi mente, podía ver una espiral azul y verde que me hacía sentir una fuerte presión en los ojos.

Olía a muerte y Amy estaba allí, conmigo, metida en el capullo de sangre que yo había escogido como mi hogar. Ella tenía los ojos abiertos y me sonreía a pesar de no poder mover su cuerpo. Me di cuenta de que era un cadáver, solo que sus ojos estaban vivos. Seguía sonriendo, aquellos ojos azules me inspiraban ternura.

De nuevo, rugidos y la sombra de la serpiente en los muros de una mazmorra que se desvaneció en segundos. No recordaba dónde estaba y tampoco importaba. De hecho, ahora escuchaba el sonido de los cláxones de los coches y el murmullo de la gente que iba y venía en el centro de la ciudad.

Decidí cubrirme con una capa oscura, la luz del sol me molestaba. Primero, me irritaba los ojos; luego, me di cuenta de que había levantado vejigas en mi piel pecosa. Corrí a guarecerme cerca del *Coral Island*, el mejor casino de la ciudad. Estaba completamente vacío. El corazón me latía tan fuerte que parecía que fuese a salirse de mi cuerpo. Pero, ¿yo no estaba muerto?

Entonces, se me paró el corazón y lo descubrí servido allí, frente a mí, en un plato de un blanco impoluto, sobre la mesa del famoso restaurante del *Coral Island*. Aún estaba algo sanguinolento, pero el olor era verdaderamente apetitoso. Con un poco de mayonesa debía de estar soberbio. Soberbio. No era tan blando como esperaba, tenía fibras que se enganchaban en mis dientes y una parte gomosa, pero

estaba bien.

Con mi corazón en el estómago todo era mucho más fácil. Salí del casino y me elevé entre las nubes, vislumbré el *Graveyard* y el viejo coche del señor Stewart. No había nadie al volante. La comisaría había desaparecido, pues habían ampliado el campo de golf del *Stanley Park*. Me elevé tanto sobre las nubes que perdí de vista la ciudad, que se quedó abajo, con sus luces pasadas de moda y esos carteles con actores que imitaban a *Elvis* y a *Madonna*. Ahora, las aguas negras del mar lo habían devorado todo.

El agua era negra y el cielo también. La excitación se turbó, y entonces recordé que debía telefonear al señor Stewart, no le había mostrado los registros de los blogs de Internet. Sin embargo, las alas negras que habían crecido a mis espaldas comenzaron a desvanecerse y mi peso se precipitó hacia las oscuras aguas que me engulleron como un terrible monstruo.

—¡Ayuda!

Las aguas se pegaban a mi piel y no me dejaban respirar, me cubrieron por completo hasta llegar a mis órganos internos.

—¡Nooooooooo! —grité hasta quedar sordo.



Abrí los ojos y me sorprendí a mí mismo sobre un sofá de terciopelo rojo.

—¿Te encuentras bien? —Era una voz femenina.

La cabeza me iba a estallar. Estaba en el *Graveyard* y había perdido por completo la noción del tiempo y el espacio.

—Sí, creo que ha sido un mal sueño —le respondí, cayendo en la cuenta de que jamás la había visto.

Era una mujer de muy corta estatura, no llegaba a los veinte años y sus ojos azules eran grandes y atentos.

—Encantada.

Me ofreció su manita, porque era una manita pequeña de dedos finos y elegantes. Su cabello dorado lo llevaba recogido con dos coletas infantiloides a ambos lados de su cabeza.

—Valder.

Comprobé que tenía las gafas de sol puestas, me daban seguridad en mí mismo.

—Yo soy Lila.

No articulé palabra, no podía mostrar emociones de ningún tipo. Comencé a recordarlo todo. Ese día había quedado en acudir al *Graveyard*, a petición de Devorah. Mis días como reservorio parecían haber llegado a su fin. Todo fue bien hasta que tomé de la bebida que

me ofreció ella justo al llegar. Parecía que era requisito indispensable estar confuso mentalmente para poder entrar a formar parte de aquella extraña sociedad de sangre. Tenía una fuerte quemazón en la nalga, lo que me hizo sospechar que me administraron también algún tipo de calmante. En aquel momento podría haber denunciado a la policía, aunque la verdad es que estaba demasiado ebrio como para resultar creíble, yo mismo me hubiera reído al ver mi propio estado.

Había una puerta de madera oscura que permanecía cerrada frente a mí y Lila. La chica, al no obtener conversación por mi parte, miraba hacia otro lado agachando la cabeza mientras se rascaba una y otra vez uno de sus brazos. Su ropa barata denotaba una baja clase social, a pesar de que la había elegido con gracia. Una falda vaquera, algo agujereada, mostraba sus piernas a través de unas medias de red que se cubrían al llegar bajo las rodillas por unas vastas botas de soldado que debían de ser varias tallas grandes. No llevaba bolso y se toqueteaba el pelo con frecuencia mientras miraba de un lado a otro.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Decidí que, si quería hacerme respetar y extraer algo de información, tenía que dejar claro quién manejaba el ritmo de la conversación. Ella parecía muy sorprendida ante la pregunta e incluso me pareció adivinar un resquicio de vergüenza en su rostro camuflado entre demasiada base de maquillaje blanco.

—Bueno, ando un poco corta esta semana...

¿Se refería a dinero? ¿Hablaba de droga? ¿Sangre? ¿Qué demonios había ido a hacer? Valder había acudido allí por mera promiscuidad, supongo que uno no anda corto de algo así...

—¿Vienes a menudo?

—Es la primera vez, ¿conoces a Devorah? ¿Eres su amigo?

—Sí, la conozco —Así que metían allí a cualquiera... ¿Cómo habrían contactado con ella? —. ¿Fue ella quien te citó?

También debía tener cuidado con mis preguntas, quizás nos estuviesen grabando en ese justo momento.

—No exactamente. Suelo venir al pub, me gusta.

—¿Te gusta la música?

—La música, la gente, el ambiente... Me encantaría trabajar aquí, pero no necesitan camareras... ¿Eres tú el fotógrafo?

Aquello sí que era interesante.

—No.

Arrugué los labios y giré el rostro.

—Entonces, ¿tú has venido también por la sesión?

No le contesté, me saqué un cigarrillo y me lo encendí. Ella volvió a rascarse, e incluso se retiró de mí un poco, desplazándose hacia el extremo del sofá aterciopelado. Creo que también se mordía las uñas. Era una pena no recordar en qué zona del local nos

encontrábamos, parecían haberlo hecho a propósito.

—¿Listos? —preguntó una voz familiar.

Era Devorah, una vez la puerta negra se abrió, su figura perfilada en el umbral resultaba inconfundible. Era una mujer tóxica y dañina, ya no me provocaba ningún estímulo, nada en absoluto, era como ver una alimaña asomarse, tan solo quería liquidarla.

—Por supuesto —le enuncié.

Me levanté y Lila me siguió con rapidez sin emitir ningún sonido.

—Espero que no os importe si cierro la puerta, el ambiente es más íntimo y nadie tiene por qué molestarnos.

Su acento, ya lejos de provocarme atracción, me empalagaba como un cóctel demasiado dulce.

Era una sala enorme que parecía un mini estudio de televisión. Había cámaras, focos, decorados de diferentes temáticas... Desde la celda de una mugrienta prisión hasta una pequeña capilla oscura con un ostentoso altar.

—Lila, ¿no es así? Toma, te mantendrá tranquila —La chica tomó la pastilla y se la tragó junto con un sorbo de algún tipo de bebida alcohólica que le había tendido amablemente Devorah. Las manos le temblaban—. Con respecto a ti, Valder, necesito que te vengas conmigo.

La seguí mientras otra persona se llevó a Lila hacia una habitación desde donde podía verse el set de rodaje sin ser visto por nadie. Los cristales de aquel lugar estrecho me resultaron familiares desde que entré, eran justo los mismos cristales que solían usarse para las salas de interrogatorio en las películas, ni la sala de Blackpool disponía de esa tecnología.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —inquirió aquella víbora.

Se sentó sobre un sofá de cuero negro y cruzó las piernas lentamente, a sabiendas de que mi mirada iba a desviarse inexorablemente hacia su falda ajustada.

—No, me encuentro bien.

En realidad estaba mareado, estaba deseando salir de allí.

—Genial. Ven aquí conmigo mientras Lila se prepara, ¿sabes lo que vamos a hacer, Valder?

—No lo sé, pero seguro que será apropiado si puedo servirte de algún modo, señora.

Sumisión, eso era lo que buscaba y eso era lo que iba a tener.

—Necesitábamos tener esta conversación, Valder —Devorah se acercó a un mini bar de donde extrajo dos vasos gemelos. Vertió un poco de whisky y me lo tendió con hielo y una sonrisa complaciente —. ¿Qué buscas, Valder?

No sabía qué contestarle. No estaba tan dentro de la piel de mi personaje a representar. Lo mejor era dar una respuesta vaga, pero

debía ser lo suficientemente creíble. La mayoría de personas que se encontraban tras ese tipo de sociedades eran muy inseguras, con un pasado oscuro, así que decidí jugar el rol del proscrito.

—Escapar.

—¿Escapar de qué?

Devorah me cogió de la mano y me arrastró hacia el sofá. Me miraba fijamente, como tratando de extraer toda la información residente en mis recuerdos.

—De mi vida.

—¿Qué es lo que no te gusta de tu vida, Valder?

La esquivé durante unos segundos para visualizar cómo desnudaban a Lila y le colocaban un camisón blanco transparente que dejaba poco a la imaginación.

—He tenido desengaños.

Me guarecía tras la piel de piedra de Stewart.

—Podemos ofrecerte un lugar, podemos darte compañía, calor y una causa por la que vivir —Posó sus manos sobre mi cabello y comenzó a acariciarlo despacio—. Serías algo así como un soldado —Rozó con sus labios mis mejillas, su aroma volvió a conquistarme de nuevo, no pude evitarlo—. Solo tengo que asegurarme de que no tienes ninguna otra causa más importante.

—Pero, ¿de qué tipo de guerra estamos hablando?

—No hay ninguna guerra, pero desde luego sí una causa.

La tomé de la cintura y la atraje hacia mi cuerpo. Ante todo, tenía que demostrar que me derretía ante ella como la mantequilla, aunque nada estaba más lejos de la realidad. Aquella mujer me daba miedo.

—¿Cuál es la causa? Entonces, te diré si es digna o no de defender. Aunque, si ofrece recompensas como esta...

Me permitió cruzar la línea, me permitió tocarle los pechos y masajearlos de un modo repulsivo. Yo lo hice con saña, a sabiendas de que lo hacía con ánimos de llevarme a su terreno.

—Las ofrece, Valder. Créeme. ¿Ves a Lila? —dijo mientras señalaba a la chica que reposaba sobre un altar inmaculado—. Va a ser tuya en unos minutos —Ella sonrió y dejó que su escote cayera un nivel por debajo—. Y seguro que no será solo ella... ¿Sabes lo único que tienes que hacer a cambio?

—Soy todo oídos.

Mis labios fueron a besar la suave piel de sus pechos.

—Tan solo tienes que hacer el voto de silencio, sé que has oído hablar de Alistair y sé que has oído hablar de nosotros antes... Dime, ¿qué es lo que sabes?

Ahí era cuando debería mencionar mis indagaciones en Internet.

—Él es inmortal.

—Correcto. Alistair es un vampiro, ¿lo crees? ¿Crees que pueda existir algo así? ¿Crees en el poder de la sangre?

—Creo que la sangre es poder desde siempre, desde que el mundo es mundo.

—Pero no lo has visto, a veces hay que ver para creer.

—¿Podría verle?

Ella río divertida ante mi pregunta.

—Hay muchas cosas que necesitas hacer antes de eso. Te explicaré sobre nuestra sociedad. Te explicaré todo, pero antes necesito lo principal.

Esperé, sin asentir, a que me expusiera las condiciones de aquel peculiar contrato.

—Para ser un portador de la sangre, necesitas agarrarte a los seis preceptos, el voto de silencio es el primero —Devorah se levantó del sillón y llevándose las manos tras la cintura observó cómo Lila temblaba indefensa ante los desconocidos designios de los que se encontraban al otro lado—. Pero es el precepto de la hermandad el que te constituye como miembro. Aunque para ello te queda mucho que ver...

—¿Qué va a ocurrirle a Lila?

—Lila aún se resiste a ser reservorio, no quiere darnos su sangre. Pero quiere entrar, así que le hemos prometido ayuda a cambio de una sesión fotográfica, eso la ayudará a entrar en materia y quién sabe... A lo mejor se anima a ser reservorio.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Tiene deudas que no puede pagar.

—¿Hacéis pornografía?

—Mucho más selecto que eso, solo los portadores de la sangre pueden disfrutar de nuestra red, de nuestros beneficios. Somos un club muy selecto, amigo.

—¿Todos los portadores hacen pornografía?

—No, tan solo los que necesitan de esa ayuda, ¿entiendes? Ayudamos a la gente, les alentamos y luego les proyectamos hacia lo más alto. Yo misma empecé como ella, fue el mismo Alistair quien me ayudó a salir de aquel agujero infecto donde me ganaba la vida.

—¿Y qué ganáis?

—¿Qué ganas tú? ¿Qué gano yo? La sangre simboliza el poder, Valder. Desde el principio de los tiempos hasta nuestros días. La jerarquía social, las naciones, los imperios... Desde los albores de la humanidad se ha derramado la sangre del contrario para sobreponerse al mismo. Los portadores somos conocedores de esa filosofía y nos atrevemos a practicarla. Seguimos al pie de la letra la ley de la selva, la ley del más fuerte, seguimos nuestros instintos y no nos avergonzamos ante el placer.

—¿Os alimentáis siempre de sangre?

—Es un símbolo, Valder. Así conseguimos honrarle a él, el primero y el único.

Entonces se hizo el silencio, no me convencieron sus palabras, pero tenía que aparentarlo, así que fingí reflexionar por un momento. Aquello era un nido de desechos sociales. Una lástima.

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Tienes que poseer a Lila, hazla tuya. Tienes que quitarle la decencia, reducirla a cenizas y asegurarte de que no le queda nada.

—Tengo una condición.

—Habla.

—No quiero mostrar mi rostro.

Ortega

No podía tratarse del mismo autor, aquel ensañamiento sobrepasaba la barrera de lo estéticamente atractivo. No le quedaban dedos en las extremidades, le habían practicado una ablación completa, cortado la lengua de raíz y le habían extirpado el globo ocular derecho. El cadáver estaba fresco y coincidía con el retrato robot. El ADN cotejado con la base de datos y la muestra de piel bajo las uñas de Kyler, nos dio enseguida una identidad. Melena Alfirevic, de treinta y tres años y un metro sesenta y ocho de altura. Su cuerpo apareció en el campo de golf, a escasos metros del *Stanley Park*, en el hoyo dos.

—¿No crees que pueda ser el mismo asesino, señor Ortega? —me preguntó Roy Benson, el chico de los recados del Marshal. Había cambiado drásticamente de *look*, ahora parecía que tenía personalidad, una cutre, pero la tenía. Aunque esa perilla y el peinado hablaban de una adolescencia aún demasiado patente.

—Diría que no, diría que, si lo fuera, algo ha cambiado en él. Los patrones son muy diferentes. Aunque persiste esa marca mandibular... Diría que se trata de la misma.

El caso había corrido de boca en boca con una pasmosa rapidez, atribuyendo el homicidio al mismo asesino de Kyler y Amy. Le habían bautizado «el vampiro del Stanley» y la gente evitaba el paso por el lugar. Los niños ya no osaban jugar alrededor de la zona y el parque se había llenado de curiosos que miraban cada esquina a la espera de que apareciese un nuevo cadáver al día siguiente.

—¿Qué hace diferente a este cuerpo?

—No hay recreación, veo el daño por el daño, veo unas ganas terribles de arrebatárselo todo.

—¿Puede ser otra persona?

—Podría ser, nos llevamos el cuerpo para un estudio más exhaustivo. Tenemos que informar a Stewart, ¿dónde está?

La mutilación de la lengua era un mensaje muy claro y las sospechas de que podría tratarse de el asesino de las dos mujeres anteriores ponía de manifiesto que había más personas inmiscuidas que temían por la confidencialidad de sus actos. Tan solo se podía tener clara la hipótesis si continuaban los asesinatos. No sabía por qué demonios me preguntaba ese muchacho acerca del caso, no era mi trabajo. Mi trabajo consistía en extraer toda la información posible a Melena y dejar aquello a los sabuesos, yo era un artista.

12

Richard McLeod

Las campanadas de la iglesia me anunciaron que ya era media noche. El asfalto estaba húmedo y sobre los charcos de Queen Street se reflejaban las luces de las brillantes bombillas del karaoke y el rosa neón del letrero de la discoteca *Kaos*. Eran como pequeños espejos de multitud de colores. Dejé a Devorah dormida, aún torturándose por el sacrificio de Mel. Yo estaba relajado, tan solo tenía que volver a casa de Heather para amanecer con ella y aparentar que era un marido normal.

La verdad es que la odiaba, y cada día con más intensidad. La hubiera ofrecido como ofrenda, pero lo cierto es que desempeñaba su función a las mil maravillas. Además, sería de mal gusto ofrecerla a ella, o a cualquier miembro de la familia Hall. Jamás había visto mentes más simples que las de aquella familia de pueblerinos. Heather estaba destinada a servir, no tenía potencial estético, ni siquiera me excitaba. Desde su juventud me seguía a todas partes y fue un juego de niños atraerla y manipularla a mi voluntad. El asunto de la criatura me provocaba ansiedad, prefería no pensarlo. Nos habíamos casado y a la condenada le atacó el deseo de darle uso a la cama nupcial. No pensé que se fuera a quedar embarazada tan fácilmente.

Giré dejando atrás la calle del teatro y tomé un atajo para ver el *Winter Garderns*. Las grandes letras azules en el arco de entrada y los azulejos blancos daban testimonio de su pasada gloria, allá por los años cincuenta. Ahora los azulejos estaban amarillentos y, la mayoría, desconchados. Por la época debió de ser un lugar fenomenal, al resguardo de la lluvia, los grupos de gente llenaban los salones de baile, e incluso había oído que ponían películas y se hacían espectáculos de variedades para todo el mundo. El piso de Amy estaba muy cerca. Divisé su ventana. No había ninguna luz encendida y nunca más la habría. Amy había muerto. Había muerto en mis brazos. Y no habrá, nunca jamás, brazos donde encuentre el consuelo que encontraba en los suyos. Desde la más tierna infancia me había acostumbrado a probar sus labios y desde entonces, a pesar de que yací con incontables mujeres y hombres de características genuinas, no me proporcionaban el sosiego que ella, sin querer, era capaz de proporcionarme.

Pero se negó. La mera mención de mi nombre le asqueaba, le recordaba las tardes en casa de mi padre. Maldito bastardo. Aún recuerdo cuando me manché las manos de sangre por primera vez, mi bautismo de fuego. El día que me convertí en el heredero de mi padre y el mundo se rindió a mis pies.

Hacía mucho tiempo que no iba a visitarle. Yo había terminado mis estudios de Lingüística y Literatura y tenía ya revisada una novela de vampiros. Quería proponerle promocionarla a sus contactos, o pedirle algún que otro teléfono para poder encontrar un agente editorial. Así, por lo menos, ser el hijo de Stephen Mcleod podría granjearme alguna ventaja vital. Llamé a la puerta de la mansión que me vio nacer, ni siquiera tenía la certeza de que quisiera verme. Supongo que el haber cumplido la mayoría de edad me eliminaba de su lista de prioridades en diversos sentidos.

Tras varios intentos, nadie contestó a mi llamada, ni siquiera el mayordomo. Decidí entrar por uno de los huecos entre los setos, por la puerta trasera, y esperando que la del servicio permaneciera abierta, ¿cómo podía ser posible que ni un alma estuviera dispuesta a abrirme la puerta? Quizás, de una vez por todas, mi padre se había desentendido de mí por completo, pensé mientras rodeaba la lujosa villa. Era una mansión clásica de estilo colonial, con grandes balcones de forja negra y conglomerado de piedra oscura sobre cal blanca adornando la gran fachada.

Yo siempre pensé que la culpabilidad le consumía y que me permitía entrar en su casa y pedirle todo el dinero que necesitaba, precisamente, por los abusos a los que Amy y yo estuvimos expuestos durante nuestra infancia. Pero claro, una vez pasados los años conflictivos, corrió un tupido velo y aparentó que eso nunca jamás había pasado. Creo que eso era lo que más me indignaba de todo. Y yo era demasiado débil como para enfrentarme a él y hacerle reconocer que lo que hizo con nosotros fue una injusticia. Tal vez no era capaz de hacerlo porque remover la herida solo conseguía volver a traerme un dolor que me volvía loco.

Gracias a los astros, aquella situación llegó a su fin el mismo día que llamé a su puerta sin obtener respuesta. Por suerte para mí, la puerta trasera estaba cerrada, pero no con llave, y el hueco en el seto del jardín trasero seguía intacto, aunque yo ahora era demasiado grande para entrar por ahí, así que tuve que hacerme paso cortando alguna que otra rama con mis propias manos.

El caserón estaba desierto. No había nadie trabajando en las cocinas y estaba todo limpio y preparado, como si lo hubiesen dejado todo listo para el día siguiente. Los utensilios de cocina brillaban relucientes. Atravesé el pasillo que daba a la habitación de lavandería y planchado. Mis pasos resonaron en el hall de entrada con la intensidad con la que lo haría alguien entrando a una iglesia. El silencio, solo roto por el eco de mis pasos, se desvaneció al percibir una melodía seguro procedente de los niveles superiores. Sonaba *San Telmo* mientras subía los escalones al piso superior.

El equipo de música de mi padre era de una potencia prodigiosa,

casi podía escuchar el chasquido de los labios de la vocalista de Tarantella. Los ventanales debían de estar abiertos, pues fluía una leve corriente que erizó el bello de mis brazos. Los recuerdos vividos en aquella terraza me embargaban conforme avanzaba hacia la gran piscina donde tantas veces había tenido que bañarme. Cuando era un niño odiaba tener que exhibir mi cuerpo raquítico a los rayos del sol, si tan solo hubiera podido resguardarme tras un traje de baño…

Jamás olvidaré aquella imagen. La imagen que hizo que me convirtiera en «el vampiro», en el devorador de almas, la perdición del incauto. Aprendí del mejor. Aprendí que, para sobrevivir, uno debía convertirse en el lobo feroz. El arrugado y seboso cuerpo de mi progenitor, el mismísimo Stephen Mcleod, el multimillonario viudo que donaba millones de libras a obras de caridad, yacía sobre una colchoneta rosa de piscina mientras una pequeña niña asiática cabalgaba sobre su asquerosa barriga.

Me consideraba un ser pacífico, artístico, introvertido y con tendencia a ser manipulado con facilidad. Siempre que tenía que respetarme a mí mismo y verbalizar una protesta tendía a guardarla en el interminable saco de Richard, y ese extraordinario saco de sufrimiento un día estalló, justo en la lujosa piscina de la residencia de Stephen Mcleod.

El viejo trató de reincorporarse dando una patética voltereta, dejando a la niña desnuda sobre la colchoneta rosa. Su piel estaba tostada por el sol y sus asquerosos pezones estaban erectos, al igual que su repugnante miembro viril. No alcanzaba a articular palabra alguna y yo tampoco. Ambos sabíamos que la historia volvía a repetirse y las edades cada vez tendían más a la baja, aquella chiquilla no llegaba a los siete años.

Ni siquiera tuvo la decencia de justificarse, como siempre. Tan solo escuché el silencio. El mismo silencio con el que escondió las fatídicas aventuras en las que Amy y yo nos veíamos envueltos. El mismo silencio que yo nunca había tenido el valor de romper. La pequeña me miraba asustada, tratando de esconder su cuerpecillo tras la colchoneta. Sus manitas eran tan pequeñas, su cuerpecito… Me recordaba al de Amy.

Una furia profunda y desconocida se apoderó de mi cuerpo y sin darle tiempo a mi padre a abrir la boca para que me manipulara con sus palabras, me tiré a la piscina y le agarré del cuello, dejando mi manuscrito caer al agua de la piscina con forma de riñón. Mis manos envolvieron su gordo gaznate aprisionando sus palabras, su ponzoña, sus mentiras. Le presioné tan fuerte que sus uñas se clavaron en mis hombros, pero yo no sentía dolor alguno.

Jamás sospeché que fuera capaz de imprimir aquella fuerza sobre un ser humano. Nunca la había empleado como aquel día. Apreté sin

piedad, con placer, contemplando cómo sus ojos comenzaban a inyectarse en sangre, cómo se salían de sus cuencas. Mis labios dibujaron una sonrisa de satisfacción. El maldito había vuelto a beber, lo sabía porque perdía sus fuerzas, lo sabía porque ni siquiera se le levantaba cuando bebía tanto y tenía que tomar viagra en muchas ocasiones para terminar la faena. Desde luego, en aquellos momentos estaba bien provisto, pues seguía ridículamente erecta a pesar de la situación en la que nos encontrábamos. Aprovechando mi posición de ventaja, lo empujé hacia el fondo de la piscina en la que ambos hacíamos pie sin problema alguno. Sus rodillas no tardaron en ceder ante mi energía en ebullición, que aumentaba por segundos. Mi manuscrito (que al principio flotaba sobre las aguas) había comenzado a hundirse. La historia de Alistair el vampiro se desvanecía, se hundía en el olvido, se la tragó mi ira y mis horribles recuerdos de infancia en aquella maldita mansión.

A causa de la falta de oxigenación, su rostro había comenzado a enrojecerse, y se hizo aún más patente cuando sus rodillas cedieron a mi fuerte impulso. Ya no disfrutaba de ese repulsivo tono rosa cerdo que le caracterizaba. Las aguas movieron la colchoneta rosa como si de una fuerte ola se tratase. La pequeña no desviaba la mirada de lo que yo estaba haciendo, me observaba con los ojos bien abiertos, tratando de asimilarlo, quizás de juzgarlo.

Mi mente viajó a las obras de teatro que mi padre nos hacía representar en el jardín. Al cabrón le gustaba el drama. Mi mente viajó a la primera vez que, sin saber si estaba bien, mi padre me ordenó que desvistiera su cuerpo, que retirara el precioso vestido de princesa que había comprado para Amy. Ella estaba triste, era como si inconscientemente supiera que todo aquello era fruto de una mente enferma, que no estaba bien, que era antinatural observar cómo se tocaba mientras nos miraba.

«¿Quién es el más fuerte ahora, cabrón?»

Con mis propios dientes, emulando a mi héroe, a mi propia creación, agarré con la fuerza de una mano su cuello y con la otra me ayudé para desgarrar su carne. Al principio me pareció demasiado duro, pero conforme mis memorias se tornaban más intensas no me resultó difícil focalizar todas mis fuerzas en morder a ese desgraciado. Mordía, masticaba su carne, y con una excitación animal la escupía al agua de la piscina. Al principio la herida era superficial, pero pronto di con su arteria, el pulso era poderoso y mis dientes deseaban más. De nuevo, una potente dentellada. Era pura rabia, puro instinto, pura locura. Cuando su sangre comenzó a brotar con fuerza de su vaso vital abandoné la presa para escucharlo gritar.

Mis manos estaban rojas, la piscina había comenzado a teñirse y yo nunca jamás me había sentido tan bien. Aquel cabrón había recibido su merecido y ahora yo tenía el poder.

«La sangre es poder.»

Stephen Mcleod, hiperventilando, se dejó caer sobre el bordillo de la piscina sin fuerzas suficientes para apretarse la herida. Era demasiado tarde para él. El sol había comenzado a ocultarse y ya hacía algo de frío. Balbuceaba con torpeza mientras hacía el intento fútil de inspirar sus últimas bocanadas de oxígeno. Sus ojos abiertos de incredulidad aún trataban de asimilar aquella dantesca escena. El karma se la había devuelto por sorpresa. El propio peso de su cuerpo lo sepultó bajo las rojas aguas. La colchoneta flotaba sobre sangre. La pequeña me miraba compungida. Yo no era su salvador, y no me miraba como tal. Yo era un monstruo, un vampiro, un devorador de personas. Me había convertido en Alistair.



Por eso traté de atraerla a mi mundo, a mi trono de sangre, para que fuera mi reina. Para rescatarla de su desdicha y de sus atormentados recuerdos. Pero ella no logró entenderme, no imaginaba que tras el misterioso Alistair pudiera esconderse su vergonzoso secreto, Richard Mcleod. Cuando me reconoció, su rostro me devolvió una mueca de repugnancia que me consumió de furia. Supe que nunca sería mía.

Crucé la calle para recoger mi coche, que estaba aparcado cerca de la escuela de danza. Un Mercedes nuevo, reluciente. Me subí en el vehículo y emprendí el camino hacia Freckleton, el pueblo de paletos de la que sería, dentro de poco, mi esposa para con la sociedad.

Ella pensaba que yo era un hombre de negocios, que recorría Inglaterra en coches caros, trenes ultra rápidos y aviones privados. Lo cierto es que lejos de haber tratado de postergar las millonarias empresas de mi padre, invertí el dinero en los pubs nocturnos de la *Promenade* haciendo más dinero del que nunca sospeché. Tenía acciones en la mitad de los negocios de Blackpool. La ciudad estaba a mis pies, hasta los narcotraficantes tenían que vérselas conmigo para introducir sus mercancías en la ciudad.

Disfruté del trayecto en coche a toda velocidad, la autopista estaba casi desierta. Nadie me detendría y, si lo hacían, sabían que yo era lo suficientemente poderoso como para desgraciarles la vida. Durante todos estos años no solo me había dedicado a vivir de la vida

nocturna, había creado mi propia sociedad vampírica, mis propias normas. Tenía cordiales relaciones con políticos, economistas y poderosos empresarios del país. El Culto de la Sangre, tal y como se describía en mi novela, existía de verdad y todos estaban a mis pies.

La aburrida casa de Frekleton aún tenía las luces encendidas. Ella me esperaba despierta con una patética cenita romántica sobre la mesa. Le di un estéril beso en la mejilla mientras trataba de sacar fuerzas de flaqueza para no matar al maldito chucho. Me hablaba, me preguntaba cosas y yo asentía mientras continuaba sumido en mis pensamientos, divagando sobre los detalles del ceremonial para el Rito, de cómo debía oficiar y preparar a la chica. Era un espécimen algo burdo, pero acostumbrado a aquella mujer que me acababa de servir puré de patatas congelado, se trataba de un bocadito altamente refinado.

—Me voy a la cama. Hoy no pareces estar muy hablador, cariño —dijo mientras recogía su plato, al que le había faltado sacarle brillo con la lengua.

Como si a mí alguna vez me hubiese interesado hablar con ella…

—Lo siento, amor. Estoy agotado.

Ella sonrío, dejó los platos sobre la mesa y comenzó a darme un masaje en los hombros. Aquellos dedos no estaban hechos para ese arte, eran gruesos, torpes e incapaces de dar placer a un hombre.

—Estás muy tenso, tienes que relajarte. Yo me ocuparé de ti. Me estaba poniendo de mal humor.

—En serio, cariño… ¡Para!

Ella detuvo el masaje y con el rostro ensombrecido volvió a la mesa a recoger los platos.

—Nunca, nunca seré lo suficientemente buena para ti… ¡A veces es como si no sintieras nada por mí!

Siempre simple, siempre lerda, siempre a la sombra de la inteligente y dulce Amy Martin. Siempre a la sombra de cualquiera.

—Ven aquí —Me levanté de la mesa y la tomé en mis brazos—. No te enfades conmigo.

Ella se aferró a mí como un clavo ardiendo, un par de besos superficiales y se fue a dormir con una sonrisa estúpida en su rostro. Yo ya había cumplido.

Una vez estaba arropada en su cama, encendí mi ordenador. De nuevo me pasé por *Endless Dark*, de nuevo me vi contemplando sus fotografías, su rostro, su cuerpo. Era como si nada hubiese pasado, como si ella siguiese viviendo y en cualquier momento pudiera acudir a ella con la excusa de sus comprometidas fotos. Esas fueron mis únicas herramientas, mi único modo de llegar a ella. De someterla.

«Richard, me das asco. Me dabas asco y siempre, SIEMPRE me darás

asco.»

La demacré, la flagelé, la castigué. Pero no conseguí absolutamente nada, tan solo aumentar mi odio hacia mí mismo y mi sed de autodestrucción.

Me levanté para asegurarme de que Heather dormía y cerré la puerta del pasillo. Debí quemar aquellas cintas, debí denunciar a aquel bastardo a la policía y quizás así alguna vez hubiera tenido un mínimo de posibilidad. Pero no, guardé esos documentos gráficos como el único recuerdo que me quedaba de ella, y sin estómago ninguno reproduje de nuevo la filmografía de mi padre. El único momento de mi vida en el que pude estar junto a ella. No lo hacía para excitarme. Tan solo quería contemplarla antes de que me odiara, antes de que la vida la castigase, antes de que dejara de quererse a sí misma.

La siguiente ocasión sería diferente. La próxima vez acabaría con mi agonía, acabaría con aquella vida que ya carecía de sentido. Nada conseguía llenarme. No me convencía el dinero ni podía drogarme más de lo que ya lo hacía. El sexo estaba sobrestimado a ciertos umbrales. Ya había acabado mi momento de gloria y el fuego era el único capaz de purificar mi alma. Pronto volvería a verte, aunque solo fuera para que, de nuevo, me mandases al infierno. Una y mil veces.

13

Ortega

Conservaba el aroma a perfume barato de frambuesa en las manos y eso me resultó altamente repulsivo, sobre todo para los olfatos (que, como el mío) estaban hechos a fragancias algo más sofisticadas. Tenía que dejar de comportarme como un esnob, al menos durante unos segundos. Pero no, no podía, ese alcohol era tan fuerte que se podría usar de gel fijador sin ningún problema. Me lavé de nuevo las manos. Si el gel de manos del Instituto Foresense no hubiera sido tan neutro, tan asquerosamente neutro, quizás hubiera tenido alguna posibilidad de deshacerme de ese repugnante hedor a chica descerebrada. Quizás tenía que haberme derramado uno de los botes de formol del laboratorio para hacer desaparecer el odioso olor. Nunca me había importado el aroma a formol, pensaba que tenía un encanto especial que mi cerebro asociaba con la acción placentera de la disección. La boca me segregaba una especie de saliva dulce cuando el bisturí rozaba la superficie de la piel.

Recordé cómo nació mi vocación. Mis padres siempre fueron médicos asistenciales convencionales, entregados a la comunidad y a las dolencias del vivo. Aún seguían siendo reputados y adorados por su vecindario en Liverpool. A diario les llegaban ofrendas de todo tipo, desde frutas de huertos orgánicos hasta ropa hecha a mano y a medida. Yo era «el pequeño Eric», siempre me encontraba golosinas y dulces en mi habitación, e incluso juguetes de algún amable vecino que nunca se olvidaba del pequeño de la casa de los Ortega, esos adorables médicos extranjeros con un cálido acento español.

El jardín de la casa de Liverpool era mi lugar predilecto. Mi refugio. Nunca fui un chico sociable, a pesar de tener bastante éxito entre mis círculos. Siempre había causado una adoración inexplicable desde mi más tierna infancia. Pudiera ser que fuera por mi físico, mi tono de voz cuidado o la elegancia que me distinguía siempre de mis comunes compañeros. Mis padres siempre me conminaron a ser un hombre cultivado. También era consciente de que tenía una personalidad difícil que a veces resultaba difícil de soportar por otras personas (motivo que me había mantenido siempre alejado de llevar una vida normal y ordinaria), pero no había nada de lo que me sintiera más orgulloso que de ser fiel a mí mismo. En numerosas ocasiones llamaban al claustro a alguno de mis padres para explicarles mis fechorías. A mí siempre me resultaron pequeñas incursiones artísticas.

Nunca me comprendieron y nunca llegarían a hacerlo. Por supuesto que estaban orgullosos de mí y sabía que me extrañaban.

Pero nunca cumplí sus expectativas, y ninguna de ellas era estudiar medicina. Ellos buscaban al «pequeño Eric» de sus viejas fotos. A ese chico sonriente que jugaba con su locomotora de metal. No tenía claro a qué edad en concreto se produjo el cisma. Lo cierto es que mi rostro cambió por completo en cuanto mi personalidad se fue definiendo, dándome los aires de una persona mucho más mayor y madura. Mi madre siempre me dijo que era como si mi inocencia se hubiera desvanecido de un modo fugaz y precoz. Conversaba con mis padres al mismo nivel, elaboraba juicios de valor, charlaba sobre política e incluso me interesaba por la filosofía y temas existencialistas desde muy temprana edad.

Mi personalidad se fraguó fugaz ante la mirada atónita de mis padres, que no daban crédito cuando por accidente tenían acceso a mis pinturas, disertaciones o incluso a mis esculturas vivientes. Echaba de menos mis esculturas vivientes, debería volver a recuperar aquella etapa de experimentación. A ellos les horrorizaba, sin embargo, a mí me daban pequeñas descargas de placer cuando tomaba los miembros de un animal fallecido y con una simple sutura de seda, tomada prestada de los cajones de mi padre, lo unía al tronco de uno de mis nuevos peluches. Tenía centenares de ellos, regalos, la mayoría, y eran perfectos para mis jóvenes designios.

Abandoné mis memorias para centrarme en el trabajo que me daba de comer. Me encontraba en mi estudio, rodeado de las fichas de mis pacientes. No estaban vivos, pero aquellos eran mis pacientes, con una historia que contar, al igual que el paciente que acudía al centro de salud a decir que ya no tenía una erección normal. Ellos hablaban de otro modo, si sabías escuchar podían contar una historia incluso más emocionante que la que podían relatar los dolientes de un hospital. Existía un vínculo, en el que yo creía fervientemente. Estaba seguro de que solo podría experimentarlo otro profesional del mismo modo en el que yo lo experimentaba, y ese era una matrona o un médico obstétrico-ginecológico.

A mi parecer, había dos acontecimientos que brillaban con luz propia en la existencia de un ser humano. El nacimiento y la muerte. Ambos formaban parte del misterio de la vida y cuando te conviertes en un especialista en la muerte, en los efectos de ésta sobre los cuerpos, te das cuenta de que tus investigaciones te llevan a compartir uno de los momentos más importantes en la vida de una persona, el cual se trata del fin de la misma. Tan importante como el inicio. Es el momento en el que el alma se evapora dejando la fría cáscara vacía y carente de vida. Un momento de entrega completa, cuando todos los secretos se desvelan; el último y más definitivo testamento que alguien puede hacer.

Miraba con recreación los rostros de las fotos, cuando unos

discretos golpes en la puerta me despertaron de mis disertaciones.

—Señor Ortega, ¿se encuentra en su despacho? —dijo una voz a través de la puerta.

Era Wood. Quizás se tratara de alguna llamada del juez de guardia. No más pacientes. Mi trabajo era un procedimiento similar al cuidado de un bonsái. Una delicada labor que requería de tiempo y dedicación física y espiritual. La sobrecarga no tenía cabida en mi quirófano.

—Wood, si es el juez de guardia que se comunique, por favor, con la delegación en Preston. Muchas gracias.

—No, Señor Ortega —El hombre se aclaró la garganta—. No es el juez. Tan solo quería robarle unos segundos de su tiempo, si no fuera molestia.

A pesar de que su presencia era la personificación del estereotipo de la simpleza estética, Wood era una persona competente y no me interrumpía por nimiedades.

—No lo es, Wood. Por favor, adelante, pase y póngase cómodo. La puerta de madera de roble se abrió para dar entrada a mi compañero de departamento. Se mantuvo rígido una vez cerró la puerta tras de sí con una pila de folios algo arrugados apretados

contra su pecho.

—He encontrado un patrón que creo que merece su atención. Me ponía nervioso cuando se mantenía en pie, parecía que hacía alarde de sus dificultades de bipedestación.

—Por favor, señor Wood, siéntese. Debe de quedar algo de té caliente junto a la estantería.

Le dediqué la más amplia de mis sonrisas y Wood se sentó rápidamente en la silla de oficina, sin siquiera dirigir la mirada a la tetera que humeaba. Aún apretaba con fuerza los informes sobre su pecho.

—He encontrado un patrón en las fechas de def… —Le interrumpí de nuevo. ¿Por qué demonios no podía dejar los informes sobre la mesa del despacho?

—Señor Wood, relájese, tome una taza de té y suelte esos informes sobre la mesa, por favor.

Obedeció mis órdenes. Yo continué sonriendo, y con calma esperé a que se sentara con su taza sobre la mesa.

—Muchas gracias, señor Ortega.

—Bien, dígame, ¿de qué patrón se trata?

—Se trata de las fechas. Verá, soy un gran aficionado a la astrología, me gusta desde que era niño. Ya sé que le va a sonar algo maniático, pero compruebo cada noche antes de acostarme si la luna está en curso o bajo la influencia de qué astro. Puede llegar a ser importante para el desarrollo del día, ¿sabe usted? Nunca procuro

tomar una decisión cuando la luna está vacía de curso.

«Wood, eres un hombre de ciencia», pensé. ¿De qué se trataba todo aquello?

—Vaya, nunca había oído de la importancia del curso de la luna, ¿está hoy vacía, señor Wood?

—No, en concreto hoy está bajo la influencia de Acuario desde las nueve de la mañana, lo que significa que es bueno para interactuar e integrarse con las personas. Creo que es un día bastante fructífero para comunicarle esto, Doctor Ortega.

—Interesante... ¿A dónde quiere llegar exactamente con esto, señor Wood? No pretendo ser descortés, de hecho, es muy agradable tenerle aquí, en mi oficina, disfrutando de un té al mediodía.

—Bien, iré al grano. El otro día me encontraba comprobando los ficheros de las fallecidas. Ya sabe que me encargo de todo el trabajo administrativo; tengo que escribir un acta de los difuntos clasificados por sexo, fecha de la muerte y el momento en el que pasan a formar parte del depósito de cadáveres, así como fechas de la autopsia... Ya sabe. Me detuve en cuanto llegué a las defunciones del caso *Stanley* —Se tomó una pausa para dar un sorbo a la taza de té y colocarse bien las enormes gafas—. Las muertes se suceden mensualmente desde la aparición del cuerpo de Amy Martin, ¿se había percatado de ello?

—En efecto, señor Wood.

—Una vez tomé los ficheros del caso *Stanley*, estudié las fechas comparándolas con mi calendario astral. Tan solo quería saber bajo qué signo se encontraba la luna las noches en las que se produjeron esas atrocidades, ya me entiende.

—Claro, lo entiendo perfectamente.

Tenía un deseo intenso de poner algo de música.

—Descubrí que los asesinatos del *Stanley* se produjeron siempre bajo luna nueva. ¿Y sabe qué? La luna nueva de este mes aún no ha llegado, es justo la semana que viene.

—¿Qué día?

—El día nueve, mire —Wood sacó su calendario astral, al que no le mostré el más mínimo interés. No creía en los efectos de los astros sobre la acción de las personas, pero eso no significaba que otra persona pudiera creerlo. Aquel librillo estaba lleno de signos y explicaciones—. Creo que será la fecha en la que se producirá el siguiente asesinato, y sabemos dónde van a dejar el cadáver... Cerca del *Stanley Park*.

—Eso nos da un hipotético marco.

—Exacto —dijo el auxiliar forense con ímpetu.

—Muchas gracias, señor Wood. Es usted siempre de gran ayuda. Y no lo dije por cumplir. Era una persona entregada a su trabajo que merecía mi respeto más allá de su apariencia y gusto. Aunque seguía

sin ser devoto del modo en el que irrumpía en los quirófanos cuando trataba de comunicarme con nuestros pacientes. Fuera como fuere, aquel dato era muy interesante. Wood no tardó en desaparecer del despacho, sus inquietas manos siempre tenían una labor que atender. Aquel día le vi abandonar mi despacho con el cuello más erguido que de costumbre, su escoliosis parecía haber pasado a un segundo plano.

Roy

—Así que, ¿te fuiste de casa?

Ella agachó la cabeza, como tratando de esconder una verdad vergonzante.

—Sí.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace un par de meses. El tiempo pasa volando.

—¿Sigues estudiando?

—No, no me interesa.

—¿Dónde vives?

—Cerca de Waterloo Road, con unos amigos. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

Se cruzó de brazos y me miró inquisidora.

—Tranquila. Tan solo es curiosidad.

Ella se me quedó mirando con trazas de culpabilidad. Su inocencia impedía que fuera capaz de ocultar cualquier tipo de emoción. Era como una niña, lo miraba todo con sus ojos inquietos, grandes y azules.

—¿Por qué me hablas? ¿Por qué me buscas? Ellos nunca lo hacen.

Se levantó bruscamente del banco de piedra y dejó que el viento meciera su melena rubia desgreñada. El color del tinte que intensificaba su tono natural hacía un precioso juego de tonos dorados con el color del astro rey, que se fundía con el horizonte.

—¿Qué es lo que hacen "ellos"? —le inquirí tratando de seguir extrayendo información.

Dio un par de pasos hacia el frente y se giró para de nuevo encontrarse conmigo. Su figura era muy delicada, rozaba el raquitismo, pero en una anatomía tan pequeña tenía una belleza extraña, era como si tan solo fuera una mujer en miniatura, lo que la hacía muy tierna, frágil.

—Ellos me miran, pero no como lo haces tú —Se tomó una pausa y se acercó de nuevo a mí, tanto que me vi reflejado en sus iris y percibí el calor que manaba de su cuerpo—. Me miran como un gordo miraría un filete de carne recién cocinado.

—Yo estoy bastante rechoncho —reí.

A ella se le escapó también una carcajada y por primera vez vi sus dientes. Estaban bastante desviados, especialmente en la zona de los caninos. Pero las arrugas que se formaban en la comisura de sus

labios y las pecas de las que antes no me había percatado, me provocaron una extraña sensación de bienestar.

—¿Qué es lo que buscas, Valder? ¿Qué haces tú aquí? Tú no eres un maldito pervertido.

—Supongo que la soledad es el mal de nuestros días...

—Hablas como uno de esos niños de colegio de pago.

Lila se sentó junto a mí, dejando que oliera la loción para bebé que debía de usar sobre su ropa.

—Nunca fui a ningún colegio de pago.

—Por muchos piercings que lleves, no me pareces uno de ellos, Valder —Entonces se acercó a mi cuello, haciendo que mi piel se estremeciera—. ¿Sabes? Lo que sea que quieran hacerme, quiero que lo hagan ya y que sea contigo. Contigo no me importa.

Y cuando menos me lo esperé tenía sus manos en mis mejillas y sus labios apretándose contra los míos. El pulso se me aceleró de cero a cien en tan solo unos segundos. Mi corta experiencia con mujeres me dijo que aquello no era como lo que había sentido con Devorah. Aquella chica no tenía espinas, no tenía veneno y era blanda y suave. Sus labios eran húmedos y cálidos. Los acaricié primero con delicadeza, recreándome en la superficie húmeda de su boca que se deslizaba con mi saliva. Me tomó de las manos y las llevó con premura a su trasero. Mis mejillas ardían y me sentía muy avergonzado.

—Esto... —dije mientras me alejaba de su adictivo beso—.

Esto no está bien.

Me miró contrariada y yo también me arrepentí de aquella respuesta. ¿Qué demonios había ido a hacer al *Graveyard* si no a corromper a jóvenes menores de edad? La retiré de mis brazos y, por un momento, volví a recordar la repugnante escena que Devorah quería hacerme representar entre las piernas de Lila. Lo haces por Amy, lo haces por Kyler, lo haces por ellas. No dejes que la situación te lleve, Roy. No.

—¿Qué te pasa, Valder?

¿Que qué me pasaba? Que no se merecía esa vida, no se merecía acabar de ese modo, entre esa jauría de perros rabiosos. Que me hubiera gustado conocerla en otro momento, en otra circunstancia y sin el peso de la *Blackpool Constabulary* sobre mis hombros.

—Creo que me encuentro mal. Me voy.

Me levanté del banco y mis pasos me condujeron hasta la motocicleta prestada. Traté de convertir mi rostro en un bastión impertérrito. Traté de aislar mis emociones y convertirme en un androide. En cuanto me monté en la motocicleta su gesto había cambiado por completo. Su ceño había caído y, sola, allí junto al mar, parecía un cachorro abandonado a su suerte. Sus rodillas eran huesudas y su cabello caía despeinado ocultando la mayoría de su

rostro.

—¡Espera! —Arranqué con fuerza el motor—. ¡Espera, Valder! Aún no se lo he dado a nadie —Buscó algo entre los bolsillos de sus shorts. Era una pequeña llave plateada que me resultaba demasiado familiar, dolorosamente familiar—. No sé lo que van a hacer con todo esto, pero me fio de ti. Quiero que me la des cuando sea lo suficientemente famosa como para olvidarme de estas cosas.

Me sonrió mientras me metía la llave en el bolsillo superior de la gabardina de cuero. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Gracias?

—Nos vemos el nueve.

Y la dejé allí, en la playa cuando ya había oscurecido, a merced del mar que ya se tornaba negro. La dejé sola y yo me perdí entre las calles de neones y música tecno. No supe si me atraía o, simplemente, me hacía sentir una pena desgarradora. Tenía que descubrir qué se escondía en los misteriosos casilleros del *Graveyard*, aunque no creí que hiciera falta un coeficiente intelectual superior como para darse cuenta de qué encerraba aquel local y sus extraños negocios. Sangre y carne.

El Vampiro

Una elegante pieza de piano retumbaba llenando el vacío de las amplias dependencias de la cámara. Unos quinqués iluminaban al pianista que se perdía en los resquicios de su memoria, tratando de rescatar las melodías que sus dedos expresaban con vigor.

—Ya está todo preparado.

El pianista continuó, añadiendo algo más de gravedad a sus notas.

—Perfecto.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No —Aquello inquietó sobremanera a Devorah—. Esta vez, quiero hacerlo con mis propias manos.

Ella suspiró de alivio, aquello significaba que no había otra persona en la que confiara más que en ella.

—¿Es porque ella es virgen?

—No es tan simple, querida. Es algo que se escapa a tu razonamiento —Devorah posó sus manos sobre los hombros del pianista, primero los acarició con suavidad, luego aumentó la presión que ejercía con sus dedos hasta que las uñas comenzaron a penetrar en su carne. Antes le excitaba, ahora tan solo eran meros preliminares antes de comenzar con sus rutinas sexuales—. Por favor, para.

—¿Ya no quieres mi sangre, señor?

El pianista se mantuvo en silencio durante un instante, un momento que a Devorah se le antojó eterno y descorazonador.

—Necesito estar preparado para el Rito.

—Entiendo —Devorah se apretó con fuerza la fina bata de satén —. ¿Quieres que me retire?

—Por favor.

Las notas ahora cayeron en una tonada más dramática y profunda mientras Devorah desaparecía entre los pasillos de las inmensas cámaras oscuras. El pianista continuó tocando hasta altas horas de la noche, perdido en sus ensoñaciones teñidas de rojo y negro.

Stewart

—¿Crees que me hace gracia presentarme aquí, en tu despacho? —Aquel maldito pringado era el hombre más obstinado que jamás había conocido—. Vamos, mójate.

Había una pila enorme de ficheros sobre su escritorio y sus pupilas se posaban sobre el mobiliario de modo arbitrario. Desconocía si hacía como que no le interesaba o si de verdad estaba, completamente, abstraído de la realidad.

—Esto no es una consulta ordinaria de medicina general —me dijo, monocorde y levantando el rostro.

Y continuaba haciéndome la vida imposible aquel mojigato repeinado, ¡maldita sea!

—No voy a acudir a ningún centro de salud.

Odiaba a aquellos médicos de cabecera que te miraban con lástima mientras preparaban los calmantes y los analgésicos para mantenerte lo suficientemente enganchado como para que no te percataras de que te estabas muriendo. No pensaba pasar por eso.

Entonces se rio. No sé qué parte de mi discurso le había hecho gracia.

—¿Qué tienes para mí?

Le tendí un sobre grande con la radiografía de mis tristes pulmones. Acudí a Ortega porque sabía que era frío como un bisturí afilado, me diría la verdad tan cruda como fuera. Yo no quería almohadones. Mis costillas salieron a relucir a la luz del negatoscopio.

—Cinco meses, máximo.

Pensé que lo asumiría de un modo algo más estoico. De hecho, lo creía asumido. Lo primero que pensé fue en ir a visitar a mi Ladybird, quería ver a Amanda. Salí del despacho de Ortega despidiéndome con un escueto gracias. No cambió su rostro de un modo significativo tras el visionado de mi destino. Tampoco lo esperaba, era una especie de retrasado social. Allí se quedó, tras su escritorio, contemplando la radiografía con cara de pánfilo.

Caminé dando enormes zancadas, me tropecé con el auxiliar que andaba como un jorobado. Tenía cara de pardillo. Salí al pasillo y casi sin percatarme ya me encontrada sentado en mi coche, frente al volante, con los nervios a flor de piel y con la sensación de que todo se trataba de un mal sueño. Eso era todo, un mal sueño. Subí el volumen del equipo de música y, de nuevo, escuché la voz de *Nancy Sinatra* y su dulce *Summer Wine*. Como una canción de cuna, me tranquilizó

mientras vagabundeaba por las carreteras. Perdido entre la niebla, me encendí un cigarrillo y dejé que el humo me envolviera.

La cruda verdad era que mi tiempo se había acabado y se acercaba el final.

14

Rachel Martin

Cuando me levanté esa mañana, supe que había tenido una revelación. El mono era insufrible y me dolían todos los huesos del cuerpo, pero tenía que llegar a la casa de esa zorra antes de que llegara su marido. Ese estúpido de Richard no había cambiado casi nada desde que iban todos al jardín de la gran casa de los Mcleod. Puede que estuviera «mamada», pero desde luego, no lo suficiente como para no darme cuenta de lo que pasaba. Aquello era algo que debía haber hecho hacía mucho tiempo. Mientras mis esqueléticas piernas, carcomidas por los picotazos de agujas, se aproximaban a la vivienda, las imágenes de aquel jardín se repetían como una tortura, una y otra vez sin descanso, sin piedad.

No recordaba haber presenciado un espectáculo más repugnante en mi vida. El modo en el que sus cuerpecitos se tocaban tratando de emular la picardía adulta me descompuso el estómago, por lo que vomité en aquella misma habitación. Había llovido demasiado. Había envejecido demasiado. Yo estaba en una nube, como siempre.

Él me daba justo lo que necesitaba, la dosis exacta que me mantenía fuera de mi indeseado rol de madre que jamás me vi capacitada para ejercer. También me montaba, me montaba porque yo necesitaba que alguien lo hiciese de una endemoniada vez. Cada vez que llegaba a casa borracha como una cuba no podía soportar cómo Michael hacía ojitos con el jardinero. Menuda mi suerte, que para un hombre que cuidaba de mí resulta que descubrí que prefería acostarse con hombres.

Tampoco le culpaba, yo misma había sido el cáncer de la familia desde el minuto uno. Demasiado débil a la adicción y, sin embargo, demasiado orgullosa como para haberme dejado ayudar. A pesar de no estar enamorado de mí, sabía que me quería, o por lo menos lo hizo durante un tiempo. No sabía qué había podido ser de él, pero desde luego merecía haberse enterado de lo que sucedió aquella noche. Lo oculté porque siempre fui demasiado cobarde. Michael se merecía ser feliz con un hombre que lo quisiera y que lo ayudara a superar mi terrible fracaso como madre y el infierno que le esperaba tras haber perdido a Amy.

Richard siempre fue un chico muy ordenado, digno hijo de su padre. Tenía entendido que el viejo se fue de Lancashire, un retiro en España o algo por el estilo. Desde luego tenía dinero para parar un tren. Lo había visto crecer desde la lejanía, y podía decir que ese niño se había quedado tocado del ala con los «jueguecitos» a los que se dedicaba su padre. Era un degenerado y un asqueroso. Ese tipo de

gente merecía morir, no un retiro en Marbella. Merecían que alguien les pegara a todos un tiro en la sesera. Pero nadie se lo había dado y, en consecuencia, así había salido el chiquillo. Se tiraba las tardes fuera de casa, mirando a Amy a través de la ventana. Michael siempre lo vio como algo inocente: «Mira, Rachel, ese chiquillo está colgado de nuestra Amy». «Todas las noches ahí parado como un pasmarote, ¿le llevo un chocolate caliente?».

Él no vio lo que yo; esa mirada negra, brillante, con el vicio acuoso clavándose sobre la tierna piel de nuestra hija. La misma mirada sucia de su padre. Pero yo no abrí la boca, no lo hice porque estaba acojonada. Porque me daba lo que necesitaba y yo me perdía en mis tardes muertas. Me aislaba de la realidad, no quería enfrentarme a ella porque, simplemente, no tenía el coraje para hacerlo. Era mucho más fácil dejarse llevar. Por entonces, el caballo me volvía loca. No lo hubiese rechazado nunca, pero, lo cierto, era que en estos momentos, dada la precariedad de mi salud, acabaría conmigo al instante. Si Michael hubiese visto los vídeos que guardaba ese cabrón, esos vídeos con nuestra hija… Él sí que no se lo hubiese permitido. Pero tampoco quería que se enterase de que se los ponía y, además, bien puestos, no solo con el padre de Richard, sino con muchos más… Y aquello él lo sabía, por eso me mantenía callada y asustada, mirando con recelo cómo su semilla se abalanzaba sobre mi Amy.

¿Qué demonios podría haber hecho yo si Michael me hubiese echado de casa? No tenía empleo porque nadie en su sano juicio me hubiera dado esa oportunidad. Era y sería siempre una impresentable. No tenía cómo mantenerme a mí misma y si Michael se enteraba de mis devaneos, podría comenzar mi vida de mendicidad. No me daba cuenta de que existían otras vidas de importancia además de la mía propia, las de aquellos a los que quería. Por fin había aprendido que mi despreciable vida carecía de valor y me habían pagado con lo que me merecía, pero no había ocurrido lo mismo con ellos dos. Ellos no se merecían que les ocurriera nada malo. Ojalá hubiese sido mi cadáver con una sobredosis el que se hubieran encontrado en el *Stanley Park*. Nadie hubiese llorado mi muerte.

Por eso, quise emplear mi último hálito, mis últimas fuerzas, en hacer lo que debía haber hecho desde un principio. Eliminar a la semilla de ese cabrón de una vez por todas. Los había estado observando. Ella estaba preñada, no sabía si de ese infeliz o se había tirado al cartero. Lo mismo había conseguido que la montase tras llorarle desesperada. Sabía que Richard no dudaría en clavarme un cuchillo de cocina, por eso ni siquiera me iba a molestar, ese hombre era un enfermo, como su padre, y yo estaba demasiado débil como para intentar algo así. Debido a ello, mi objetivo era Heather. Heather

Hall llevaba a su hijo en el vientre y solo así podría llegar a entenderme. Solo así podría darse cuenta de lo mucho que me habían jodido la vida. Era necesario eliminar a la semilla. Esa semilla de degenerados que le habían destrozado la vida a mi pobre Amy y al bueno de Michael.

Aquella era la casa de Richard, en Freckleton. Impoluta residencia de esnobs. Seguramente, ella estuviera viendo alguna telenovela o cualquier otra tarea que una mujer florero fuera capaz de desempeñar. Ojalá hubiera sido mujer florero. Ojalá hubiera aprendido a estar en casa y sonreír a mi marido al llegar. Me acerqué a la verja del jardín, estaba algo alta, pero aún me quedaban fuerzas para saltar las del patio trasero. Al parecer, debían de haber celebrado algún tipo de fiesta de pañales. Sí, Heather era de esas chicas que adoraban tener una tarta de pañales. Tremenda estupidez. La puerta trasera estaba abierta y el perro no tardó en comenzar a ladrar como un condenado, ¿cómo se me había podido escapar? Uno de esos perruchos con mala leche.

Tal y como se acercó le metí una fuerte patada que le hizo lloriquear y mantenerse unos minutos en el suelo tendido, profiriendo ladridos lastimeros.

—¡¿Qué narices?!

Y se quedó congelada. No era para menos. Había una mujer escuálida y amarillenta, tapada con un pijama de hospital, en su jardín trasero. Intuí que ni siquiera me había reconocido a simple vista.

—¿Te acuerdas de mí, Heather?

La muy estúpida apenas podía manejarse con el bombo. Corrió a ver qué le había ocurrido al perro mientras me miraba con pavor en su rostro. Parecía una mesa camilla. Yo llevaba en el elástico de mis braguitas una buena navaja. Tal y como lo pensé por la mañana, así era como lo quería llevar a cabo.

—Señora, tranquilícese. ¡Oh, Dios santo! Debe de estar desorientada...

Estaba más orientada que nunca.

—Heather, ¿no sabes quién soy?

Entonces se paró en el umbral de la puerta, con el perrucho en brazos, y sus ojos me devolvieron el brillo de una afirmación que se quería negar a sí misma.

—¿Qué haces aquí?

—Fue Richard, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? ¡Vieja perturbada! ¡Fuera de mi casa!

¡Voy a llamar a la policía!

Entonces corrí a toda la velocidad que mis pobres piernas podían permitirme, me abalancé sobre ella e hice el ademán de apretarle su gordo vientre.

—¡Llama a la policía y tendrás una desgracia!

Entones empezó a temblar, y me di cuenta de que yo estaba haciendo algo desesperado, animal, y que el momento final que había planeado iba a consumarse.

—¡¿Qué quieres?!

—¡Vamos, adentro! —Heather se resistió y el perro me propinó un fuerte bocado en el gemelo. Saqué la navaja y atravesé la carne del perro—. ¡He dicho que vamos dentro! —Ella miraba de un lado a otro, su rostro había comenzado a enrojecerse del estrés—. ¡Siéntate!

Y su peso cayó muerto sobre el sofá de cenefas delicadas, que encajaban, perfectamente, con el color del papel de la pared.

—Lo hizo Richard... Sé que fue él, siempre estuvo obsesionado con Amy.

—¿De qué hablas?

—Richard mató a Amy. Es un maldito degenerado, como su padre.

Parecía un cordero degollado. Sus ojos enseguida comenzaron a humedecerse.

Yo no dejaba de apuntarla con la navaja. Miré al suelo y el perro continuaba gimoteando mientras su sangre caía sobre la moqueta a borbotones.

—¡Por favor, no me hagas nada! ¡Estoy en estado!

—¡Era mi hija!

—Yo no le hice nada a Amy… ¡Te lo juro! ¡No me hagas nada!
Me recorrió un escalofrío, mi visión se tornó algo doble.

—No tienes un marido ordinario, ¿sabes que era de los que mataba animales pequeños?

—¡Richard no sería capaz de hacerle daño a Amy! ¡Déjame en paz!

Entonces, a punto de perder el equilibrio, me acerqué aún más a su vientre y con la navaja rasgué la fina lana de su sweater rosa cerdito. Poco a poco iba aumentando la presión hasta que ella me propinó un potente golpe en la cabeza que me hizo viajar hacia el suelo.

—¡Maldita vieja!

Y una vez abajo, repté hasta sus talones y le acerté en uno de ellos. Sus lloriqueos eran muy agudos y su sangre fue a manchar la moqueta justo como lo había hecho la de su perro, que parecía haberse quedado ya frito.

—¡Un hijo duele!

Entonces me levanté y aprovechando que continuaba lloriqueando y tratando de escabullirse, la abordé por la retaguardia. Con el talón herido y ese bombo no me sería difícil alcanzarla. La semilla de Stephen Mcleod por fin iba a reducirse a cenizas.

«Ojo por ojo, diente por diente».

Y en un fútil intento de alcanzar el teléfono, la cacé. La adrenalina me llegaba a las venas como la dosis más pura de mi camello de confianza. Trastabilló con su grueso cuerpo sostenido por su talón herido y se golpeó con el pico de la mesa de madera del teléfono en uno de los ojos. No lo pensé más. Con la rabia que me avigoraba, clavé la hoja en su espalda. Me sentí como nunca antes, mis mejillas estaban cálidas. Vi los momentos de mi vida que más odio generaron en mi ser. Esos malditos videos, esas asquerosas escenas de almas cándidas pervirtiendo sus mentes a merced de un monstruo. Otra nueva puñalada. La sangre comenzó a manar como si de la matanza de una cerda grande y carnosa se tratase. Se contraía, chillaba, trataba de agarrarme, tiraba la decoración al suelo… Pero ya era demasiado tarde para ambas. No podía dejar toda esa ira dentro sin expulsarla como un último torrente antes de que me comieran las larvas. Una vez consumado mi frenesí, entré en un trance que se tiñó de un caliente rojo.

Para cuando desperté, el hedor me hizo vomitar. Había un cerco de sangre entre sus piernas y la espalda casi estaba desfigurada a causa de puñaladas que ni siquiera recordaba haber propinado. Estaba exhausta. Hiperventilaba, y una fuerte presión en las sienes me hacía tambalear. Salí al exterior, aún no había llegado Richard. Ojalá hubiese sido joven y sana para repetir lo que había hecho con la sangre de su sangre. Ojalá hubiese sabido defender lo mío la mitad de bien de lo que ellos, los Mcleod, lo habían hecho siempre. El horizonte era rosa, del mismo rosa fucsia del suéter teñido de sangre, del mismo color que los cerdos. El sol se escondía. Una brisa agradable me acariciaba la piel. Cogí la navaja y la tiré contra la exquisita alfombra de césped del patio trasero. No me esforcé en limpiarme la sangre de la cara. Estaba por todas partes. Tan solo me apetecía caminar, así que sorteé la verja trasera de nuevo como pude y caminé hacia la costa. Hacia las negras aguas de Blackpool, hacia la costa triste, la única costa que había visto en mi vida.

—¿Dónde la encontrasteis?

—En el North Pier, justo al lado de donde está el museo de cera.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, chico. Estoy bien...

Cada vez que tomaba aliento era como si chupara hierro oxidado. Lo cierto es que me había encontrado mejor, pero no me importaba. El asesinato de Freckleton había sido lo último por ver. La verdad era que no sabía cómo encajar esa pieza dentro del puzle del asesino del *Stanley*.

—¿Crees que está relacionado?

—¿Sabes? Puede que no lo esté, puede que esa mujer esté teniendo ataques esquizofrénicos a causa de sus adicciones, tal y como me ha apuntado ese pedante de Ortega esta mañana.

—Deberíamos hablar con ella.

—No es un libro abierto, Roy.

—¿Qué vinculo existe entre ella y Heather Hall? ¿Además de la antigua amistad de la infancia con su hija? Pueden tratarse de celos dementes. Ya me entiendes, puede que lo haya hecho tratando de justificar su pérdida.

—Puede que Michael Martin pueda ayudarnos. Mañana, en su casa. Nada de comisaría.

—No puedo, señor Stewart. Tengo una cita.

—¿Una cita? ¡Caray, Roy! ¡Creía que nunca llegaría a oírlo! Definitivamente, hay cosas que un hombre debe hacer solo —Roy me sonrió. Algo me dijo que me estaba engañando. Este chico había aprendido demasiado. Estaba revolviendo el fondo de los asuntos de ese pub para viciosos. Tan solo esperaba que continuase siendo lo suficientemente cobarde como para ser una persona cauta—. ¿Quién es la afortunada?

—Pues, se llama Irene. Sí, era mentira.

—Irene, ¿eh? —Roy me estaba protegiendo. Me veía viejo y débil. Pobre tonto. Concentré la fuerza en uno de mis puños y lo proyecté sobre el abdomen de Roy—. ¡Ya me estás diciendo a qué carajo juegas! —Alzó la voz, pero fue inaudible, inteligible a causa del impacto, que le había pillado por sorpresa—. ¡A este viejo carcamal le queda mucho más de lo que tú piensas!

Le di con fuerza para demostrarle que aquel caso era tan mío como suyo, y a pesar de que lo estaba haciendo cojonudamente bien,

había que recordar de vez en cuando quién era el macho alfa. Dejé que se recuperara, tampoco había sido un gancho potente, no me había empleado a fondo.

—Lo siento, señor Stewart, no era mi intención —dijo Roy mientras se colocaba su polo verde oscuro apropiadamente. Se había sonrojado como cuando hacía algo mal. Era bastante gracioso ver a un hombre de esa envergadura comportarse de un modo tan pueril. Eso sí, tenía un gran corazón. Tan grande como su estómago.

—Ahora dime, ¿qué hay de nuevo?

Roy se cruzó de brazos y cerró los ojos durante unos segundos. Soportaba una carga más grande de la que a mí me cabía imaginar.

—¿Me da uno de sus cigarillos?

Maldito Roy. Aprenden rápido, y cuando menos te lo esperas te han desbancado.

—¿No aprendes nada bueno de lo que les pasa a los mayores?

No seas necio y sigue cuidándote, vivirás más, Roy.

—¡Deme uno de esos malditos cigarrillos!

Había conseguido conmover mi corazoncito. Bendito discípulo.

—Aquí tienes, ¡pero no te ahogues! —Ese chiquillo había conseguido sacarme una carcajada—. Vamos, cuénteme, agente Benson. Cuénteme.

—Sé quién es la siguiente.

—¿Esa era tu cita?

—Se llama Lila —Roy tomó una calada del cigarrillo y expulsó el humo con más estilo del que jamás hubiera sospechado. Al parecer no era su primera vez—. Querían que grabásemos una cinta pornográfica, ya sabe... Había un estudio de grabación, así es como proceden. Chantajean a las chicas para cumplir el voto de silencio, así se aseguran de que no darán más problemas.

—¿Qué hiciste?

—No pude hacerlo, señor Stewart. ¡Aún tengo pesadillas!

—Entonces estás fuera, ¡mierda! ¿De qué cita se trata entonces?

—Al parecer complací a Devorah, es una de ellos. Dijo que le pareció enternecedor y que tenía un plan mucho más grande para nosotros.

—¿Qué clase de plan?

—Dijo que nos contactaría, que habíamos sido concebidos para el Rito. Que Alistair estaría complacido.

—¡Cuánta gilipollez!

—Sé que ella será la siguiente.

Lo vi en su mirada. Ya le había llegado. Roy se había ganado de una vez la placa que descansaba en su billetera. Tenía ese semblante, esa tensión en el ceño. El rastro de la responsabilidad. Ya no solo era un empleo ni un proceso de aprendizaje, era un agente de la ley

metido hasta las entrañas. Por primera vez estaba en sus manos la vida de alguien y eso le había dado la madurez que necesitaba.

—Lo sé, hijo. Son unos degenerados, pero los vamos a pillar —Expulsé con fuerza el humo que salía de mis maltrechos pulmones queriéndolo proyectar hasta las nubes azul oscuro del firmamento—. Aunque sea lo último que haga.

El sonido de los cláxones y las tragaperras de los casinos de la *Promenade* se escuchaban con fuerza a nuestras espaldas. El olor a pescado frito me había recordado que tenía que alimentarme. La grabación automática que invitaba a entrar en el laberinto de los espejos me estaba empezando a poner enfermo.

—¿Se va andando, señor Stewart?

—Tengo que ver a alguien.

—He traído la moto.

—Esas cosas son para los jóvenes.

—Bueno, señor Stewart —dijo Roy llevándose la mano al abdomen aún dolorido—. Está claro que usted es joven para según qué cosas.

Maldito chico. Le envidiaba, y no solo porque no había cometido el error de casarse. Envidiaba su candidez, podía verme a mí mismo y a las motivaciones que un día tuve. Que Dios se las conserve.

—Ten cuidado, chaval.

Stewart

Aquella tarde estaba anormalmente cansado, era como si llevara plomo en los zapatos, tenía casi que arrastrar mis pies para ser capaz de desplazarme a mi ritmo normal. También sufría de una jaqueca terrible, un dolor envolvente que nacía en mis globos oculares irradiando por completo mis cuencas. Me apetecía descansar, me lo estaba pidiendo el armatoste que conformaba mi cuerpo, sentarme en mi sofá de cuero o disfrutar de una apacible siestecita. Jamás me había recreado demasiado en ese tipo de placeres. Por primera vez en mi vida me sentía débil, y tampoco podía hacer nada al respecto. Era como si físicamente hubiera comenzado a diluirme poco a poco. Lo más sorprendente era mi aceptación. Una aceptación biológica, testigo del deterioro del cuerpo, una resignación completamente natural y asertiva.

Tenía una reunión concertada con Rachel Martin. Roy insistió en acompañarme hasta irritarme las malditas narices, pero yo le di carpetazo con un corte de mangas y alguna que otra palabra malsonante. Creía recordar que le dije algo así como: «Que te den por culo, Roy.» Él me miró con resignación y una pizca de rabia. No quería ganarse otro puñetazo en la barriga, así que supongo que, finalmente, desistió fustigándose a sí mismo para sus adentros. Creía que ese chico había llegado a cogerme aprecio. La última vez que lo vi ya tenía demasiado que llevar por sí mismo, estaba aprendiendo y me sentía orgulloso de él. Necesitaba que el mundo lo hiriera. Tan solo esperaba que no fuese una de esas cicatrices que quedan de por vida. Yo ya tenía unas cuantas como esas.

Rachel estaba en el módulo para dementes. Arresto por medidas cautelares. Para cuando llegué al módulo, tuve que lidiar con uno de esos oficiales de prisión sabelotodo.

—Agente Stewart, de la *Blackpool Constabulary*, tengo una entrevista concertada con la señora Martin.

Aquel memo me miró de arriba a abajo. Era un joven alto y bien parecido, moreno, de ojos oscuros y, posiblemente, árabe. Debía de ser paquistaní, había muchísimos en Blackpool por aquellos días.

—Un momento, déjeme comprobar en los archivos...

Y se puso delante de la puerta para, de modo discreto, evitar que pasara mientras hojeaba un cuaderno apaisado lleno de nombres escritos a bolígrafo negro. Mojó su dedo índice en múltiples ocasiones mientras pasaba las páginas como un niño pedante de la escuela primaria. Sin más paciencia, le enseñé la placa.

—¿Le dice esto algo, señor?

La placa desgastada había perdido todo su brillo, testigo de mil batallas y multitud de lavados por error en la lavandería más cercana a mi apartamento.

—Lo siento, señor Stewart, pero me temo que no se encuentra usted en mi registro.

Entonces la vena de mi cuello debió de mostrarse junto con mi rostro encendido. Apreté con fuerza los dientes y traté de contar hasta diez.

—Mira, chaval. Estoy viejo y cansado, ¿entiendes? ¿Sabes cuántas horas extra me debe el gobierno y esta comunidad por mi trabajo? ¿¡ Lo sabes?! —En un arrebato de furia le pegué un puntapié a la celda por donde se accedía al módulo. El conjunto completo vibró y el pakistaní (o al menos a mí se me antojaba pakistaní) se quedó con una mueca de estupefacción en el semblante—. ¡No me toques los cojones, chico!

De un empujón irrumpí en el pasillo del módulo y me sentí de nuevo tan activo como de costumbre. Mis piernas volvían a responderme llenas de energía y mi cabeza se erguía altiva, contemplando el decadente escenario.

—¡Once! —gritó indicándome el nombre de la unidad.

El sonido de las llaves al caer al suelo me hizo volverme para de nuevo mirar al oficial de prisiones, ¿me estaba vacilando?

—¡¿Es que tu madre no te enseñó a dar las cosas en la mano, chico?!

Me pareció escuchar un idioma ininteligible para mí. El oficial desapareció y yo recogí las llaves del suelo. Menudo malnacido. Con nuevas generaciones como aquellas, sin respeto alguno, ¿hacia dónde nos dirigíamos? Me consolé con el pensamiento de dejarlo en su lugar en cuanto terminara con la señora Martin.

La verdad es que jamás hubiera predicho habérmela encontrado en ese estado. Esperaba encontrármela dormida, con un aspecto lamentable y la sombra de la muerte por cirrosis en el amarillo de su tez. Lejos de la realidad. Jamás la había visto en tan buen estado como aquel día. Rachel Martin parecía una señora corriente de su edad, que desde luego había vivido momentos mejores, pero su mirada estaba limpia y libre de los efectos de la droga que normalmente le contaminaba el corazón. Me situé frente a su celda y la contemplé sin despegar mis labios. En algún momento debió de ser una mujer atractiva, tenía unos rasgos finos y unos ojos azules gemelos a los de su hija Amy. Su nariz era respingona y fina, típicamente angla. Cabello ceniza, nevado y algo resquebrajado.

—Buenas tardes, señora Martin. Espero no importunarla.

Con un fácil giro de muñeca, abrí la celda ante la mirada atónita del resto de integrantes del módulo mental. Todos llevaban el mismo

pijama cutre con cuadritos azules. Rachel tenía unos grilletes de cuero y acero que inmovilizaban sus muñecas, el distintivo de los presos peligrosos.

—¿Le conozco? —me preguntó Rachel Martin fijando sus dos iris azules sobre mí.

—Nos conocimos en el Victoria —Me introduje en la celda y me senté frente a ella en un taburete de madera algo inestable—. Soy el Marshal Stewart, ¿recuerda?

—Stewart, sí, usted fue quien vino a decirme lo de Amy.

Sus ojos recordaban. Cuando la vi por vez primera me pareció escoria. No sabía si la terminalidad de mi estado me hacía apiadarme de los moribundos, o quizás había algo que parecía haber liberado a Rachel Martin otorgándole una paz envidiable.

—Ha sido diagnosticada de esquizofrenia, señora Martin.

—Rachel. Llámame Rachel, por favor —me dijo con una cariñosa sonrisa.

Estaba muy delgada, pero el marco de su rostro huesudo le daba una extraña belleza rota. Quizás la enfermedad había enseñado por completo su rostro, sumiéndola en la demencia absoluta. Debía de ser como vivir alcoholizado durante todo el día, quizás era el único modo de vivir envuelto en la felicidad. La vida es cruel.

—Rachel, no vengo sino a preguntarte acerca de lo ocurrido

—Me quité la gabardina y la dejé, cuidadosamente doblada, sobre mis piernas—. Ya sé que has hablado mucho sobre el tema con el psiquiatra y con las enfermeras, pero, ¿te importaría relatarme lo ocurrido? Para mí es muy importante, ¿entiendes? —No soltó prenda, continuó mirándome de arriba abajo como si tratara de medir los pros y los contras de un nuevo pretendiente, con esa sonrisa algo estúpida de las jovencitas—. Rachel, ¿qué ha pasado? Durante los minutos siguientes pensé que había cometido un terrible error, que aquella mujer estaba enferma y que el interrogatorio acerca del homicidio sería imposible en aquellas condiciones. Comenzó a dolerme de nuevo el pecho, la tos no tardaría en llegar.

Comprobé que no existiese una alarma de incendios en el techo y cogí un cigarrillo de la gabardina.

—¿Me invitas a un cigarrillo?

Continuaba con esa sonrisa en los labios, amarilla y encantadora. ¿Por qué no? Le tendí el cigarrillo y ella se inclinó, con una gracia inesperada, para que se lo encendiera. Me recordó tanto a su hija al no estar envuelta en sueros y sobadas mantas de hospital...

—Cuéntame.

Le di una calada a mi cigarro y comenzó la jodida tos a doblarme sin piedad. Rachel se me quedó mirando con la pena dibujada en su semblante. Sangre. Ese cigarrillo me supo a sangre. Una pequeña nube

de humo salió del interior de Rachel y, con ella, el comienzo del relato que yo tanto había esperado. Mis fuerzas me fallaban.

—Sería como contar la historia de una vida, ¿alguien te ha pedido que hagas algo así?

—Nunca.

—¿Y lo harías? ¿Harías algo así con un completo desconocido? El humo del tabaco negro se apoderaba poco a poco de la celda, podía sentirlo en mis oídos, en mis ojos y, sobre todo, en mis pulmones.

—Hacemos cosas aún peores con completos desconocidos...

La hice sonreír de nuevo, por su reacción, parecía no haber tenido una conversación a solas desde hacía mucho tiempo.

—Tienes razón, de hecho, creo que lo más intenso de mi vida lo he vivido siempre con desconocidos.

—Puedes ser quien desees cuando hablas con un desconocido.

—No hay normas, no hay compromisos...

—¿Qué me dices?

—¿Quiere saber mi historia, señor Stewart? —dijo tomando de nuevo una calada del cigarrillo.

—Estaría más que honrado, Rachel.

—Michael era y es un hombre íntegro, ¿sabe? Puede que afeminado, puede que amanerado y esas cosas, tú ya me entiendes... Pero siempre ha tenido muchos más huevos que muchos de los maricones a los que me he arrimado.

—¿Qué te atrajo de Michael?

—Que me escuchaba —dijo tras una pausa—. Posiblemente, el único que lo ha hecho. Nos conocimos en el instituto, yo era una bala perdida (como siempre), y él tenía un pico de hombría que trataba de airear a los cuatros vientos. Era un buen chico, un buen amigo. Me dejó preñada y eso él no se lo esperaba. Un hombre como Michael jamás me hubiera dejado a mi suerte con un bombo. Se puso a trabajar y entonces, supongo que se daría cuenta de la clase de persona que soy.

«Mi defecto de fábrica siempre ha sido la inseguridad, entre otros tantos... No me voy a victimizar hablando de las palizas que me daba mi padre, solo diré que no tuve una infancia fácil y que, seguramente, eso me ayudó a ser como soy a día de hoy. Una alcohólica y una yonki. Soy de espíritu débil, siempre me he dejado llevar por todo y por todos. Si hubiera tenido un poco de personalidad, tan solo un poco... Aunque solo hubiera sido por Amy...

¿Alguna vez has hecho algo de lo que te avergüences? ¿Le has hecho daño a alguien que te importa? ¿Alguien a quien quieres?»

—Sí, Rachel. Por desgracia, sí.

El rostro de Amanda no se quitaba de mis pensamientos justo cuando me disparó con aquellas preguntas.

—Y tampoco te gustaría hablar de ello, ¿verdad?

Cuánta razón tenía la condenada. Quizás la gran diferencia entre ella y yo era que a mí nunca me ha gustado exponerme a lo desconocido a no ser que mi deber estuviera en juego. Jamás le hubiera contado algo así a nadie. De hecho, creo que nunca he llegado a ese nivel de confianza con otro ser humano. Cuando las cosas se han puesto feas siempre he salido huyendo despavorido, haciéndome como al que no le importa.

—Lo siento, Rachel. Ojalá pudiera hacer algo para que te sintieras más cómoda.

—Esto no deja de ser un interrogatorio, ¿no?

—Pero siempre podemos darle un poquito de magia…

—Eres un caballero —Tomó la colilla y la estrujó contra la pared de ladrillo hasta que ésta se redujo a cenizas—. La homosexualidad de Michael afloró con mi desgana y la vida que llevaba. No digo que, si hubiera sido una buena madre y esposa, Michael nunca se hubiera sentido atraído por los hombres… Pero estoy segura de que yo ayudé a lanzarlo al sexo clandestino, a buscar el alivio en las calles y los pubs. De hecho, creo que, si me hubiera comportado, hubiera sido uno de esos homosexuales disfrazados con un matrimonio infeliz. Porque él siempre ha sido una buena persona, ¿sabe? Le quiero, a mi modo.

«Cuando nació Amy le dio un fuerte brote de responsabilidad y yo caí en la desgana. Me pasaba las horas entre botellas de Jack Daniels y algo de hierba. El parto fue todo lo traumático que cabía esperar, con el añadido de las hormonas que me estaban matando por dentro, era como si me gustase estar deprimida. La carita de Amy me ponía de mal humor, no paraba de llorar y yo, lejos de calmarla, parecía que cuando me acercaba la asustaba aún más. Michael era su madre, la acunaba, la cambiaba, le cantaba canciones de cuna… Y cuando le quedaba algo de tiempo me sujetaba el pelo cuando me ponía a potar en el cuarto de baño».

—¿Te importa si grabo?

—Qué remedio… No me daba cuenta de lo que me estaba perdiendo. Era como si mi cabeza estuviera rebobinando como un video, hacia delante. La niña ya andaba, hablaba, y Michael se encargaba de todo, hasta de mí. Amy solía quedarse en el arco de la puerta mirándome, le preguntaba a su padre: «¿Qué le pasa a mamá?». Él siempre dijo que yo estaba muy enferma y ella se acercaba y me daba besos. Yo olía a perros muertos. Después de estar todo el día en la calle gastando el dinero que Michael ganaba, ni siquiera tenía fuerzas ni de darme una ducha.

«Pasaron los años y yo encontré a mi camello favorito. Stephen McLeod. Era un hombre de clase, al que le gustaba codearse con la basura más podrida de Blackpool. Supongo que, cuando haces eso, el

aroma de tu perfume se vuelve más intenso y la diferencia entre la mugre y la seda se vuelve más acusada. Con el tiempo me di cuenta de que su persona era aún más asquerosa que el yonki más perjudicado de la ciudad. No diré que me había enamorado de él, más bien estaba enamorada de la posibilidad de estar colocada a diario con la mejor mierda de la ciudad. Él me fascinaba, porque era de ese tipo de personas que parece que tienen un halo divino alrededor. Cuando me metía en su bañera era como vivir un cuento de princesas. Me permitía evadirme por completo de la realidad. Los días los pasaba durmiendo y las noches en su casa, aunque más bien debería decir su caserón, el cual se quedó vacío tras la muerte de su esposa.»

—¿Cómo lo conociste?

—¿A Stephen? Frecuentaba los mejores clubs de la ciudad y de vez en cuando yo ofrecía servicios, ya me entiendes —Rachel suspiró profundamente y cerró los ojos para después proseguir con su relato —. Él era ese tipo de hombre que no soportaba tirarse extranjeras, tampoco le gustaban las putas de la calle. Creo que le di pena y conversación. Me llamó la atención que no sintiese nada cuando murió su esposa, luego lo entendí todo.

Rachel se levantó de la cama donde estaba sentada y fue a acariciar los barrotes de su celda, perdida en sus recuerdos recorría el frío acero con sus manos blancas, huesudas y pequeñas como las de su hija.

—¿Estás bien, Rachel?

—Dame otro cigarrillo, por favor.

Yo le tendí enseguida el cigarrillo, previamente encendido, aquella mujer me estaba abriendo su corazón y yo no sabía con qué palabras corresponderle.

—¿Quieres descansar unos minutos? Puedo apagar la grabadora.

—No —dijo sin siquiera pararse un minuto a pensarlo.

Tomó una revitalizante calada de mi tabaco negro y lo expulsó esta vez por la nariz.

—Al principio pensé que Stephen se había enamorado de mí, me preguntaba por mi hija y por mi marido, como si quisiera formar parte de ello.

—¿Quería que te divorciaras?

—Eso era lo que yo creía. Yo ni siquiera pensaba en ello, Michael lo era todo para mí, aunque no hubiera contacto carnal. Era mi conexión con mi asquerosa realidad.

«Así que yo seguí acudiendo a su casa, haciendo lo esperado y recibiendo lo acordado. Un día me pidió que trajera a Amy, que su hijo, Richard, estaba muy solo desde la muerte de su mujer. No me pareció mala idea, ese chiquillo tenía algo raro en la mirada y me dio lástima. Michael no accedió de primeras, pero tampoco pasaba todo el

día en casa, así que no me resultó difícil llevarme a la niña con Stephen a "la casa del jardín enorme", como decía ella. Pobre criatura. Stephen jugaba con ellos mientras yo me quedaba extasiada en el dormitorio. A veces eran horas, a veces ni siquiera me acordaba de a qué hora había empezado a colocarme. Stephen ya ni venía conmigo a la cama y si lo hacía yo no me daba cuenta. Entonces, un día, me percaté de lo que el tío Stephen hacía mientras yo me colocaba en el dormitorio. Lo descubrí viendo su obra en el vídeo de su oficina. Yo tan solo me llevaba a la niña a casa cuando mi mente se llevó, probablemente, el shock más intenso de su vida. Ese cabronazo había estado abusando de mi Amy, de su hijo y, además, hacía que ambos tuvieran relaciones, ¿entiendes? ¡Un jodido degenerado! Una monstruosidad. Mi mente no pudo soportarlo, lo poco que me ataba a la realidad estalló en pedazos. El espejo estaba hecho añicos y yo ya no distinguía mi reflejo. Me perdí. Apenas me daba la luz del sol y mis recuerdos se volvieron vagos. La adicción era demasiado fuerte, me venció. Jamás le dije a Michael lo que ocurrió en casa de Stephen, seguramente, me habría matado.

Sé que Amy se quedó marcada al igual que yo, y todo había sido por mi culpa. Así que tras unos años decidí largarme y dejar sus vidas en paz, podían ser mucho más felices sin mí. Una buena noche me marché y no volvieron a saber nada hasta que me ingresaron por primera vez en el hospital. ¿Cómo sobrevivía? Bueno, una mujer puede hacer buen dinero si se lo propone. Los días pasaban como si viera una película, desde un estado superior. Lo que sea por no enfrentarme a la realidad. Y los días pasaban, y los años, tu piel se arruga y pierdes el tono, y ni siquiera te das cuenta. Te pierdes en el tiempo y en el espacio.

Cuando viniste a verme, a darme la noticia de Amy, era como si aún siguiera en ese estado de duermevela, a salvo en mi mundo de polvos de ángel. Cuando levanté la vista y vi dónde me encontraba, rodeada de desechos, rodeada de mis semejantes... No supe qué hacer, mi mente se había bloqueado de nuevo y mi cuerpo ya no me permitía, fisiológicamente, drogarme. Estaba al límite. Mi cerebro a veces impedía que recordase el rostro de mi propia hija, ¿entiendes? ¡Para mí era como si ella hubiese estado muerta todos estos años!

Desperté. Me largué del hospital y dejé que el fuego que tenía en el pecho saliera al exterior. Dejé que el odio y la realidad me golpearan en la cara como debieron haber hecho mucho tiempo atrás. No sabía dónde podía encontrarse Stephen, pero tú fuiste quien me dio la pista de que Heather estaba embarazada, y yo sabía que lo estaba del malnacido de McLeod. ¡Ese niño que tocaba a Amy! Las imágenes se proyectaban en mi cabeza, pero la luz a veces se apagaba, cuando golpeaba a Heather era como si lo estuviera haciendo conmigo

misma. Quería acabar con todo, con la semilla de ese bastardo. Quería que supiera lo que se siente cuando te arrebatan lo que quieres. Mi vida ya estaba agotada, ya no me importaba nada más. Todo se mezcló y ya solo veía muerte y odio, mucho odio que, al ver la sangre que corría en la entrepierna de Heather, fue disipándose poco a poco... Poco a poco...»

No había que ser psiquiatra para darse cuenta de que esa mujer sabía lo que hacía cuando lo hizo y yo tenía el testimonio completo. Tras finalizar su relato se echó a llorar, aferrándose con ansiedad a los barrotes de la celda.

—Rachel, ¿sabes si esos vídeos siguen existiendo?

—No lo sé.

—Podemos detenerle, podemos hacer que sufra por lo que le hizo a Amy.

—Amy ya está muerta y pronto yo iré a reunirme con ella.

—Rachel, siéntate. Toma —dije tendiéndole uno de mis pañuelos de tela.

La estreché entre mis brazos hasta que se quedó dormida. El sueño le devolvió el sosiego que conservaba justo antes de que fuera a verla. Era una infeliz, una pobre desgraciada, un humano roto. Supuse que hay almas que jamás podrían redimirse.



Detuve el coche frente a la casita que había sido adornada artificiosamente con renos y un enorme Santa Claus que sonreía cuando se iluminaba el neón que conformaban sus labios. Sentía el frío dentro de mis huesos. En cuanto me bajé del coche me quedé paralizado junto a la verja del jardín. Las ventanas estaban iluminadas, así que debían de estas despiertas. El brandy se me había subido demasiado a la cabeza, los tímpanos habían comenzado a tamborilearme. Se escuchaba música en el porche, quizás estuvieran celebrando algo. Mejor no irrumpir, podía llegarme otro día. Pero no, eso era lo que llevaba haciendo toda la vida y me recordó a lo que Rachel me describió hacía tan solo unas horas, vivir la vida como si estuviesen rebobinando hacia delante. En ese sentido me sentía tan jodidamente identificado que me obligué a avanzar y abrir la puerta del jardín, que siempre se dejaban sin asegurar.

El césped del jardín estaba recién cortado. Las casias estaban en su momento, Ladybird siempre hacía un gran trabajo. Tenía la cualidad de convertir todo aquello que tocaba en un hogar, jamás lograría saber cómo lo hacía. Era como si la calidez solo regresara a mi cuerpo con el tono de su voz, con sus gestos, con su sonrisa.

Avancé despacio, pisando el caminito de piedra que llevaba hacia el porche de la entrada. Allí seguía el columpio de Amanda, mecido por el viento. Se lo construí cuando aún podía cogerla con un brazo. Deseé avanzar aún más lento, la situación me aterraba, las manos me temblaban. No quería ver mis añicos, no quería no poder siquiera reflejarme en el espejo, así que con decisión toqué dos veces la puerta blanca de madera recién pintada.

Nadie acudió a abrirla, pero escuché una presencia al otro lado de la puerta además de la canción *Missing you* de *Diana Ross*. Ladybird adoraba a *Diana Ross*, la escuchaba a todas horas. Esperé frente a la puerta mientras rozaba el ala de mi sombrero con las yemas de mis dedos. Volví a tocar la puerta. Me iba a estallar la cabeza. Esta vez los golpes eran más vehementes, pensé en tirar la puerta abajo si no me la abrían de una jodida vez. Sé que me habían visto por la mirilla y ese era el motivo de la espera, y la realidad era que no las culpaba en absoluto. Yo jamás la hubiera abierto.

—¿Quién es?

—Matt —dije fuerte y claro, inspirado por el brandy.

La puerta cedió y salió mi Ladybird con su ropa de pijama y su cabello finamente cepillado, su corte era simétrico. Olía a jabón.

—Mathew, es muy tarde —dijo dejando tras su cuerpo el picaporte.

Yo asentí con la cabeza y es que no se me ocurría nada que decirle. Había llegado tarde, jodidamente tarde, y había sido un completo majadero.

—Estás preciosa.

Me tambaleé a causa del alcohol y enseguida fue ella a cogerme del brazo.

—Y tú borracho.

—¡Escúchame!

La lengua se me trababa.

—Entra y deja que te prepare algo caliente.

Como por arte de magia y para aún más confusión para mi bebida consciencia, comenzó a sonar *Summer Wine* en la radio de la cocina. Yo solo visualizaba los *Winter Gardens* y el vestido nuevo de Ladybird. El gran salón atestado de gente, mi primer sueldo y mi par de zapatos brillantes como los pendientes que ella llevaba. Sus ojos eran los mismos zafiros y mis energías volvían con el mismo ímpetu. Me erguí como el día de la ceremonia en el cuartel y me quité el sombrero del modo más rimbombante que me permitió mi psicomotricidad. Puse un pie en el felpudo y me arrodillé frente a ella.

—¿Me concedes un baile?

Al principio ella me miró petrificada, con los ojos a punto de llenarse de lágrimas. Mi sentido común me alertaba de la estupidez

que estaba cometiendo, pero mi cuerpo estaba lánguido, mis manos cálidas y me pesaban los párpados. La música me había sumergido en una realidad alternativa que deseaba creer para después dormir tranquilo con su susurro. Una vez la estreché entre mis brazos, abandonó la rigidez para seguir el ritmo de la música con sus zapatillas de paño.

—Izquierda, izquierda, era así, ¿verdad, Ladybird?

El cuerpo se me iba hacia delante, era ella la que me sostenía para que no cayera al suelo haciendo un estrepitoso ridículo.

—No, ahora las manos, Mat.

Una carcajada rompió su nerviosismo y yo caí sobre su pecho en cuanto me tropecé con uno de los tablones del porche.

—Lo hago fatal.

—Como siempre, ¡no me pises!

—Siento llegar tarde.

Lo dije con el mismo tono con el que lo hacía antaño, del mismo modo con el que lo hacía cuando las horas patrullando las calles se dilataban y ella y Amanda se quedaban solas durante todo el día. El mismo tono victimista que tanto odiaba. Y era muy cierto que había llegado tarde, llevaba toda una vida llegando tarde.

Roy

La ropa limpia reposaba a los pies de mi cama recién hecha. Suavizante blanco con aroma a talco, justo bajo el fregadero, siempre el mismo suavizante desde que tenía uso de razón. Nunca había sido un niño afectuoso (y no era algo que hubiera cambiado con la madurez), pero aquella mañana le di un beso en la mejilla a mi madre. Y es que no sabía qué demonios iba a depararme el día. Lo más extraño era que había pasado la mayoría de mi vida asustado, pensando en ese tipo de misiones, aquel tipo de trabajos que personas como Stewart llevaban haciendo durante años. Para mí representaba el súmmum de la labor policial. Si un policía era capaz de desempeñar una misión infiltrado, poner su vida en peligro en defensa del prójimo, usar una pistola... Entonces, era merecedor del honor que conllevaba la placa. Y yo llevaba años temeroso de que ese momento fuera mencionado, de que me pusieran la posibilidad sobre la mesa.

Me sorprendí, porque siempre había estado equivocado con respecto a la causa de mis temores. No estaba asustado porque fuera a arriesgar mi vida, ni tampoco porque debiera segar la de terceros. Lo que verdaderamente me aterraba era no estar a la altura de la confianza que habían depositado en mí. ¿Qué podría pasar si fracasaba? ¿Cuáles serían las consecuencias fatales para alguien como Lila? No soportaría ver también su cadáver sobre la tierra negra. De igual forma, me atemorizaba la idea de no volver a ver a mi madre, de que perdiera a su único hijo y también su último nexo con una realidad que se difuminaba por momentos. A veces ni siquiera recordaba los rostros enmarcados que atesoraba sobre la mesita del salón.

Iba a ser una noche fría, pero sin precipitaciones a la vista. El cielo estaba despejado. Me quedé durante unos minutos contemplando mi jersey verde botella de cuello de pico. Ese jersey que parecía pertenecer a otra persona, al antiguo Roy, a ese ingenuo chico que se horrorizaba ante el hedor de los cadáveres y que pensaba que las grandes películas estaban hechas para grandes protagonistas, pero desde luego nunca para alguien como él. Sostuve durante un momento el jersey de punto grande y lo aproximé a mi nariz. Aquel aroma me hacía sentir cómodo, y lo continué oliendo durante unos segundos más hasta que lo devolví a la cama. Acto seguido me dirigí hacia el armario a coger mi disfraz de tipo duro. Era como meterse en la piel de un superhéroe. En cuanto me embutía en el cuero oscuro, sentía que podía hacer cualquier cosa, que podía representar cualquier papel sin tener ningún tipo de remordimiento. Dediqué un momento a lo

que llamé para mis adentros «las pinturas de guerra». Tracé con sumo cuidado dos líneas homogéneas en mis párpados inferiores. Aunque nunca habría sido partidario del maquillaje masculino, tenía que decir que aquel simple rayón en mi párpado inferior me concedía arrojo. Me hacía parecer mucho menos tierno, más inflexible. Los polvos translúcidos eliminaban cualquier rastro de mis molestas pecas, lo que le aportaba mucha más madurez a mi rostro. De uno de los cajones de la estantería del baño, cogí la gomina que esparcí por mi cobrizo cabello, el cual había vuelto a crecer, hasta que mi rostro quedó expuesto por completo a la vista.

Mientras terminaba de retocarme, recordé las imágenes que había encontrado en la taquilla de Amy unos días atrás. Me costó usar la llave plateada, porque sabía que no me esperaba nada agradable al otro lado del casillero. El adjetivo indicado sería denigrante. Dudo que Amy pudiera siquiera tratar de desobedecer a aquella extraña sociedad. Las primeras instantáneas reconozco que me agradaron. Una chica joven, muy joven, con un rostro angelical. Sentí una tierna nostalgia al verla viva y sonriente. Vestía ceñida ropa de encaje y faldas de vuelo. Al principio era algo inofensivo, estético. Había fotos donde se recreaba en la contemplación de unas rosas, otra en la que enviaba un beso a la cámara... Pero su sonrisa continuaba intacta. Las fotografías se encrudecían conforme su cuerpo quedaba más expuesto al objetivo. Amy... Aún recordaba el número de la revista de moda gótica que guardaba en su caja de pertenencias bajo la cama. Quizás mantuvo la ilusión de modelar para alguna importante revista alguna vez, ¿quién sabe?

Traté de focalizarme en la estrategia que tantas veces se había encargado Stewart de repetirme mientras nos tomábamos algo en el pub. Pero las imágenes de Amy, inmovilizada con cadenas y expuesta a toda suerte de corruptos ingenios, me ponían la piel de gallina. En mi opinión, no se trataba solo de sangre. No se trataba solo del rito del vampiro. Había una simple y vana razón. Todo consistía en mantener personas bajo el yugo de un señor todopoderoso. Pobres diablos alentados por diferentes motivos que se exponían a una actividad denigrante para acabar siendo esclavizados y, posteriormente, asesinados sin piedad. Aquella gente jugaba a ser Dios.

Por supuesto que existía la posibilidad de que no encontráramos al verdadero responsable. Pero desde luego un par de cabezas de turco sería posible cobrarse, y eso me contentaba. Eso haría que el mundo fuera algo más justo y me daría paz mental. Según Stewart, todo lo que tenía que hacer era dar una señal para que enseguida los refuerzos irrumpieran en el lugar, apuntando con armas y disparando si era necesario. Yo marcaría el ritmo y Stewart me acompañaría escondido en los alrededores. Yo, por supuesto, iría desarmado. Fue un asunto

que discutimos ampliamente, yo le insistí en que si la situación empeoraba siempre era mejor tener algún tipo de arma blanca que blandir. Pero Stewart fue tajante. Posiblemente me inspeccionarían antes de realizar el llamado Rito, y si encontraran algo sospechoso sería un modo fácil de echarlo todo a perder. «Estarás más que respaldado», me dijo el viejo Marshal en más de una ocasión.

Con mi gabardina negra sobre mis hombros y la gruesa cadena anexada a uno de los bolsillos de mi pantalón, me dispuse de nuevo a cabalgar en la motocicleta más ruidosa que había podido escuchar jamás. Procuré no hacer demasiado ruido escaleras abajo, para no alertar a mi madre, la cual, seguro, estaría haciendo cualquier labor doméstica. Para cuando fui a abrir la puerta de la entrada unas carcajadas descontroladas me hicieron volver tras mis pasos.

—¿Mamá?

—¡Mírate, Roy!

Estaba allí, justo en el arco de la puerta del recibidor, con una pequeña canasta de ropa en sus manos lista para distribuir. No sabía qué decirle, nunca se había mostrado sorprendida antes. Supongo que con su enfermedad era muy difícil distinguir la realidad, así que no consideré nunca importante darle una explicación.

—Me voy mamá, no llegaré tarde.

—¿Ha llegado Halloween, querido? Dile a tu primo Tommy que te deje algunos caramelos —Dejó la cesta a un lado y puso los brazos en jarras—. ¡Siempre hace lo mismo! ¡Se queda con todos los caramelos y tú nunca le dices nada!

—Tranquila, mamá. Le diré que me deje algunos.

Le dediqué una amplia sonrisa antes de abrir la puerta. Una sonrisa intensa, mostrando mis dientes y usando una gran cantidad de músculos faciales. Lo hice conscientemente, pensando en lo finitas que resultan nuestras vidas y las de los que tenemos a nuestro alrededor. Pensando en que quizás no volvería a verla.

—¡Eres demasiado bueno, Roy! ¡Haz el favor y ten cuidado en la calle!

—Tendré cuidado mamá, lo prometo.

Stewart

La dirección que Roy me había facilitado en la servilleta del *Belle Vue* no pertenecía a Blackpool, sino a una residencia a las afueras de Poulton-le-Fylde, a una media hora en coche. Se trataba de una zona mucho más abierta, con explanadas desiertas por completo, abandonadas a la campiña y al ganado. Aquellos campos eran de un verde prodigioso, pero al mismo tiempo desolaba la ausencia de árboles y montes. Yo era un hombre de costa, la tierra me gustaba, pero al mismo tiempo me desesperaba no encontrar un final observable que reflejara la luz del sol de vez en cuando. Tan solo parecían acompañarme los postes de electricidad durante mi recorrido por la autovía.

Las unidades policiales estaban al tanto de la operación. Tan solo tenía que dar la señal por radio para que se desplegaran los refuerzos y se interviniera en el número uno de Myrtle Avenue. Presenciadas sus actividades, podríamos detenerles y vinculares con los demás crímenes del *Stanley Park*. En el pasado, este tipo de situaciones siempre me habían generado ansiedad. Nunca había dormido tan bien antes de una operación como la del nueve de marzo del año dos mil. Por primera vez en mucho tiempo había dormido en casa, junto a Ladybird. Y estaba sobrio. Tan solo un remordimiento me reconcomía por dentro. No había tenido el valor suficiente como para reencontrarme con Amanda. Me resultó una injusticia mucho más vomitiva y no pensaba hacerle eso ni en un millón de años. La abandoné, y ella debía odiarme por el resto de sus días. Mucho más sano que querer reencontrarse con un padre en estado terminal que nunca hizo por establecer contacto durante sus años de juventud. Si Amanda era tan sensata como su madre, debía abandonar la idea del mártir. Por eso, aunque lo necesitaba, no fui a verla. Quise que me odiara. Quise que cuando pensara en mí no existiera ningún pensamiento agradable y, si así lo fuera, que quedara, inmediatamente, eclipsado por el mal que le había causado.

La residencia estaba a nombre del alcalde de Poulton, tal y como me dijeron los chicos de registro. Isaac Carter. *Tory*[11]. Tres años de mandato y una inmaculada progresión que no había sido ensuciada por nada ni por nadie hasta el momento. El mismo pueblo de Poulton gozaba de una reputación intachable. Era un lugar de casas adineradas y fincas. De hecho, creía recordar que había algún que otro coto de caza por el área. Era irónico que aquello fuera a tener lugar al margen

de la edulcorada y raída Blackpool. La capital más depresiva de Reino Unido, famosa por su *S* de soltera y por tener el jodido cangrejo más grande del mundo. Por más que lo había comprobado a lo largo de los años, nunca lo había visto lo suficientemente grande como para hacer un manifiesto sobre el animal. De hecho, me hubieran dado una satisfacción si lo hubiese visto hervido en la marisquería del puerto más próximo.

En cierto modo, por más que había renegado sobre mis orígenes, jamás podría desmentir el hecho de que, en el fondo, era mi lugar. De que abandonaba la autovía que me separaba de la ciudad de las aguas negras y la silueta que dibujaban los raíles del *Big Deeper* (la montaña rusa más famosa del lugar durante los sesenta) me inspiraban la añoranza de tiempos pasados que brillaban tanto como las *Iluminations*[12] que muchas personas aún acudían a ver durante la estación invernal. Cuando era un criajo era todo un acontecimiento, los cantantes más famosos acudían a presentar su disco a orillas del mar y había codazos por el *fish and chips* más cercano a la *Promenade*, donde poder visualizar los brillantes carruseles desde donde saludaban bailarines y diletantes. A la ciudad le había pasado lo mismo que al emblemático caramelo *rock*, que empalagó a la gente y acabó cayendo en el olvido. La miseria vino después a recoger los pedacitos.

Conforme me acercaba a mi destino, las brillantes imágenes del pasado se fueron desvaneciendo para que aterrizara en la cruda realidad. Me dirigía a erradicar un antro de perversión, y no parecía estar nada mal. Se trataba de una casa palaciega cuya fachada disponía de una preciosa gama de colores dorados y rojizos. Las hojas adornaban cada esquina de la fachada rodeándola, como si la tierra estuviese reclamando sus derechos sobre aquel espacio de tierra, donde se había construido una casa fabricada para exhibir la vanidad del hombre que allí vivía. Su tejado estaba a caballo entre la techumbre de madera de las casas del siglo catorce y un diseño tipo castillo irlandés. Aquella casa debía de costar una curiosa fortuna.

No había ni una sola luz encendida que pudiera distinguirse a través de las ventanas de la fachada. Di un rodeo en el coche, no sin antes recorrer las calles colindantes para no levantar sospecha. Nada, ni rastro de actividad. ¿Qué demonios? Roy debería ya de estar allí. ¿Dónde se había metido todo el mundo? Tampoco había coches aparcados.

Entonces la ansiedad vino de golpe. Roy. Ese chico era también parte de mi responsabilidad. Si algo le pasaba al condenado me iba a llevar ese disgusto a la tumba. Le prometí que estaría respaldado y no pensaba apartar mi vista del caserón. De hecho, aunque no le dije nada al respecto, pensaba estar literalmente «allí». No pensé durante ningún momento que fuera a relegarme a un segundo plano. Yo

actuaría como siempre lo había hecho, con prudencia, pero en el lugar de los hechos, sin lugar a duda.

Salí del coche y sin pensarlo dos veces saqué uno de mis cigarrillos, y mientras caminaba en dirección a la puerta trasera de la casa me deleité con su inconfundible sabor a nicotina y a muerte. Era una noche de niebla «en condiciones», desde la lejanía era como si la lujosa casa constituyera el fin del mundo conocido.

Lila

No sabía que pudiese existir un terror similar. La desesperación hacía que me doliera con fuerza la garganta y el pecho. Ya no existían más lágrimas que derramar y mi voz se había quebrado por completo. No podía sentir mis pies, estaban demasiado fríos, al igual que mis manos que, temblando, se agarraron a una soga seca y rasposa que colgaba de algún sitio que ni siquiera pude identificar. Estaba ciega ante toda suerte de ruidos y voces que me mantenían desorientada y con el corazón compungido. Debían de haberme colocado algún tipo de saco en la cabeza, el cual despedía un olor extraño, muy potente, al borde entre lo desagradable y lo que humanamente podía aceptarse.

Recordaba haberme encontrado con Valder en la entrada del caserón y que unos amables señores nos acompañaron a un dormitorio de lo más elegante. Parecía demasiado caro, como si perteneciera a alguien muy poderoso. El día fue bastante luminoso. Yo estaba muy nerviosa y pensé que él también lo estaba a juzgar por su voz, le fallaba en algunos momentos mientras conversábamos. Una amable señora bronceada, de cabellos color canela, nos sirvió unos tragos. Mi último recuerdo fue caer sobre una alfombra de tonos rojos y rosados con arreglos persas. Había sido aspirada con minuciosidad, no había rastro de suciedad y el aroma era embriagador.

Era como si mis recuerdos estuviesen entremezclados con extrañas ensoñaciones. Por más que me esforzaba, tan solo quedaron en mi memoria escasos detalles sobre el mobiliario y los colores de las paredes. Albero y un salmón muy liviano. Los rostros se difuminaron en mi mente, con las caras de mis familiares y otros recuerdos pasados. Había extrañas escenas que se repetían una y otra vez y que me hacían volver a la realidad de un respingo. De vez en cuando derramaban un aceite muy caliente sobre mi piel y lo extendían despacio, dándome un poco de calor corporal. Me asqueaba no poder contener mis necesidades fisiológicas, ignoraba cuántas veces tuve que mearme sobre el lecho de heno que habían fabricado para mí. Al menos mi orina estaba caliente y, sentirla entre mis piernas, me seguía recordando que estaba viva y consciente, ya que las sustancias que me habían dado hacían que me sintiera como anclada en diferentes planos de existencia. A veces era como si mis pensamientos se fragmentaran y pertenecieran a otra persona.

De nuevo, ese zumbido en los oídos.

Sentí unos pasos acercarse. Eran dos. Me tomaron por los brazos

y las piernas, pero seguía sin ver nada en absoluto. La soga me apretaba casi cortándome la circulación hacia los pies. Quería gritar, pero no tenía la fuerza para hacerlo. Pensé en forcejear y apartarlos de mi cuerpo, pero me di cuenta de que había sido yo misma la que se había prestado a aquella situación y que por mucho que me resistiera me encontraba en inferioridad numérica. ¿Dónde estaría Valder? Tragué saliva con fuerza e inhalé unos fuertes vapores que me hicieron toser repetidas veces. Esos vapores hacían que mis piernas flaquearan. Me sentía demasiado débil, ¡¿qué demonios estaban haciendo conmigo?!

Blanco. Un vestido blanco de punto vestía mi cuerpo desnudo. El frío me erizaba la piel y sentí mis pies gélidos. Había un pájaro posado cerca de la ventana de mi habitación. Supuse que sería una hurraca, una hurraca grande, joven y de plumaje brillante. Picoteaba mi ventana como si quisiera conseguir mi permiso para hacerme compañía. Clavaba sus ojos en los míos como tratando de decirme algo. De nuevo, un zumbido en mis oídos.

Manos que me tocaban. Un fluido espeso se adhirió a cada rincón de mi piel. Lo esparcieron, ¿con una brocha? Me rasuraron. Sentí sus respiraciones sobre mi cuerpo mientras escuchaba cómo alguien hablaba en una lengua muerta, ¿podría ser latín? Alguien peinaba mis cabellos, los besaba y los desenredaba con mimo. Pero aquello no me hacía sentir más tranquila, tan solo conseguía darme arcadas. Traté de mover las manos, pero la cuerda estaba tan fuertemente adherida a mis muñecas, que mis dedos se habían dormido bajo el peso de mi cuerpo. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí, escuchando sus estremecedores cánticos. Me preguntaba cuánto tiempo me quedaba hasta que decidieran terminar con lo que quiera que desearan hacer conmigo.

Me levanté de la cama y abrí la ventana. El paisaje era frío, sin embargo, mi piel no sentía la temperatura del exterior. Desde allí pude ver los árboles desojados que envolvían el *Stanley Park*. El miedo me paralizaba. Algo me dijo que había hecho algo muy, muy malo. Algo insensato. Entonces me di cuenta de que la hurraca se había posado sobre el alfeizar de la ventana. La mirada del animal me resultó incómoda, tanto, como la mirada de mi madre. Esa mirada inquisidora que solo descansaba cuando había obedecido ante sus demandas. De repente, sentí el frío del exterior y me di cuenta de que los ojos de la hurraca eran los ojos azules de mi madre. Unos iris grandes y con un halo blancuzco alrededor, como los que tienen las aves viejas.

El dolor me hizo volver de mi trance. Volví a estar tumbada sobre el maloliente lecho de heno con las manos dormidas bajo mi pecho. Sentí algo herrumbroso clavándose en la piel de mis muslos, no muy profundo, pero lo suficiente como para hacer que me mordiera

los labios y sintiera el sabor de mi sangre en la boca. Era como si trataran de inscribir palabras a fuego en mi anatomía. De nuevo, las lágrimas acudieron a mis ojos y la impotencia guiaba mi cuerpo. Traté inútilmente de propinar patadas y de rodar sobre mí misma. Era inútil. Sentí el escozor de unas friegas sobre mis heridas frescas. Olía a vinagre y al humo del potente incienso que mantenía mis sentidos aletargados. Un nuevo alambre candente, o lo que fuese que estuvieran usando, penetraba bajo la piel de mi brazo izquierdo. Nunca había sentido un dolor tan intenso, pero lo cierto era que también era consciente de que, si no llegaba a ser por las drogas, hubiera estado gritando de agonía. El espacio entre incisión e incisión cada vez se hacía más estrecho, hasta que me sobresalté al percibir uno de ellos sobre mi rostro.

—¡Nooooo! ¡Por favor! ¡La cara nooooo!

No reconocía mi voz. Me elevé sobre la oscuridad y vi una llama enorme que se quedó abajo mientras yo flotaba hacia el firmamento. El olor a orín, a vinagre y a incienso se quedaron en tierra. Una fuerte presión sobre mis ojos me hizo ver verde esmeralda y azul cian haciendo unas bonitas espirales. Ya no sentía nada.

Roy

Me despertó el repetitivo repiqueteo de una campana. Para cuando abrí los ojos ya debía de haber anochecido hacía mucho, y mi cuerpo estaba completamente desnudo sobre la hierba. Me costó erguirme sobre mis pies y, cuando lo conseguí, el peso de mi cuerpo volvió a caer ante la gravedad y mi espantoso estado de debilidad. Esa vez traté de sentarme para contemplar mi alrededor. La noche quedaba iluminada gracias a la luz de enormes antorchas que habían dispuesto clavadas en la tierra. El fuego me permitió visualizar cuerpos y formas que antes mi cerebro no había procesado. Estaba en medio de lo que para mí parecía un verdadero aquelarre de brujas. Sus masas trataban de extender sus brazos hacia el cielo mientras enredaban sus piernas como una maraña. Sus complexiones eran jóvenes y modélicas. No como la mía. Mi desnudez me avergonzó en primera instancia.

Recordaba más bien poco acerca de cómo había ido a parar a campo abierto. ¿Dónde se abría metido Lila? Las manos de los sujetos que bailaban en la noche sin luna me tomaron de piernas y brazos y me sepultaron entre el castillo de carne que conformaba su grupo de adoradores del fuego. Había entes femeninos y masculinos, todos sepultados bajo pinturas rojas y brillantes, eran símbolos antiguos que no me molesté en reconocer. Aquellas figuras hacían que las caricias en las zonas pudendas resultasen algo ordinario y común. Yo empezaba a sentirme muy confundido. Todos se mostraban cálidos y familiares. Sonrientes y pícaros. No podían ser brujas, debían de ser hadas del bosque. Probé de los labios de hermosas mujeres y, ante mi sorpresa, también de los de gráciles hombres de cuerpo escultórico. Era como si todo formara parte de un bonito sueño del que me despertaría a la mañana siguiente. Me senté sobre la hierba a disfrutar de la calidez de sus abrazos.

Tiñeron con ternura cada rincón de mi piel con sus dorados y escarlatas, haciéndome sentir a mí también parte de aquella fantasía. Estaba tranquilo y sosegado. Me deleitaba con sus formas, sus ojos y sus traviesas carreras en la explanada. Mis pies eran demasiado pesados como para perseguirles. Me costaba retener sus rostros, me costaba recordar y visibilizarme a mí mismo. Escuchaba sus voces, que me susurraban palabras de ánimo. Sonrisas, besos y caricias. Me llevaron de la mano hacia un claro bajo los árboles, donde había otra figura que sostenía entre sus manos un potente falo dorado que disparaba un líquido escarlata sobre los rostros de mis compañeros

brillantes. Bebían de ello como si fuera vino, celebrando su particular bacanal con regocijo. Me aupé sobre una roca y abrí la boca para que el líquido penetrara con uno de aquellos potentes chorreones de color rojo que había comenzado a manchar las cabezas de mis queridos hados.

De nuevo, la campana que me había despertado. Tragué el líquido espeso que me supo a hierro. Era sangre caliente, y las manos rojas de mis brillantes hados me traían un corazón grande que aún latía. Diría que se trataba del corazón de un animal grande, una vaca o similar. El cálido sabor de la sangre, lejos de sumergirme aún más en la fantasía escarlata, me hizo recordar mi primer encuentro con Devorah. Me hizo recordar qué demonios hacía allí desnudo, en medio de la noche. Yo no era parte de su locura.

¿Dónde demonios estaba Lila? Un nuevo chorreón de sangre caliente me cayó sobre la cabeza y, enseguida, fueron a lamerla de mi piel y a recorrer mis rincones como si fueran suyos.

Me volví tras mis pasos tratando de desembarazarme de ellos. Volví hacia la luz de las antorchas y traté de divisar la casa, pero no vi nada que me resultase familiar. Fue la visión de un corro de tinieblas lo que hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. La oscuridad de la noche me había impedido verlos a primera vista. Las figuras que se perfilaban en la oscuridad llevaban todo este tiempo vigilándome, expectantes, atentas a todos mis movimientos. Fue cuando me percaté de ellos cuando un trío, que portaba velas rojas, se acercó a mí con un gran armazón que poseía cuernos de cabra.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está Lila?

¿Dónde estaría Stewart?

Me avergoncé tanto de mi actuación que me dolió. Aun así permanecí quieto hasta que los encapuchados llegaron a encontrarse conmigo. Estaba demasiado cansado. Portaban un fuerte incienso que al llegar a mis fosas nasales me reconfortó casi de manera automática. Me colocaron una capa de pieles sobre los hombros y una gran máscara sobre mi cabeza. Yo quería... Quería sumergirme en la oscuridad y desaparecer. Un disfraz. A fin de cuentas, eso era lo mismo que yo tenía puesto en aquellos momentos. El disfraz del iniciado que ellos deseaban que yo fuera.

La cornuda máscara de piel me hacía ver a los hados desde una posición mucho más externa. Continuaban bailando en el claro, poseyéndose los unos a los otros mientras la campana repiqueteaba a una cadencia cada vez más corta. No alcancé a ver los rostros de los encapuchados, me cogieron de la mano y me llevaron despacio hacia las profundidades del bosque.

Era una verdadera comitiva, que comenzaba conmigo a la cabeza. De nuevo, la campana y los hados comenzaron a alinearse

para irrumpir bajo el amparo de los abetos que, orgullosos, competían con sus deshojados compañeros que dejaron caer sus hojas al principio de la estación. Mi cuerpo no se resentía a causa del frío, las sustancias que me habían dado debían de mantenerme tan arriba de adrenalina que la temperatura había pasado a segundo plano. Pero la sensación de peligro que apareció cuando vislumbré por primera vez a la comitiva negra había llegado para quedarse. Mi sensación de alerta no desaparecía por más que pensaba que todo aquello debía de tratarse de un punto intermedio para realizar el enigmático «Rito». Me sorprendió la elaboración y el ambiente que habían conseguido, ¿habrían hecho lo mismo con Amy Martin?

Me reconfortaba el tacto de la tierra bajo mis pies. Tras un rato caminando y escuchando letanías en latín casi susurradas por la procesión, llegamos a internarnos en un claro donde habían colocado más antorchas. Pero aquello no fue lo que más me sobresaltó, había un altar en el centro del claro. Un altar que apenas se distinguía con claridad desde la lejanía, alcancé a vislumbrar que se encontraba sobre una enorme estrella de cinco puntas dibujada en la tierra.

La capa aterciopelada de uno de mis acompañantes me rozó, dejándome la piel de gallina. Mis sentidos se habían agudizado. Me tomaron de las manos y me colocaron en el centro de la estrella, que regaban con el vino rojo que portaban mis diabólicos hados. Desde aquel lugar, la noche se veía azul entre los abetos. Azul y verde, cian y esmeralda, como las espirales que podía ver si cerraba los ojos. Otras túnicas negras pasaban el incensario. El ambiente se volvió denso y acaramelado, el humo y la luz de las llamas me dejó ver con vértigo la gran cantidad de personas allí congregadas. Había más de cuarenta, aunque mi visión se volvía doble en cuanto trataba de cuantificar de un modo más exhaustivo al peculiar corro.

La campana pasó a seguir un ritmo frenético en la mano pálida de uno de los congregados. Fijé mi vista en el altar y aspiré ansioso el incienso, que olía a una mescolanza de hierbas y profundos aromas. Distinguí la aguileña, sabía que era aguileña porque así es como olía la ropa de Devorah. Mi pene se tornó firme como una estaca. Fue una reacción espontánea, cerebral, no había estímulo sexual, incluso llegué a pensar que cuando se tomaba viagra debía de producirse una sensación similar a lo que yo estaba experimentando. Los hados observaban mi miembro como si hubiera algo sorprendente en mi pene de tamaño medio, que se erguía bajo la horrible capa de grasa de mi abdomen. Comenzaron a tocarme y al sentir sus cálidas caricias de nuevo, junto con la quietud que aquel incienso me aportaba, olvidé mis complejos corporales para tratar de comportarme como el macho cabrío que aquel rebaño escarlata esperaba.

Permití que comenzaran a adorar mi miembro viril, resultaba

placentero sentir sus caricias y el tacto húmedo de sus lenguas de diferentes formas y tamaños. Yo ardía. Me elevé junto con el incienso hacia el cielo negro. Los cabellos dorados de mis hados estaban engominados hacia atrás con brillantina, resplandecían con las estrellas y se fundían con el reflejo de sus ojos, que me mostraban las llamas de las fogatas que habían encendido a mi alrededor. Me llevaron hacia el altar. El incienso adulterado había vuelto a afectar a mi coordinación.

De repente, todo se detuvo para mí, algo se había roto dentro de la realidad que estaba viviendo en aquel momento. Era como si un instrumento díscolo de la sinfonía hubiera producido una nota aguda y descompasada. Mis ojos se abrieron ante, posiblemente, una de las imágenes más macabras que haya podido nunca visionar. Mi cerebro trataba de retener la información. El altar. El altar era una persona. Pude ver el ángulo que formaba la columna vertebral, sosteniendo un cáliz de plata y una espada. Se trataba sin duda de una persona disecada, estirada y apoyada sobre sus rodillas. Una persona hueca y vacía, pero que conservaba en la cabeza una bonita cabellera rubia y unos pechos secos y estirados como una tienda de campaña ¡Oh, Dios Santo! ¡Lila! ¡¿Cómo he podido dejar que te hagan eso?! ¡He llegado tarde!

Mi contenido gástrico comenzó a arremolinarse cada vez más cerca de mi cuello. Había sido todo un completo y absoluto fracaso. Apoyé mis manos sobre el altar e, ignorando las felaciones y caricias, vomité sobre el cuerpo de la chica rubia que algún día fue Lila. Las piernas me fallaban y decidí perderme en las espirales azules y verdes que se encontraban en mi cabeza.

Stewart

Abandoné el caserón en cuanto me di cuenta de que allí no había nadie. ¿Dónde cojones se los habían llevado? Obviamente, Roy y Lila habían estado allí, pero no sería el lugar donde harían su parafernalia, dada la poca actividad que registré. Me deshice de mi vehículo en cuanto di más de dos vueltas a la zona, no era bueno llamar demasiado la atención. Decidí explorar los alrededores, no debían de haberse ido demasiado lejos.

Poco a poco salí de las praderas de las casas adyacentes para adentrarme en un bosque denso, ya casi a la salida de la pequeña urbanización de residencias de lujo. Casi ni podría llamarse barriada, debido a la distancia tan acusada a la que se encontraban las unas de las otras.

Me llevé la linterna del maletero del coche y la pistola cargada en el bolsillo de mi gabardina. Mi querida *Glock*. Entre el ala de mi sombrero y los cuellos de la gabardina apenas podría distinguirse mi rostro. Di órdenes por radio antes de dejar mi coche para que fueran rodeando la zona con coches patrulla y una unidad de antidisturbios, si fuera necesaria. Esos condenados no saldrían del área sin ser detenidos y había que comenzar a moverse. Para cuando descubriera su posición, los refuerzos ya habrían llegado, a veces era mejor actuar por corazonadas. Algunas veces, salía bien; otras, no tanto, pero sin duda, era mucho mejor eso que quedarse con los brazos cruzados y poner a un hombre del cuerpo en riesgo.

Era noche cerrada para cuando me interné por completo en el bosque. Caminé en línea recta para procurar siempre encontrar el camino de vuelta, tras más de media hora de recorrido casi me había dado por vencido. Podrían estar en cualquier parte, ¿acaso estaban bajo tierra? Casi mejor no descartarlo. Di un par de pasos más y un aroma pesado y enloquecedor me hizo penetrar aún más en el bosque. No era olor a marihuana, tampoco parecía crack, era una mezcla que, de seguro, debía de llevar grandes concentraciones de droga dulzona, pero que mi olfato jamás había tenido el placer de conocer.

Vigilé la zona durante la siguiente hora, asegurándome de que no hubiera nadie haciendo guardia que pudiera sorprenderme. La zona boscosa se encontraba al sur de la residencia donde citaron a Roy. Debían de ser tierras privadas, porque estaban cercadas con un alambre barato y algunos carteles que indicaban: «Cuidado, coto de caza» y «Cuidado, perro de presa». Un sonido agudo y metálico. Voces.

¿Serían ellos? Anduve a un ritmo calmado, tratando de pisar sobre terreno despejado. La oscuridad era una verdadera amenaza a mis sentidos, caminé desorientado, tratando de localizar de nuevo el sonido metálico de lo que parecía una campana. Anduve dudoso sobre la dirección que debía de tomar, hasta que localicé la luz de unas fogatas. Allí estaban, los había encontrado.

Pero lo que mis ojos vieron me puso tan nervioso que saqué la pistola y comencé a buscar posibles blancos. ¡Hijos de puta! La chiquilla estaba abierta de piernas sobre un altar y un hombre fofo con la polla tiesa y una máscara de cabra disecada estaba a punto de violarla. ¡Mierda puta! ¡Eran muchísimos! Conté más de cincuenta personas y seguro que estaban armados. Apunté al cabrón de la máscara de cabra, ese hijo de puta no se saldría con la suya.

¿Dónde estaría Roy? Los encapuchados llevaban máscaras blancas, era imposible adivinar quién podría ser el chico. ¿Dónde coño estaban los refuerzos? ¡Deberían haber llegado ya!

Presidiendo el altar se erguía una figura significativamente diferente a la de los demás encapuchados, aunque vestía la misma túnica negra. Había dejado su cabeza al descubierto y ocultaba su rostro tras una máscara de plata con un gesto impasible, parecía tener una larga mata de cabello rubio a sus espaldas, si la vista no estaba engañándome con la luz que proyectaban las fogatas.

Mordiéndome los labios, contemplé cómo la cabra gorda agarraba con fuerza las piernas de la chiquilla. Parecía como si se estuviese pensando lo que se disponía a hacer, o quizás tan solo le estuviera dando aún más teatralidad absurda al hecho de que se disponían a violar a una pobre jovencita, públicamente y además seguro que se las habrían hecho pasar putas. ¡Maldito grupo de maricones! Apunté de nuevo con mi pistola hacia la cabra y luego hacia el sujeto del cabello rubio. Roy, en definitiva, no tenía esa melena, así que apunté, colocándome a una distancia adecuada y guardando silencio. Respiré profundamente y entoné una breve oración que mi madre me enseñó cuando era niño.

«Dios conmigo, yo con él. Él en medio y yo tras él.»

El tiro rompió la hegemonía del acto. Sonó fuerte, claro, como disipando las tinieblas. La cabra soltó las piernas de la chiquilla ipso facto y el hombre de la melena rubia comenzó una carrera.

¿Dónde iba ese cabrón? El sonido de las ruedas de los coches patrulla llegaron como el sonido de las campanas del paraíso, pero a mí ese bastardo no se me escapaba…

Roy

En cuanto el oficiante de ceremonias salió huyendo a raíz del tiro que se había escuchado desde la espesura, me apresuré a desatar a Lila. Por su cara, debía de estar como en estado de shock. Habían marcado su cuerpo, pero no era nada comparado con lo que creía que le habían hecho. Cuando vi que la traían hacia el altar, el corazón me dio un vuelco al verla viva, a pesar de que lucía muy desmejorada. Preferí no pensar en lo que le habían hecho mientras yo estaba drogado en la espesura. Me quité la máscara y dejé que mis ojos se encontraran con los de ella. No hizo ademán de reconocerme, estaba como ausente. Las túnicas negras corrían de un lado para otro en medio del caos. Fin de la función. Lila continuaba con el cuerpo rígido, sin poder moverse y con los ojos casi desencajados de sus órbitas.

—Lila, vamos a sacarte de aquí, ¿me oyes? —La tomé entre mis brazos y la saqué del altar de carne reseca—. Todo va a salir bien, ¿entendido?

Temblaba. Yo también lo hacía, y mi cuerpo continuaba bajo el influjo de las drogas consumidas, por lo que era como si todo estuviese ocurriendo a cámara lenta. Agarré con fuerza el cuerpo de Lila y corrí en dirección al caserón. No tenía armas, y mis reflejos me hubieran impedido detener a alguien. Stewart había hecho las cosas bien, pude escuchar el sonido de los refuerzos, o quizás tan solo fueran alucinaciones…

Stewart

Una vez esquivé la estampida de enmascarados, corrí a toda velocidad tras el hombre al que acababa de pegar un tiro, aunque por esas melenas, podría tratarse perfectamente de una mujer. Por edad, me hubiera dejado tirado sin problema, pero yo contaba con la ventaja de no tener una bala alojada en la cavidad torácica. Podía escuchar su respiración entrecortada. Debía de haber un reguero de sangre a su paso, solo que con la oscuridad era imperceptible y yo tenía que enfocar todos mis pensamientos y fuerzas en decirle a mi sistema respiratorio que tenía que llevar oxígeno a mis músculos. Oxígeno a mis músculos. Oxígeno. Necesitaba oxígeno.

Devorah

Le dije a Alistair que no era buena idea presentarse personalmente y oficiar el Rito. Le dije que corría un riesgo innecesario, pero no me hizo caso. Maldito cabezota, ahora corría campo a través con un policía tras su paso. Era la primera vez que nos sucedía algo así. Un topo, seguro. Me detuve a pensar durante unos segundos qué demonios hacer, pero era demasiado tarde. Era caótico. Se escuchaban los furgones policiales, pronto nos arrestarían a todos. ¡Oh, mi vida! Tarde o temprano cumpliríamos con nuestro destino. Entre la espada y la pared. No podía permitir que te arrestasen de ese modo, cariño mío. No a ti. Tú significabas todo para mí, aunque todos corrieran despavoridos, yo nunca te abandonaría. Tú me llamaste Devorah, tú me diste todo cuanto tenía y disfrutaba. Si el barco se hundía, nos hundiríamos juntos. Con todas las fuerzas que mis piernas podían permitirme, corrí tras aquel tipo alto que perseguía a Alistair.

Stewart

Ya casi me quedaba sin aire cuando lo agarré de la túnica, lo tiré al suelo conmigo y la linterna salió volando. La tierra estaba embarrada.

—¡Estás detenido! ¡Manos arriba!

El muy hijo de puta me propinó un cabezazo para deshacerse de mi presa. Me levanté para recoger la linterna y volver a perseguirle, pero él no se movió ni una pulgada. Se quedó parado en medio de la oscuridad, con la respiración al borde del colapso, igual que yo.

Enfoqué con la linterna, era un hombre joven, mucho más de lo que imaginaba. No pasaba de la veintena. Ojos azules y cabello rubio, casi albino. Me dedicó una burlesca sonrisa con una comisura de sus labios y sacó de su túnica un encendedor. ¿Qué cojones? No era el momento de encenderse un cigarrillo, desde luego.

El muy capullo se quitó de modo teatral la túnica, quedándose con una camisa de aspecto mugriento, estaba como pringada de algo. Se llevó el dedo índice y el corazón a los labios y envió un beso a un rincón perdido en la oscuridad.

—Aquí se acaba mi existencia. ¡Adiós, querida!

El sonido inconfundible del mecanismo de acción de una pistola hizo que algo se me cogiera en el estómago. Allí había alguien más. Tan solo un instante después, la bala me alcanzó en la espalda. Mis extremidades temblaron y el dolor fue insoportable. El encendedor se accionó con suavidad y la llama prendió la camisa del fugitivo, que se despedía del que debía de ser mi asesino. Un grito ahogado de sufrimiento alejándose me hizo sentir mejor, al menos mi enemigo se venía conmigo al infierno.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamé en un intento de levantarme y tomar el control de mi bipedestación.

Me di la vuelta con un último esfuerzo mientras me quedaba sin aire. La bala había ido a perforar uno de mis pulmones. No me quedaba tiempo. Alumbré con la linterna el rostro de mi matador. Era una muchacha de cabello como el carbón, que lloraba desconsolada mientras aquel sujeto se carbonizaba en el horizonte.

Entonces dejé que, finalmente, mis rodillas se posaran sobre el fango, que mis extremidades se relajaran y todos mis músculos se desactivaran. Con un último aliento, rodé sobre mí mismo para poder ver las estrellas que ya pronto cederían el paso a un nuevo amanecer. Pronto yací sobre un enorme charco de sangre. Los astros relucían en la bóveda celeste, otorgándome una última imagen antes de que me

fundiera con el negro de la noche. Ya, en el letargo más profundo, recordé por última vez la primera mañana de Navidad de la que Amanda fue consciente, con tan solo cinco años de edad. Deslumbrante, su sonrisa era incomparable, incomparable con los astros que brillaban y que se habían despedido de mí. Ojalá hubiera podido volver atrás en el tiempo y ver esa ilusión en su rostro de nuevo. Ojalá hubiera podido…

«Amanda…»

No supe si fue ese susurro lo último que recordé. Ni siquiera supe si existió. Mi consciencia desapareció para evaporarse con las estrellas del firmamento y mi cuerpo se quedó inerte sobre el frío lodo.

Epílogo

Diez años más tarde…

Benson

Me fumo un cigarrillo mientras contemplo las oscuras olas chocar contra los maderos del consumido North Pier. Las gaviotas están excitadas en verano, creo que es su época de celo. Hoy me han despertado y he confundido a una gaviota con el llanto de Jess. Jess ya no tiene edad de llorar a horas intempestivas. La niña cada día da menos que hacer y se parece más a Lila. Ojalá hubiese sido la niña, porque a un bebé siempre puedes consolarlo, a una jodida gaviota, nunca.

El sol aprieta en la zona del puerto, noto la piel de mis brazos enrojecerse a causa de la fuerza de la radiación. El viento huele a sal y mi cabeza queda a buen recaudo gracias al viejo sombrero de Stewart. Bendito hombre y que Dios lo tenga en su gloria. Ojalá estuviera aquí en estos momentos, seguro que me diría algo así como:

«Deja de mirarme como un cretino y haz algo de una puta vez».

Stewart, si supieras que el caso del asesino del *Stanley* pasó a la memoria de todo ciudadano de Blackpool y que ese cabrón malnacido ha quedado como un mito viviente…

Yo mismo vi sus cenizas en la Unidad Forense. Cenizas y restos de una prótesis bucal, Ortega juraba que era la misma que había clavada en los cuellos de las víctimas del Stanley. Tendrías que ver a Ortega, consiguió su puesto permanente y ahora el departamento es suyo. Maldito pedante insoportable. Desde entonces, yo he hecho mis pinitos, pero tú, tú eres recordado como un jodido héroe, Stewart. La mayoría de la secta quedó arrestada ese mismo nueve de marzo. Salió en todos los titulares de prensa y televisión del país. Recuerdo ver a Amanda en tu entierro. Creo que también estaba su madre, pero no estoy seguro. Tu hija es muy simpática, así que me temo que no se parece en nada a ti. Por cierto, tienes un nieto que es un demonio, lo vi en *Notariani's*, la heladería, hace unos años. Maldito renacuajo, es clavado a ti.

—Señor Benson, perdone que le moleste…

No. Es Henry otra vez. Esa voz aguda y molesta no podría pertenecer a otra persona.

—Te dije que me llamaras primero al móvil si había algo fuera de lo común.

Está acojonado, le tiemblan los labios. Con ese espíritu me pregunto cómo demonios lo hará en el campo de tiro.

—Tengo orden de Ortega, señor. Ha aparecido un cuerpo en el *Stanley Park*.

—¿Circunstancias?

Apago el cigarrillo en el acto y me vuelvo para prestarle toda mi atención. Mis manos se van al bolsillo, a sacar mi teléfono móvil y las llaves del coche.

—El cuerpo estaba dentro del parque, junto a la zona de las barcas.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder, Henry. A trabajar.

—Señor, ¿cree que es el vampiro del *Stanley*?

—No es ningún vampiro, se auto inmoló antes de que el Marshal Stewart le metiera una bala entre ceja y ceja. Un jodido gusano cobarde.

De hecho, Ortega confirmó la combustión como causa de muerte.

—Pero se recogieron sus cenizas al día siguiente, y no hubo testigos vivientes que corroboraran que no había ardido en combustión a causa del sol de la mañana.

Eso me cabrea. Me cabrea que el jodido enfermo se saliera con la suya y pasara al ideario colectivo como una estrella del rock o una leyenda urbana. Porque eso era, precisamente, lo que quería.

—Es un jodido farol, ¿entiendes? Me parece mentira que creas en esos ridículos rollos paranormales. Se le identificó como Richard McLeod, el hijo del magnate Stephen Mcleod. Media Blackpool era suya.

Nos metemos en el coche. El ambientador de pino está pasado y el olor a tabaco es insoportable. Tiene razón, tengo que dejarlo. Pongo el equipo de música y contemplo la *Promenade* mientras escucho una antigua canción, *With my little stick of Blackpool rock*, de *George Formby*. Qué feo era el colega, pero qué buena es la canción para una tarde de verano.

Sobre la autora



María Belén Montoro (1991), nació en Córdoba. Se graduó en Enfermería en el año 2013 y trabajó en Reino Unido durante tres años, compaginando la práctica clínica con su pasión por la escritura.

Los viejos edificios victorianos y las destartaladas abadías inglesas la inspiraron para comenzar a escribir, y desde entonces, son muchas las historias de diversos géneros que han visto la luz, publicadas en revistas de literatura, antologías impresas y digitales. Además, durante su periplo inglés, fue galardonada con diferentes premios y menciones en certámenes de habla hispana a nivel internacional.

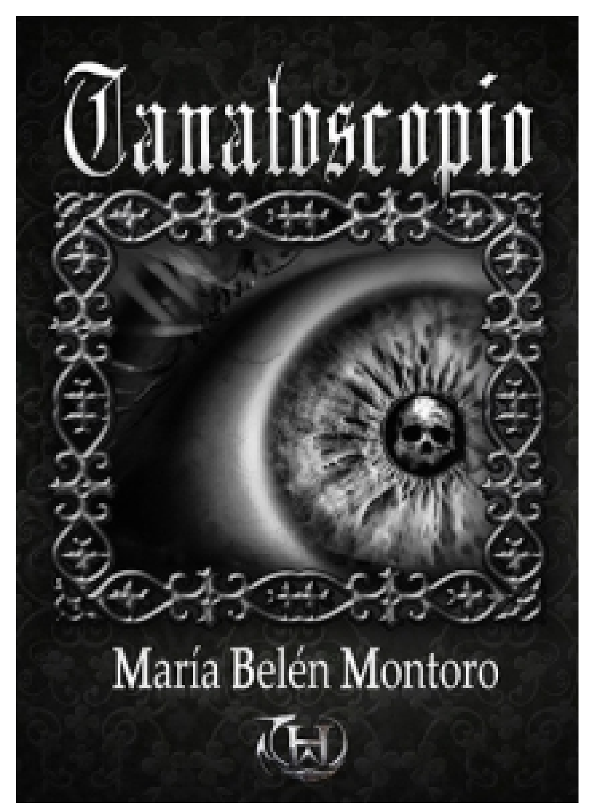
En 2013 publicó su primera novela «La Casa Wenworth», de la mano de la editorial madrileña Tempus Fugit, en 2017 vio la luz su primera antología de relatos de terror «Tanatoscopio», disponible gratuitamente en Lektu, y en 2018 publicó su segunda novela titulada «El Rito».

Además de su proyecto personal, María Belén coordina el club de

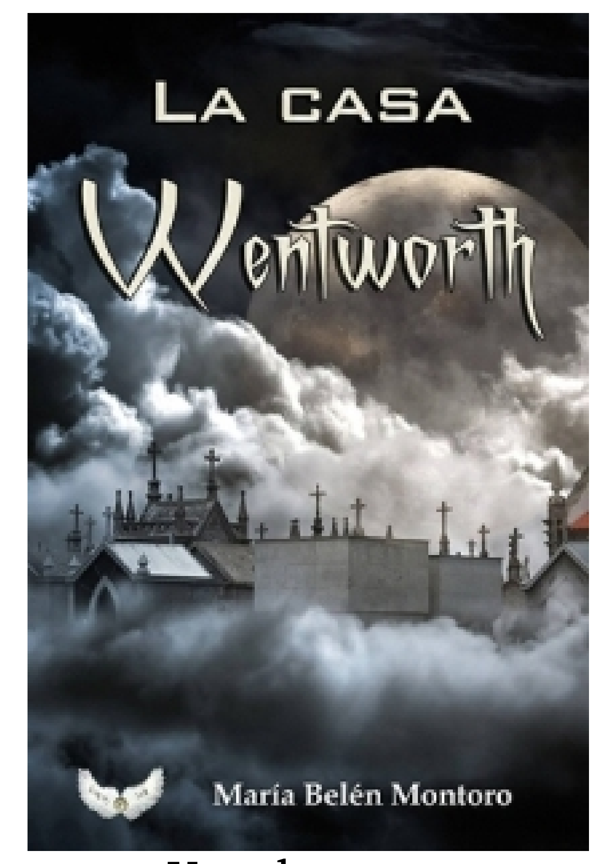
lectura “El Cubil de los Engendros” y publica regularmente en su blog personal sobre literatura “Escritorio Desordenado”.

Web: http://mbelenmontoro.wixsite.com/mariabelenmontoro
Blog de reseñas: http://escritoriodesor.blogspot.com.es/
Twitter: @mbelenmontoro
Facebook: @mariabelenmontoro

Otros títulos de la autora



Gratuito



[1] Comisaría de Blackpool.
[2] Restaurante de comida rápida para llevar.
[3] Título honorífico de la policía militar británica.
[4] Paseo marítimo.
[5] Periódico local de Blackpool.
[6] La Premiership Inglesa de Rugby es la máxima competición oficial de clubes de rugby de Inglaterra.
[7] Parkin o perking es un pastel de pan de jengibre tradicionalmente hecho con harina de avena y melaza negra. Originario del Norte de Inglaterra.
[8] Noche de Hoguera en Reino Unido. Se celebra el 5 de Noviembre.
[9] Componente del grupo católico inglés que intentó asesinar al rey Jacobo I en la fallida Conspiración de la Pólvora de 1605.
[10] Nombre por el que generalmente se denomina a la enfermera a cargo de una planta o un ala determinada de una unidad hospitalaria. británica.
[11] Partido conservador británico.
[12] Festival de luces nocturnas que se celebra en Blackpool, fundado en 1879.